

III.— LA OCUPACIÓN DEL ESPACIO

1. PRIMEROS TESTIMONIOS: EL PALEOLÍTICO

La mayor parte del registro con el que contamos, adscribible a este periodo en la Cuenca de Pamplona y proveniente de un total de 20 yacimientos catalogados, ha sido ya publicado cuando menos de forma preliminar (Barandiarán, I. 1988; García J. 1994; Nuin, J. 1988-89, 1991, 1993-94, 1994 y 1995-96 y Nuin, y Prieto, 1997). Incluso recientes síntesis han incluido entre sus fuentes los datos referentes a la Cuenca de Pamplona para este largo segmento cronológico de nuestra Prehistoria (Beguiristáin, M^a. A. 1995 y Barandiarán, I. 1995). Estos dos últimos trabajos recogen perfectamente tanto los avances de la investigación en los últimos 20 años como las limitaciones y carencias que asolan la investigación de los cazadores-recolectores que ocuparon el actual territorio navarro. En este sentido nuestra aportación es un pequeño grano de arena en medio de un desolado desierto de conocimiento, que poco a poco vamos reconociendo a través de la excavación e interpretación de realidades arqueológicas muy concretas en el tiempo y en el espacio. Además ha de tenerse en cuenta que la mayor parte de estas intervenciones están siendo culminadas en la presente década con lo que sus interpretaciones son del todo provisionales a la espera de resultados definitivos. Con esta perspectiva se entenderá que nos resulte especialmente difícil insertar el registro de la Cuenca de Pamplona, con todas sus particularidades de génesis y conservación, en el panorama actual del conocimiento del Paleolítico a una escala geográfica mayor, como podría ser el actual territorio navarro, o más correctamente el Alto Valle del Ebro, en un intento al menos de coordinación y descripción del devenir y evolución de los grupos de cazadores y recolectores que ocuparon los territorios mencionados.

Nuestro objetivo se va a centrar fundamentalmente en la valoración de las evidencias recuperadas, asignables a este periodo, durante la prospección realizada en el proyecto, así como en la de los datos que otros investigadores están obteniendo en los últimos años; con la esperanza de que al final podamos reconstruir la evolución del poblamiento, en un sentido diacrónico, en la

Cuenca de Pamplona antes del asentamiento de las primeras comunidades neolíticas a lo largo del IV milenio.

1.1. Primeros vestigios de ocupación humana en la Cuenca de Pamplona

Durante las prospecciones llevadas a cabo se han localizado un total de 15 lugares, *Paternainbidea I*, (Ibe. 3, N° 236); *Bicudigaña*, (Ibe. 6, N° 239); *Izabal I*, (Ibe. 7, N° 240); *San Cristobal I*, (Oro. 1, N° 256); *Cascajos II*, (Gaz. 3, N° 77); *Iticulanen II*, (Gaz. 7, N° 81); *Ollatibar Txiki*, (Arz. 1, N° 228); *Ipertegui*, (Orc. 1, N° 255); *Irumuga I*, (Esq. 1, N° 197); *Sario*, (Cor. 1, N° 191); *Muga de Esquiroz*, (Cor. 2, N° 192); *Larreatrás I*, (Cor. 3, N° 193); *Larreatrás II*, (Cor. 4, N° 194); *Donapea*, (Pam. 4, N° 14) y *Sadar*, (Pam. 5, N° 15), (vid. Figura 13), en los que se han recogido evidencias que en un primer momento fueron asignadas a un momento antiguo del Paleolítico. El examen tecno-tipológico al que fueron sometidas (García, J. 1994) ofrecía un paradigma reconocido para el Achelense Medio, atendiendo a los esquemas tradicionales que se han venido manejando hasta la actualidad en Europa Occidental. Esta caracterización "cultural" permitía pensar que pudieron pertenecer a algún momento de la glaciación Riss, también dentro del esquema tradicional que de la evolución paleoambiental se viene admitiendo entre los paleolitistas de nuestro ámbito geográfico.

En la actualidad, y tras la confirmación de los correspondientes estudios geomorfológicos, el carácter secundario y derivado de estos conjuntos no ofrece ninguna duda. Su relación filogenética con procesos erosivos y sedimentarios de origen fluvial, en concreto del río Arga, probablemente en algún momento del Pleistoceno Medio, más bien hacia su final, es un hecho que va a marcar definitivamente el estudio y valoración de estos yacimientos. Hoy por hoy resulta prácticamente imposible reconocer si todos estos materiales provienen de uno o varios yacimientos originales, y en que punto exacto aguas arriba del cauce del río se encontraba/n.

Con todo, las quince localizaciones participan de una serie de características comunes a la mayor parte de yacimientos que en la Península Ibérica se han catalogado como Achelenses, estas son:

- Recogida del material en la superficie de una terraza alta, sobre el actual cauce de un río subsidiario de la red principal, en un ámbito geográfico definible (Cuenca de Pamplona-río Arga, Alto Valle del Ebro-río Ebro).

- El material arqueológico aparece mezclado junto a otros materiales pesados, que en un momento determinado depositó el río, formando en las superficies de estas terrazas auténticas "playas de cantos rodados"; que por si fuera poco los arados modernos se han encargado de ir extendiendo y modificando.

- Las evidencias recuperadas presentan índices de rodamiento y fracturación más o menos elevados.

— Toda la industria pertenece a la categoría de lítica tallada, estando casi toda ella realizada en cuarcita, material que el propio cauce aporta.

— Existen cuatro tipos característicos a todas las localizaciones: bifaces, cantos tallados, hendidores y triedros.

— Junto a estos útiles aparecen, en buen número, toda una serie de evidencias cuya caracterización tipológica se hace muy difícil, existiendo un gran número de "híbridos" entre los cuatro tipos ya citados.

Con estas premisas, en la mayor parte de los casos así reconocidos en la Península, se habla de grupos de cazadores/carroñeros/recolectores cuya vida transcurre en buena medida vinculada a los cauces de estos grandes ríos, suponiendo que allí se dan cita la mayor parte de sus intereses: materia prima, caza, pesca, agua, etc.

Este sería un breve esbozo del panorama que presentan la mayor parte de localizaciones asignadas al Paleolítico Inferior peninsular, y del que no escapan las localizaciones que ahora tratamos.

En el trabajo que ya hemos citado (García, J. 1994) se realiza un examen tecno-tipológico de las industrias localizadas, que nos va a eximir de volver a reproducirlo en esta ocasión. Desde esa fecha a la actualidad se ha recogido más material¹ en alguno de los yacimientos, aunque no modifican en modo alguno las características industriales que entonces se definían.

Tan sólo nos resta volver a valorar estos hallazgos con la perspectiva que nos ofrecen los cinco años transcurridos desde el descubrimiento de las primeras evidencias, y que desde luego suponen hasta el momento los más antiguos testimonios de ocupación de la Cuenca de Pamplona.

En este momento no podemos variar en gran medida las conclusiones de 1994, es más, si tal vez nos hubiéramos enfrentado a estos conjuntos en la actualidad, sin duda hubiéramos sido más pesimistas. Seguimos creyendo que efectivamente ese tercer nivel de terraza del río Arga a su paso por la Cuenca de Pamplona formó a lo largo de la segunda mitad del Pleistoceno una amplia llanura aluvial, cargada a partir de un determinado momento de cantos de cuarcita, susceptibles de servir como materia prima al hombre paleolítico, y que de hecho no dudó en utilizar. Además es probable que el río ofreciera otros recursos a estos grupos. Sin embargo el posterior desmantelamiento de esos yacimientos, por parte del propio río, tan sólo nos ofrece en la actualidad evidencias innegables de labores de talla para la preparación de todo tipo de utensilios, pero no nos sentimos capaces de aventurar otros tipos de actividades en las que debieron participar todos esos bifaces, cantos tallados, etc. y que han sido recogidos allí donde los arrastró y depositó el río.

La reconstrucción de la dinámica de los procesos de erosión-sedimentación cuaternaria del río Arga, es muy laboriosa y difícilmente sistematizable,

1. En 1994 contábamos con poco más de medio millar de evidencias recogidas en los 15 yacimientos reconocidos, en la actualidad y con las visitas que periódicamente realizamos a estos lugares se pudo hablar ya de unas 800.

en todo caso aún no se ha realizado. Con esta perspectiva tan sólo podemos señalar que el o los yacimientos originales de los que provienen todos los materiales recuperados, debieron encontrarse cerca del entonces cauce del río, en algún punto entre la entrada del valle de Echauri y la parte más oriental del actual casco urbano de Pamplona, a lo largo de unos 12 kilómetros en dirección Norte-Sur (Figura 13). A partir de este punto ese o esos yacimientos fueron sometidos a un proceso de desmantelamiento por parte del río. En épocas de crecidas y dependiendo de si los procesos erosivos fueran de alta, media o baja intensidad se realizaría una selección del material arrastrado, formando aguas abajo (sin que podamos reconocer las distancias) acumulaciones de material arqueológico junto a otros naturales, creándose esas playas de cantos en épocas de estiaje. Incluso desconocemos si esas acumulaciones de material pudieron sufrir más de un proceso de derivación, aunque hay que anotar que en general el material no presenta un grado de rodamiento muy elevado.

Atestiguada la génesis de estos conjuntos tan sólo nos queda reconocer la rigidez de los modelos que en su momento aplicamos (García, 1994), pretendiendo que unos conjuntos de útiles, en posición derivada, se adaptasen a unos supuestos esquemas crono-culturales al estilo de cualquier ecuación matemática. Hoy sabemos que, al menos durante más de medio millón de años, este tipo de industria caracteriza a las comunidades que ocupan las cuencas de buena parte de la red hidrográfica peninsular, de lo que se deduce que manifestaciones como estas de la Cuenca de Pamplona tan sólo nos informan sobre la presencia humana en estos territorios a lo largo del Pleistoceno Medio.

1.2. Primeras evidencias de Paleolítico Medio en la Cuenca de Pamplona

Estas evidencias a las que se hace mención se circunscriben a una serie no muy amplia de restos líticos tallados que se localizan en tres yacimientos de la Cuenca de Pamplona. En dos de los casos estos han sido individualizados con posterioridad a la realización de la prospección, *Izabal II*, (Ibe. 8, N° 241) y *Allomendi*, (Sal. 1, N° 203), tan sólo en el caso de *Paternainbidea II*, (Ibe. 4, N° 237), ya se consideró la posibilidad de que entre los restos recuperados existieran indicios de una cronología como la que aquí defendemos.

En los tres casos se trata de un reducido grupo de utensilios y restos de talla en sílex cuya tecnología y tipología es muy significativa. Los tres yacimientos se localizan sobre terrazas del río Arga, en los casos de *Paternainbidea II* e *Izabal II* en la superficie de la tercera y en el de *Allomendi* en la superficie de la cuarta y más antigua, que hoy se nos ofrece con una morfología de cerro testigo (Figura 13). Otra característica común es el hecho de que este material aparece mezclado con otros, mucho más numerosos, de cronología posterior y que pertenecen a asentamientos fechables entre el Neolítico y el Calcolítico, e incluso a la Edad del Hierro como en el caso de *Allomendi* (Sal. 1, N° 203).

La individualización de este centenar de piezas se ha basado en una serie de criterios cuya valoración las separa claramente del resto de evidencias holocénicas:

- Las características tecnológicas: presencia de técnica levallois en varios productos, que no se observa entre las manufacturas de épocas posteriores en la propia Cuenca.

- Tipología: existencia de tipos que no encajarían, al menos con las peculiaridades que presentan sus soportes, entre las herramientas detectadas para los primeros grupos productores en esta área.

- Estado de la materia prima: todas las piezas presentan un grado de patinación completamente diferente a las cronológicamente posteriores que también se recogen en cada uno de estos yacimientos.

Así pues, el conjunto se caracteriza por la existencia de la tecnología levallois, que se detecta tanto en restos de talla (módulos lascas, de puntas y nucleares) como en alguno de los soportes posteriormente retocados. Entre los útiles destacan las raederas, laterales (cóncavas y convexas) y dobles, así como alguna muesca y denticulado, siendo en todos los casos soportes de tipo lasca.

A pesar de la coherencia tecno-tipológica de este conjunto, no podemos descartar la posibilidad de que existan otras piezas encajables en el mismo y que no hemos sabido detectar, con todo su inclusión no dejaría de ser bastante más problemática al no sobrepasar los criterios de análisis propuestos.

Aún teniendo en cuenta la escasa entidad de los yacimientos a los que nos referimos para esta etapa paleolítica, es necesario preguntarse, también en este caso, sobre la génesis de los mismos y los posibles procesos de derivación que han podido sufrir. En este caso la antigüedad de los procesos morfogenéticos del tercer y cuarto nivel de terraza del río Arga (a lo largo del Pleistoceno Medio) permiten aceptar el carácter primario de los materiales a los que hacemos referencia en este capítulo, de hecho no presentan indicios de rodamiento por derivación de origen fluvial. Este hecho es de vital importancia a la hora de enfrentarnos a una posible interpretación que trate de explicar la presencia humana, a lo largo de lo que se viene denominando como Paleolítico Medio, en la Cuenca de Pamplona.

Con estos presupuestos estaríamos ante unos grupos humanos que, probablemente durante la primera mitad de la glaciación Würm, realizan determinadas actividades sobre las plataformas de estos niveles de terraza, ahora algo más elevadas sobre el río, producto de las cuales son algunos de los restos de sus industrias líticas talladas que hemos localizado. Por el momento no podemos ofrecer mayores precisiones sobre las características de dichas actividades, ya que la entidad cuantitativa y cualitativa de la muestra recuperada puede no ser para nada representativa de estas; o en todo caso, de no ser así, se encuentra descontextualizada al menos en sentido vertical, ya que las superficies de todas estas terrazas se encuentran cultivadas en la actualidad, con lo que esto supone como agente de alteración postdeposicional.

Como pudo ocurrir a lo largo del Pleistoceno Medio el cauce del río Arga debió servir, al menos en parte, como eje vertebrador de muchas de las actividades de abastecimiento para estos grupos würmienses. En este sentido también ahora podemos constatar la explotación, aunque muy parcial, de los pequeños nódulos de sílex que el río arrastra aún en la actualidad, aunque en general se trata de un material de baja calidad. Pero no es este el único tipo empleado en la elaboración de su utillaje, ya que se recogen otras piezas en un sílex de mayor calidad y que, desde luego es ajeno a las litologías que de este tipo están presentes en la Cuenca de Pamplona.

Aunque no podemos descartar la posibilidad de que en el futuro sea localizado dentro de la propia Cuenca un conjunto de mayor entidad, hasta entonces los interrogantes que se derivan de la consideración de estos materiales, en las tres localizaciones citadas, como de cronología würmiense, coincidente con el Paleolítico Medio, no podrán ser contestados con un mínimo de seriedad que garantice al menos cierto grado de certeza.

1.3. Testimonios sobre los “cazadores-recolectores” más recientes en la Cuenca de Pamplona

Llegados a este punto lo habitual sería, al menos en cualquier sistematización para el Alto Valle del Ebro o incluso para otros espacios geográficos más próximos del actual territorio navarro, hacer exclusiva referencia a las comunidades mesolíticas. Estas supuestamente debieran ser testigos y/o protagonistas de los procesos de cambio cultural que podría llevar consigo el Neolítico en esta área. Sin embargo nada más lejos de la realidad, ya que las últimas comunidades de estructuración paleomesolítica que conocemos no superan la transición hacia el Holoceno, no yendo más allá del final del Paleolítico Superior, situándose las últimas en lo que se viene denominando como Magdaleniense.

La muestra con la que contamos no es muy amplia, como veremos a continuación, y su grado de representatividad es difícil de establecer. Si tenemos en cuenta que la Cuenca de Pamplona se define, en términos geomorfológicos, como una cubeta sedimentaria delimitada en todo su perímetro por diferentes estructuras plegadas de modesta entidad, podemos afirmar que prospectada intensivamente la superficie de la citada cubeta no existen indicios como para pensar que las sedimentaciones cuaternarias del interior de esta cubeta encierran testimonios de esta última parte del Paleolítico. Por el contrario si atendemos a la potencialidad karstica, aunque limitada, de algunas de las sierras perimetrales (Sierra de Sarbil y de Alaiz, fundamentalmente), podríamos plantearnos la existencia de este tipo de contextos en cuevas, covachos, abrigos, etc. En estas últimas áreas la prospección ha sido muy selectiva, habiéndose intervenido en medios karsticos tan sólo en un caso (cueva de

Diablozulo), sin que este mostrase evidencias de habitación en las épocas que en este apartado tratamos. Por todo ello no podemos asegurar que, en el resto de cavidades y abrigos que conocemos (ubicados tanto en las vertientes interiores como exteriores a la cubeta de las sierras citadas), no existan contextos del final del Paleolítico y/o Epipaleolíticos.

A pesar de que nosotros no hemos podido caracterizar estas comunidades, existen tres contextos arqueológicos dentro de la Cuenca de Pamplona que ilustran por ahora este momento, y que pasaremos a describir brevemente a continuación ya que se encuentran parcial o monográficamente publicados.

— *Cueva de Lezea* (Tie. 3, N° 20): dada a conocer en la bibliografía como cueva de Alaiz (Barandiarán, I. y Vallespí, E. 1984), por hallarse en la parte baja de la formación de ladera septentrional de dicha Sierra. Los materiales que poseemos de su depósito han sido monográficamente publicados por I. Barandiarán en 1988, en donde se razona su inclusión entre las series típicas del final del Magdaleniense basándose en algunos criterios morfotécnicos y cuantitativos. Teniendo en cuenta el lamentable estado que presenta en la actualidad este interesante yacimiento, las intervenciones clandestinas han afectado a una gran parte de la superficie susceptible de contener relleno arqueológico a pesar de lo cual es muy posible que queden todavía zonas intactas, y el hecho de que no contemos con novedades en lo que se refiere a material arqueológico nos obliga a enfocar el interés del yacimiento desde el punto de vista de su propia existencia en esta ubicación geográfica.

— *Leginpea* (Ech. 15, N° 128): este interesante y cuantioso conjunto de materiales de superficie ha sido analizado por J. Nuin (Nuin, J. 1988-89). En un primer momento se planteó la posibilidad de que pudiera tratarse de un campamento al aire libre, de cierta entidad, encuadrable fundamentalmente a lo largo del Magdaleniense, ya que aunque en superficie los restos líticos se recuperaban mezclados con otros holocénicos los altos valores de útiles típicamente paleolíticos (buriles, útiles mixtos y hojitas de dorso sobre todo) así lo confirmarían. Con posterioridad el mismo autor se replanteó la consideración del yacimiento como hábitat al aire libre (Nuin, J. 1994), y una prospección más detenida de la zona interesada dio como resultado la posibilidad de que los materiales pudieran proceder de la dinamitación del depósito de una cueva que se sitúa por encima del área donde se recogió la industria lítica estudiada. Esta circunstancia viene a determinar el tipo de hábitat característico en estos momentos, y completa la visión que hoy se ofrece del otro yacimiento que vamos a exponer a continuación.

— *Legintxiki* (Ech. 14, N° 127): se trata de un abrigo abierto en uno de los testigos de las terrazas más antiguas del río Arga en su margen derecha. Los sedimentos en este punto fueron sometidos durante una fase antigua del Cuaternario a un proceso travertínico sobre una base calcárea previa que ha posibilitado la formación de abrigos sobre este substrato. Tan sólo unos 300 metros en línea recta separan este yacimiento de Leginpea, centrando ambos a

los pies del reborde más oriental de la Sierra de Sarvil, junto a la entrada del Valle de Echauri.

Desde 1991 J. Nuin ha venido realizando campañas de excavación en este pequeño abrigo, sobre sus pormenores se puede recurrir a los diferentes avances preliminares existentes a la espera de la publicación definitiva (Nuin, J. 1993-94, 1994 y 1995-96 y Nuin, J. y Prieto, M. 1997). Para sintetizar aquí vamos a hacer referencia a la secuencia reconocida hasta el momento: n. IIIb tal vez Perigordienne indeterminado, n. II solutrense no tanto por lo característico de sus industrias sino por una datación radiocarbónica que lo sitúa en el 17.025 bp y n. Ia y Ib cuya cultura material lo ubica claramente en un momento antiguo del Magdaleniense, tal y como lo confirma una datación de 14.865 bp.

Tras esta visión sintética de los datos con los que contamos para comprender el desarrollo del final del Paleolítico en la Cuenca de Pamplona y sobre todo haciendo especial hincapié en la entidad y conservación de los mismos, estamos ya en condiciones de plantear algunas valoraciones sobre esta última etapa.

En primer lugar llama la atención el carácter troglodítico de los asentamientos conocidos, con la paradoja de que el mejor estudiado (Legintxiki, Ech. 94, N° 927) es el más pequeño de todos ellos, y probablemente el de menor entidad, al menos teniendo en cuenta la interpretación que del lugar hace su excavador. De manera que al abrigo de esta modesta afloración rocosa pudieron refugiarse esporádicamente a lo largo del Tardiglaciario un reducido grupo de cazadores. Su actividad fundamental en el sitio pudo ser, tal y como lo apunta su investigador, la reparación de su armamento de caza, como así parecen demostrarlo los restos líticos del horizonte magdaleniense que denotan una clara especialización en la fabricación de geométricos (triángulos escalenos).

De los otros dos yacimientos en cueva no tenemos datos como para ni siquiera imaginar el carácter de los yacimientos y las actividades llevadas a cabo en ellos. Tan sólo nos queda valorar las magníficas condiciones de habitación, en cuanto a la orientación (hacia el S.) y tamaño del área habitable (en el caso de La Leze supera los 250 m²), para imaginar que tal vez albergaron ocupaciones más estables y de mayor entidad que las detectadas en *Legintxiki* (Ech. 94, N° 927).

Por otra parte parece evidente que el grueso de toda esta ocupación del final del Paleolítico se concentra en torno al Magdaleniense, estando en condiciones de demostrarlo fehacientemente tan sólo en el n. Ia y n. Ib de *Legintxiki*, por medio de su datación radiocarbónica. Las atribuciones específicas que se han realizado para los otros dos casos con evidencias magdalenienses, La Leze y Leginpea, permiten articular de forma ideal la presencia de estos grupos de cazadores recolectores a lo largo de todo el magdaleniense en su versión clásica. Sin embargo, creemos que las características contextuales de los mismos no permiten realizar semejantes precisiones, pudiendo de momento tan sólo constatar la existencia de grupos humanos al final del último glaciario en alguno de los pocos refugios rocosos que la Cuenca de Pamplona ofrece.

1.4. Algunas conclusiones sobre la ocupación durante el Paleolítico en la Cuenca de Pamplona

La mayor parte de las valoraciones que podamos apuntar vienen marcadas de forma determinante por las características de conservación y conocimiento del registro paleolítico con el que hasta el momento contamos para la Cuenca, y que ya hemos ido exponiendo a lo largo del texto. Con ello queremos decir que uno de los objetivos más importantes que nos marcamos al comenzar el proyecto, el análisis diacrónico de los acontecimientos y hechos a través del cual intentar aproximarse a la evolución de los modos de vida en este espacio geográfico, difícilmente se ha podido alcanzar al menos para el Paleolítico. Como hemos ido viendo en cada una de las tres fases de ocupación paleolíticas ha sido imposible establecer las sincronías entre las diferentes realidades arqueológicas de cada una de ellas. De la misma manera no sabemos si existe un salto cuantitativo en el tiempo entre cada una de las fases, o si por el contrario se suceden sin intervalos de vacíos ocupacionales. Tan sólo de uno de los yacimientos se conocen un mínimo número de datos (Legintxiki, Ech. 4, Nº 927), pero su carácter único por el momento impide cualquier tipo de contrastación con otras realidades vecinas. Esta situación se acentúa si tenemos en cuenta que no sabemos nada sobre la evolución paleoclimática de la Cuenca durante el Pleistoceno, ni sobre los recursos que pudo ofrecer a los diferentes grupos humanos a lo largo de este periodo.

A pesar de este árido páramo de datos sí se pueden realizar unas pocas generalizaciones que a grandes rasgos son características del Paleolítico de buena parte de la Península Ibérica, y que de alguna manera introducen todos estos datos expuestos de la Cuenca de Pamplona como una parte más del entramado histórico que protagonizaron las comunidades paleolíticas que la ocuparon o al menos dejaron su huella:

- Que a lo largo del Pleistoceno Medio los grupos humanos realizan al menos una parte de sus actividades al aire libre. Siendo muy probable que esta proximidad a puntos de agua permanentes, como el río Arga, se deba a algo más que al simple abastecimiento de materia prima para la realización de buena parte de su instrumental lítico.

- Que probablemente durante la primera mitad de la glaciación Würm, en lo que denominamos Paleolítico medio o musteriense, las actividades de los grupos humanos que se acercan a la Cuenca continúan de alguna manera vinculadas al río y a su formación de terrazas. En estos casos no podemos decir que la razón sea únicamente el abastecimiento de materias primas, sino que debe tener otro tipo de explicación tal vez también en la esfera de los subsistenciales.

- Que será fundamentalmente durante el Tardiglacial cuando las comunidades busquen sistemáticamente las cuevas y abrigos como lugar de habitación y refugio, y desde estas planifiquen ahora sus estrategias de subsistencia.

Ya comentábamos al principio la dificultad existente en el momento de contrastar esta escasa y todavía mal conocida información de que disponemos, con otras de áreas próximas. Ya no sólo por las dificultades de nuestra muestra sino porque en la mayor parte de los casos estas circunstancias se repiten en otras áreas de la propia comunidad foral de Navarra y del Alto Valle del Ebro.

Si bien los yacimientos asignables al Paleolítico más antiguo han supuesto una auténtica sorpresa en el panorama de los estudios de estas épocas en Navarra, viniendo a confirmar la presencia de un poblamiento vertebrado a lo largo de los grandes ríos y que tradicionalmente venían denunciando varios hallazgos sueltos ya clásicos en nuestra historiografía, los otros más recientes tienen más paralelos en su proximidad. Para el material del Paleolítico Medio podemos citar el nivel más antiguo hasta el momento de la secuencia de la cueva de Abauntz en el Valle de la Ulzama, que incluso podría situarse cronológicamente por encima de la glaciación Würm, y varias estaciones al aire libre del altiplano de Urbasa cuyas industrias tienen grandes semejanzas a las localizadas en la Cuenca. Por otro lado las ocupaciones solutrenses y magdalenienenses datadas de forma absoluta en Legintxiki tienen también sus paralelos de nuevo en la cueva de Abauntz, con una secuencia muy similar de Solutrense Final-Magdalenienense Antiguo. También el final del Paleolítico Superior está documentándose tanto al Norte de la Cuenca (Berroberría y Zatoya) como al Sur (La Hoya Grande), con lo que viene a establecerse como eslabón entre estas otras realidades.

En definitiva, los escasos y particulares datos que sobre el Paleolítico tenemos en la Cuenca de Pamplona vienen a sumarse al conjunto de los conocidos para el Alto Valle del Ebro, sin que supongan una modificación de situaciones anteriores, sino más bien la confirmación de realidades que ya se comenzaban a vislumbrar anteriormente (Barandiarán, I. 1995 y Beguiristáin, M^a A. 1995).

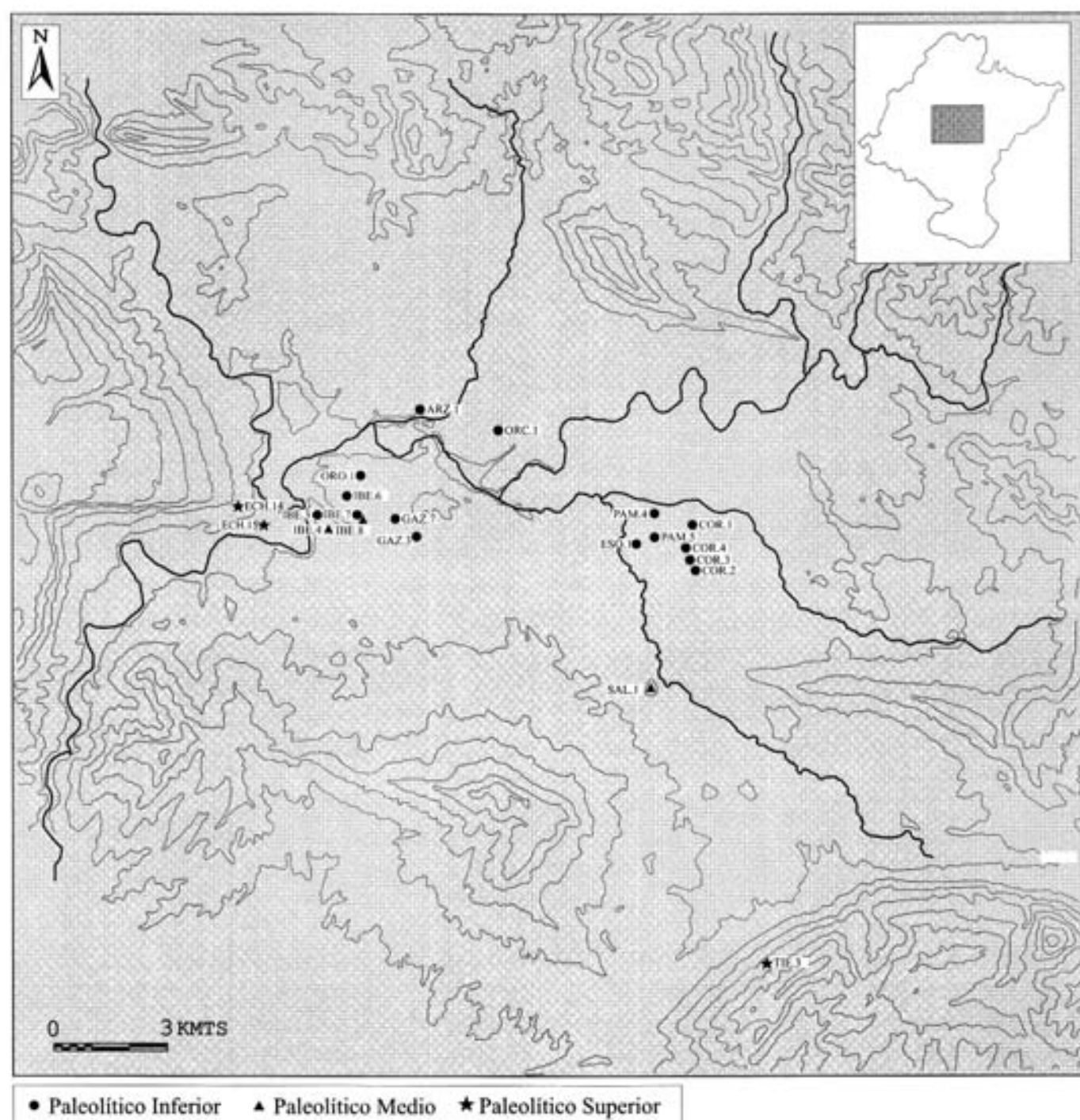


Figura 13. Localización de los yacimientos paleolíticos.

2. LA ETAPA NEOLÍTICO-CALCOLÍTICO

2.1. Introducción

No resulta sencillo definir estos periodos crono-culturales en la Cuenca de Pamplona, a pesar de contar para ello con un total de 65 yacimientos, lo que supone el segundo momento de ocupación más importante, al menos numéricamente, tras la Edad del Hierro. Esta circunstancia viene a sumarse, como un ejemplo más, al complejo panorama que presenta el Alto Valle del Ebro entre el final del V y del II milenio.

Para este intento de síntesis disponemos tan sólo de los materiales de superficie recogidos en esta importante serie de yacimientos. Aunque hay que tener en cuenta que en uno de ellos se ha realizado una campaña de excavación, *Paternanbidea III*, (Ibe. 5, N° 238), y en otro más una serie de sondeos con carácter de urgencia, *La Facería*, (Cam. 1, N° 21). Como ya analizaremos más adelante los datos del primero de ellos, a la espera de todos los análisis pertinentes, han complicado sensiblemente el esquema que hasta la fecha manejábamos para este tipo de lugares.

Un primer análisis de las características de estos yacimientos nos permite reconocer un solo rasgo común a todos ellos, como es el predominio entre los materiales recuperados de un conjunto más o menos numeroso de restos de industria lítica tallada en sílex. Frente a éste otro siempre más pobre de industria cerámica, estando presente en muchos de los casos la industria pulimentada con hachas, azuelas, percutores, alisadores, molinos de mano etc. Ha de destacarse que la industria lítica es, en ocasiones, la única representada. Sin embargo, teniendo en cuenta la naturaleza de estos registros no podemos dar valor cronológico ni cultural a estas situaciones descritas, ya que la descontextualización de todas estas muestras es evidente. Con todo se trata de una remoción reciente de este registro, en vertical y causada por el laboreo agrícola, pudiendo afirmar que en ninguno de los casos estamos ante derivaciones horizontales como hemos podido comprobar para el caso de los yacimientos del Paleolítico más antiguo. Esto quiere decir que las ocupaciones que estas

industrias testimonian al menos se produjeron en parte allí donde hemos podido documentarlas superficialmente.

Teniendo en cuenta estas limitaciones previas, hemos de valorar en que medida todo este material nos va a permitir establecer una secuencia diacrónica de la ocupación de la Cuenca a lo largo de esos dos milenios y medio que ocupan los periodos que en este momento estudiamos.

2.2. El problema de las atribuciones cronológicas: sincronía-diacronía

Para realizar cualquier tipo de análisis (espacial, de captación de recursos, estrategias económicas, organización social, costumbres funerarias, etc.) sobre estas comunidades que ocupan la Cuenca durante el Neolítico-Calcolítico, necesitamos en primer lugar ubicarlas cronológicamente de la forma más precisa posible. De esta forma podríamos ir estableciendo las pautas de cambio cultural, si es que este existió, o al menos la evolución de todos los aspectos enumerados, pudiendo establecer en teoría qué grupos de yacimientos pertenecen a cada estadio y con qué características.

Comentadas cuales son las circunstancias del material que poseemos de estos asentamientos, sólo nos queda preguntarnos cuáles son los criterios que hemos de utilizar para acercarnos a la cronología de los mismos. ¿Cómo hemos de interrogar a este registro, superficial y descontextualizado al menos en parte, para que vaya desvelando la información que el subsuelo debe esconder en estos sitios?

Este interrogante no es nuevo, precisamente el Alto Valle del Ebro es una área geográfica especialmente afectada por esta problemática. Han sido cientos los registros de este tipo dados a conocer en los últimos 25 años. De hecho en Navarra hemos tenido la fortuna de contar siempre con especialistas en este campo, que a lo largo de estos años han ido dando a conocer los análisis de todos estos contextos (Vallespí, E. 1974; Beguiristáin, M^a.A. 1982; Armendáriz, J. e Irigarai, S. 1991-92; etc.), y que han servido en parte para articular un oscuro segmento de nuestra Prehistoria, el que discurre entre el Neolítico y el final del Calcolítico.

Todos los investigadores nos hemos visto obligados a recurrir a criterios tipológicos para intentar ubicar cronológicamente estos asentamientos. A nadie escapa que este tipo de metodología de análisis en la actualidad está siendo muy criticado, elevándolo los prehistoriadores y/o arqueólogos que lo practican a categoría de validador crono-cultural, sosteniendo la idea de que es lo único que nos queda de estos yacimientos. Tal vez el error se encuentre en considerar la tipología como una parte más del registro que localizamos en el campo, olvidando su carácter artificioso, creada y perfeccionada tras años de investigación por diferentes generaciones de arqueólogos. Una de las falsas

soluciones frecuente en los últimos años, como reacción a las feroces críticas lanzadas por aquellos que han dotado de un carácter despectivo el concepto Arqueografía como una etiqueta para marcar determinadas investigaciones, es refugiarse en la consideración de la tipología como un medio. En definitiva un medio para continuar validando hipótesis de sincronía o diacronía de determinados fenómenos, olvidando que quizá la utilización de esta herramienta debiera limitarse a un descriptor consensuado de materiales.

Otro posicionamiento que puede generarse del estudio de este tipo de yacimientos, de los que sólo disponemos material de superficie, es la desestimación de sus registros como documentos fiables y de interés para el estudio de estas etapas en cuestión (Barandiarán, I. 1995: 69).

Estas reflexiones han de servir al menos para aclarar algunos de los problemas que comparten la mayor parte de los 65 yacimientos considerados en este capítulo. Para ejemplificar alguna de las notas que acabamos de exponer podemos empezar por analizar algunos de los contextos de la Cuenca de Pamplona asignados a un genérico Neolítico-Calcolítico.

Únicamente en cinco asentamientos contamos con una nutrida muestra de materiales, *Paternanbidea III*, (Ibe. 5, N° 238); *Izabal II*, (Ibe. 8, N° 241); *Mamantías*, (Oro. 2, N° 257); *Barañain*, (Bañ. 1, N° 69) y *Landabarren*, (Zol. 1, N° 56), que desinteresadamente nos ha cedido D. Juan Mari Martínez Choperena, recogidos a lo largo de más de una década de visitas continuadas a los yacimientos. En el resto de los lugares localizados los materiales provienen de tan sólo una inspección realizada el día del descubrimiento del yacimiento. En los cinco casos citados las evidencias superan el millar de ejemplares, mientras que en el resto (93,2%) no suelen alcanzar los dos centenares, situándose la media en torno a los 100 items por yacimiento. Lógicamente no todos los asentamientos deben tener necesariamente la riqueza que muestra en superficie un poblado como *Paternanbidea III* (Ibe. 5, N° 238) (con casi 8.000 items), aunque ni siquiera hay indicios para pensar lo contrario. Si consideramos que en el citado yacimiento los materiales de superficie son tan sólo una parte del registro conservado, cuya representatividad es casi imposible de calcular, hemos de imaginar que la fiabilidad de una muestra de 100 evidencias en un yacimiento prospectado una sola vez aún podría ser menor. En todo caso hemos de ser conscientes de cómo a la hora de valorar cronológicamente este tipo de colecciones tradicionalmente nos hemos movido en el peligroso mundo de las "presencias-ausencias". Así, por ejemplo, la presencia de segmentos de círculo de retoque en doble bisel, junto a la ausencia de puntas de flecha de retoque plano, ha supuesto licencia suficiente como para imaginar que nos encontrábamos ante un yacimiento neolítico. Por otra parte la ausencia de los primeros y la existencia de dichas puntas de flecha nos adelantaban ya a momentos calcolíticos, más avanzados según la morfología de las puntas. No vamos a entrar ahora a valorar la validez de estos esquemas, que no nos parecen muy acertados, sino tan sólo a comprobar la fragilidad de este tipo de

planteamientos para los registros de los yacimientos con que trabajamos en la Cuenca de Pamplona.

Continuando con esta línea en los cinco yacimientos que han sido sometidos a una revisión y prospección más sistemática se localizan elementos de cultura material que "a priori" podrían pertenecer a momentos cronológicos bien distintos (microlitos geométricos frente a puntas de flecha, láminas simples con "pátina de cereal" frente a hoces compuestas, etc). Sin embargo la experiencia en la prospección de todos estos lugares nos permite intuir que en muchos casos es el azar quien dicta esas presencias-ausencias, ya que en algunos casos una segunda visita a alguno de los yacimientos ha motivado el hallazgo de alguno de esos marcadores tipológicos con pretensiones cronoculturales, y que de pronto modifican la idea que sobre el yacimiento podíamos tener. Estos planteamientos pueden llegar a producir situaciones tan estrambóticas como que de una semana para otra pasemos de tener un yacimiento Neolítico a tenerlo Calcolítico. Aunque pueda parecer una exposición algo exagerada sin duda está fundamentada en las situaciones que hemos ido viendo con este tipo de yacimientos en Navarra al menos en los últimos años.

De la situación planteada hasta el momento surgen dos posibles cuestiones:

- La posibilidad de que estos asentamientos acojan varias ocupaciones, incluso que entre ellas haya diferencias de tipo cultural.

- Que estos materiales perduren en el tiempo llegando a convivir, ya que hablamos de útiles líticos que se encuentran en la misma órbita de trabajo suponiendo tan sólo un cambio de morfología.

En contra de esta última opción parecen estar la mayor parte de los datos al respecto provenientes de contextos estratigráficos bien datados, que abogan por la sustitución de un tipo de proyectil por otro, marcando el paso al Calcolítico, ocurriendo lo mismo en el caso de los elementos de hoz. Bajo esta perspectiva estaríamos ante asentamientos que mostrarían entre sus industrias superficiales una gran variabilidad tecno-tipológica de herramientas, correspondientes a diferentes momentos crono-culturales de ocupación de los sitios.

La interpretación que algunos autores han realizado en este sentido ha motivado la desestimación de estos registros, ante una evidente descontextualización del registro como ya hemos comentado, que si de hecho se muestra en superficie de forma tan abundante es porque en buena medida deben encontrarse arrasados.

En toda esta compleja problemática se circunscriben los 65 yacimientos de la Cuenca de Pamplona, que contienen entre sus materiales, sobre todo en aquellos más intensamente prospectados, teóricas evidencias de diferentes periodos: Neolítico y/o Calcolítico, e incluso Bronce Antiguo. La solución a todas estas conjeturas debe pasar por la excavación de alguno de estos yacimientos, circunstancia que hasta ahora prácticamente no se ha dado en el Alto Valle del Ebro, y que hemos intentado en dos casos en la Cuenca. Más adelante

trataremos de analizar, con los escasos datos que hasta ahora tenemos de estas excavaciones, la incidencia de estas intervenciones en toda esta situación expuesta.

Antes de continuar nos parece interesante tratar dos cuestiones que tal vez en el futuro puedan aportar algo más de luz para desentrañar los sistemas de explotación del territorio a lo largo de los milenios que aquí abordamos, como son el tamaño de los yacimientos y su ubicación geográfica. Aunque no podamos valorar en su justa medida, ni extraer toda la información posible, los datos de este tipo ya que no conocemos la sincronía-diacronía entre los diferentes asentamientos, por los menos servirán para describirlos un poco mejor. Queda así en evidencia que no nos sentimos capaces de realizar los test de contemporaneidad pertinentes a toda esta serie de yacimientos, ya que no creemos que se puedan llevar a cabo con materiales de superficie y más concretamente para estos momentos de la Prehistoria Reciente en el actual territorio navarro.

Siempre es difícil valorar el tamaño de un asentamiento de esta época, si se tiene en cuenta que los datos se concluyen de la medición del área de dispersión, en una fecha concreta, de los materiales en superficie. En el caso de la Cuenca existen lugares en los que esta dispersión supera la hectárea (*Paternanbidea III*, Ibe. 5, N° 238 con 12.500 m²), frente a otros que se sitúan sobre los 500 m² (*Viñas de la Peña*, Ech. 16, N° 129, con 350 m²). Creemos que estas diferencias pueden deberse en gran medida a la diferente entidad de los asentamientos, que incluso puedan tener relación con la funcionalidad de los sitios, sin embargo, la realización de estadísticas que permitan asociar tamaños con cultura material tienen poco sentido. La descontextualización de los materiales, junto a la dificultad de establecer una casuística que pueda explicar las dimensiones de cada yacimiento, teniendo en cuenta las continuas remociones mecánicas que sufren, provocan que no podamos establecer la extensión de las ocupaciones de forma precisa. A pesar de todo ello no deja de ser evidente que algunos de los lugares fueron mayores que otros. Si esta circunstancia se debe a la importancia de los lugares, a diferencias funcionales o a la expansión que pudieron sufrir determinados sitios con la sucesión de ocupaciones, lo desconocemos casi por completo. Un hecho que no podemos obviar es que los yacimientos de "mayor tamaño" son los cinco ya citados, que han sido prospectados a lo largo de al menos una década, lo cual nos crea serias dudas sobre la verdadera dimensión de todos los demás.

Con todo lo expuesto hasta el momento queremos dejar claro que cualquier intento de establecer sincronías entre los asentamientos no deja de ser una tarea muy arriesgada, y que la diacronía que muchos de ellos deben representar tampoco puede sistematizarse sin menos riesgos; tanto es así que podemos cuestionarnos el establecimiento de hipótesis, teniendo en cuenta que el grado de certeza de nuestras afirmaciones puede ser mínimo.

2.3. Sobre la ubicación de los yacimientos

Pueden individualizarse cinco áreas en donde se distribuyen el 86% de los yacimientos:

— Zona A: sistema de terrazas del río Arga (vid. Figura 14). La mayor parte de ellos se localiza en concreto sobre el tercer nivel, lo que los sitúa hacia los 450 m. s.n.m. Son en total 22 yacimientos, destacando cuatro (*Barañain*, Bañ. 1, N° 69; *Mamantias*, Oro. 2, N° 257; *Paternanbidea III*, Ibe. 5, N° 238 e *Izabal II*, Ibe. 8, N° 241) por la mayor dispersión de los restos en superficie, así como por su entidad cuantitativa y cualitativa. Se trata de la mayor concentración de yacimientos de estas épocas en la Cuenca, adaptándose perfectamente a la morfología que en este punto presenta esta formación fluvial. Los asentamientos se ubican sobre alargados brazos amesetados, que perpendicularmente discurren hacia el actual cauce del río, definidos por barrancadas que aún en la actualidad presentan arroyuelos que alimentan el cauce principal.

— Zona B: formación de glaciares de la Sierra del Perdón (vid. Figura 14). Son 8 los yacimientos que se encuentran en este área. Este sistema de glaciares forma un "cinturón" bordeando la falda septentrional y oriental de toda la Sierra, aunque los asentamientos se concentran en su mitad más occidental, enfrentados a los ubicados sobre el área anteriormente descrita. Esta localización los eleva a una cota que fluctúa entre los 500 y 550 m. s.n.m. El sustrato se caracteriza geológicamente por tratarse de playas fósiles, conformadas por areniscas de grano fino y bastante blandas. Esta particular circunstancia no modifica la morfología de los lugares con respecto a los localizados en terrazas, ya que conforman de la misma manera grandes extensiones amesetadas. Estas características son válidas al menos para los más occidentales, ya que en el caso de los situados hacia el centro de este "cinturón" el sustrato lo conforman potentes niveles de gravas, originados por los procesos erosivos del frente de conglomerados que corona la Sierra, aunque la morfología del relieve estructural es la misma.

— Zona C: formación de glaciares de la Sierra de Alaiz (Vid. Figura 14). En este punto especialmente significativo de la Cuenca de Pamplona, por tratarse de un paso obligado tanto como acceso o salida, se han localizado cuatro yacimientos. A lo largo de unos cuatro kilómetros confluyen los frentes de erosión de dos Sierras muy peculiares, como lo son la del Perdón y la de Alaiz, que han originado un importante sistema de glaciares. Esta amplia plataforma debió ser seccionada en un determinado momento justo a los pies de la Sierra de Alaiz, diferenciando claramente la línea de glaciares de la formación de ladera de dicha Sierra. Así, en estas amplias plataformas (a unos 530 m. s.n.m. de media) se han desarrollado importantes hábitats a lo largo de la Prehistoria Reciente, pudiendo considerar que en cuatro casos lo hicieron a lo largo del Neolítico-Calcolítico.

— Zona D: cuenca media del río Elorz (Vid. Figura 14). Entre la vertiente septentrional de la Sierra de Alaiz y la Sierra de Tajonar se abre la cuenca del río Elorz. Se caracteriza por un paisaje abierto y escalonado, formado por un sistema de terrazas de baja intensidad, a los que suceden los glaciares de cada sierra hasta sus laderas. A lo largo de ambos niveles orográficos, entre los 450 y 550 m. s.n.m., se ubican los seis yacimientos localizados en esta área.

— Zona E: cuenca alta del río Sadar (Vid. Figura 14). Las Sierras de Aranguren y Tajonar forman un amplio arco, abierto al Oeste, en cuyo extremo Sur se localiza la cuenca del río Sadar. La orografía del paisaje aunque mantiene una tonalidad suave se muestra bastante intrincada en este punto, en donde se conjugan las formaciones de ladera y glaciares muy erosionados de ambas sierras, junto al modesto sistema de terrazas del río. De los dieciséis yacimientos individualizables en esta área nueve mantienen una clara vinculación con el curso del río, jalonando su curso hasta la salida del Valle de Aranguren, momento en que pierde la "protección" de la Sierra de Tajonar. Ya sea sobre terrazas o glaciares, todas las localizaciones se sitúan entre los 450 y 550 m. s.n.m.

Del resto, hasta alcanzar los 65 yacimientos catalogados, tan sólo uno se distancia totalmente de las cinco zonas descritas, *Izaña*, (Bea. 1, N° 260), ya que los otros se ubican en la periferia de alguna de ellas.

Esta concentración de yacimientos, en determinadas áreas geográficas de fuerte personalidad, no sólo aporta información *per se* sino que, además, testimonia una serie de vacíos ocupacionales. Esta afirmación es fundamental para entender el proceso de ocupación y explotación del espacio de la Cuenca durante los periodos que nos ocupan.

En el apartado de conclusiones reflexionaremos sobre este punto, tratando de valorar estas situaciones de vacío y concentración junto con el resto de la información que disponemos.

2.4. Paternanbidea III y La Facería: dos poblados de la Prehistoria Reciente en la Cuenca de Pamplona

A este panorama de incertidumbres que hemos expuesto hasta el momento se suman las dos intervenciones realizadas sobre yacimientos de estos momentos, y que de forma algo más pormenorizada figuran en los correspondientes anexos. En ambos casos las afirmaciones que sobre ellos podemos realizar son del todo provisionales ya que carecemos por el momento de los resultados de la mayor parte de los análisis en curso (C14, polen, faunas, macrorestos vegetales, etc.).

Aunque nuestras aportaciones puedan parecer del todo pesimistas, lo cierto es que son más los interrogantes surgidos tras estas dos intervenciones que los que hasta el momento hemos podido resolver. Las circunstancias que han rodeado cada actuación han sido muy diferentes. En el caso de *La Facería*

(Cam. 1, N° 21) el carácter de urgencia de la excavación ha mediatizado de forma muy evidente los resultados. De hecho la excavación afectó a un número muy reducido de depósitos en hoyo, ya que la cantera de explotación de gravas que los descubrió estuvo activa durante los años setenta, sin continuación posteriormente. Es muy posible que la mayor parte del yacimiento se encuentre en gran parte destruido, en todo caso la intervención se limitó a la excavación de los citados depósitos. De ello se puede deducir que existe un sesgo evidente en la muestra, con lo que es muy difícil imaginarse como pudo ser realmente el asentamiento. Tan sólo podemos concluir que, al menos en el s. XXII a. C., ocupó el lugar un grupo humano que conocía la domesticación tanto de plantas como de animales. Que el asentamiento debió alcanzar una gran extensión a juzgar por la enorme dispersión de los depósitos, y que fue utilizado por una comunidad que sin duda practicaba una economía de rendimiento aplazado probablemente ya bien asentada. La muestra cerámica y lítica, aunque homogénea, es lo suficientemente reducida como para realizar generalizaciones que nos lleven a suponer que representen realmente parte de la cultura material de esas gentes.

Teniendo en cuenta la necesidad de caracterizar este tipo de yacimientos (Neolítico-Calcolítico), de los que en *La Facería* (Cam. 1, N° 21) teníamos una muestra excesivamente sesgada sin posibilidades de ampliar el área de intervención, se planteó la realización de una campaña de sondeos en *Paternanbidea III* (Ibe. 5, N° 238). Este yacimiento presentaba un rico elenco de evidencias superficiales, el más importante numéricamente entre los yacimientos, de la época que tratamos, localizados hasta ese momento en la Cuenca. *Paternanbidea III* (Ibe. 5, N° 238) representaba el yacimiento "tipo" para estos momentos en Navarra, lo que hasta la fecha denominábamos "talleres de sílex". Así, con su excavación no sólo se pretendía caracterizar este momento en la Cuenca, sino que por extensión podría llenar una importante laguna de conocimiento para este tipo de lugares en el Alto Valle del Ebro.

A la vista de que buena parte del yacimiento, también en este caso, estaba ya destruido por antiguas extracciones de gravas, se consideró que lo más conveniente sería una retirada mecánica de tierra vegetal en 2.500 m². Pensamos que el registro que pudiera localizarse en esta extensión podría ser suficientemente significativo como para poder caracterizar, en buena medida, la realidad de este yacimiento. En este sentido los objetivos tan sólo se han visto cumplidos en parte, ya que si bien hemos podido comprobar una vez más que este tipo de yacimientos conserva una parte importante de sus registros, en este caso no ha sido suficiente como para poder definir este importante momento de la Prehistoria Reciente en la Cuenca de Pamplona. Trataremos de sintetizar y exponer brevemente algunos de los problemas de interpretación que los datos de esta intervención, a la espera del estudio definitivo, plantean:

— La naturaleza del registro superficial no muestra concordancia con el recuperado en el subsuelo. Mientras que entre los materiales recuperados en superficie se daba un predominio absoluto de la industria lítica tallada, con tan sólo un 1% de industria cerámica, la muestra procedente de la excavación prácticamente invierte la cuantificación. En la casi totalidad de los depósitos exhumados la industria cerámica y los restos de fauna son en gran medida los

únicos protagonistas. Las causas de estas notables diferencias probablemente haya que buscarlas en la deposición diferencial de cada una de estas industrias. Este hecho habría provocado que las estructuras que reciben la industria lítica tallada no tengan un carácter negativo, sino que sobresalieran del nivel de gravas, destruyéndose posteriormente por la acción de los arados, que sacarían este material a la superficie.

— La cronología a la que parecía conducirnos el material de superficie, no sólo no se ha visto corroborada por las evidencias recuperadas en la excavación, si no que, además, ha sido ampliada considerablemente. De hecho, la idea que manteníamos sobre la cronología del yacimiento y que lo ubicaba entre un Neolítico Pleno y un momento antiguo del Calcolítico, ya que no existían elementos materiales que por su tipología permitieran abogar por otros momentos más recientes, ya no puede mantenerse al cien por cien. De hecho, la intervención ha aportado una importante muestra de industria cerámica que permite pensar que el lugar debió estar ocupado a lo largo de bastante más tiempo, al menos hasta los comienzos de la Edad del Bronce. Así parece denunciarlo una vajilla caracterizada por formas carenadas marcadas, aplicaciones de barro plástico sobre vasos de fondos planos, asas de puente de sección circular, presencia de pastillas repujadas, etc.

A priori, habría que abogar por la existencia de diferentes fases de ocupación del lugar, ya que no existen indicios estratificados que permitan situar en los labores de la Edad del Bronce algunos de los elementos industriales localizados en superficie (segmentos de círculo en doble bisel, piezas de hoz sobre láminas simples, elementos sobre hoja recortada, etc.).

— La superficie intervenida probablemente no es la adecuada para acometer el estudio de este tipo de yacimientos con fiabilidad. La variedad de funcionalidades que muestran las estructuras excavadas (enterramientos, basureros, lugares de almacenaje, depósitos rituales, etc.), evidencia las diferentes actividades que en el yacimiento llevaron a cabo a lo largo del tiempo los diferentes grupos que ocuparon el lugar. Este hecho, unido a la presencia de algunas estructuras cuya función debió incluirse en el marco de lo habitacional, así como la existencia destacable de fragmentos de manteados y de huellas de ramajes en fragmentos de adobes, podría validar la hipótesis que considera *Paternanbidea II* (Ibe. 4, N° 237) como un poblado al aire libre. Sin embargo, la superficie intervenida no ha sido lo suficientemente extensa como para permitir un análisis de la distribución espacial del poblado, y sus diferentes áreas de actividad. Este hecho impide que podamos establecer con certeza la existencia de una zona de necrópolis o de otra de almacenaje, como podrían estar manifestando en este sentido alguno de los depósitos excavados. Así, la intervención en este tipo de lugares pasa indefectiblemente por una excavación en área en toda su extensión, al menos delimitada en parte por la distribución del material en superficie.

— El material de superficie de todos estos yacimientos aparece tan sesgado que podríamos plantearnos la rentabilidad de continuar realizando análisis en esta línea. De todo lo expuesto hasta el momento tal vez pudiera deducirse esta idea, ya que el registro de superficie de *Paternanbidea III* apenas refleja la realidad de las evidencias que se conservan en el subsuelo. A pesar de

todo no deja de ser este yacimiento un ejemplo puntual cuyos resultados no sabemos hasta que punto son extrapolables a otros de la misma época en una geografía próxima. Por lo tanto abogamos por una multiplicación de las excavaciones en este tipo de lugares. Esto permitirá con posterioridad tener más elementos de comparación fiables para abordar, no sin ciertas reservas aunque con un mayor grado de certeza, análisis de materiales de superficie desde un punto de vista tecno-tipológico.

2.5. Algunas conclusiones

No quisiéramos tras este texto dejar al lector la idea de que el estudio realizado en la Cuenca de Pamplona para estos momentos de la Prehistoria Reciente haya sido un tanto infructuoso. De hecho, y a pesar de todas las dudas y limitaciones que hemos constatado, se ha dado un primer paso muy importante a nuestro modo de ver en el estudio de todas estas realidades arqueológicas que en Navarra suponen las primeras comunidades campesinas. Así, se ha logrado:

- Conocer la localización de toda una serie de registros, lo que resulta de gran importancia desde el punto de vista patrimonial, y más en un área con un índice de antropización que crece día a día.

- Es la segunda ocasión, el primero lo fue la Bardena, en que podemos reconocer la mayor parte de la realidad arqueológica de superficie, en un área geográfica bien definida, para los momentos que discurren entre el Neolítico y la Edad del Bronce.

- A través de las intervenciones en *La Facería* y *Paternanbidea III* (Cam. 1, N° 21 e Ibe. 5, N° 238) se ha tenido la oportunidad de comprobar el interés, la viabilidad y las posibilidades de acometer excavaciones en un tipo de yacimiento cuyas características hasta la fecha nos eran totalmente desconocidas, fuera de los registros superficiales; este es el caso de los denominados tradicionalmente "talleres de sílex" o estaciones al aire libre y que protagonizan una buena parte del registro de la Cuenca y en general de la Prehistoria de Navarra.

Pero junto a estos logros existen toda una serie de limitaciones que nos hemos ido topando al estudiar todos estos yacimientos y que vamos a tratar de sintetizar brevemente, aunque ya hemos desarrollado a lo largo del texto:

- Uno de los mayores problemas que se nos ha presentado, y que ha condicionado de forma determinante el resto de análisis que pudiéramos haber realizado, ha sido el establecimiento de una cronología relativa precisa a todos estos conjuntos de material de superficie. El único recurso con el que podíamos contar era un análisis tecno-tipológico, al que no hemos renunciado, pero que no ha sido capaz de diferenciar etapas, ni siquiera grandes periodos. Así que la única solución era considerar todo este conjunto de yacimientos como una realidad presente en la Cuenca fundamentalmente a lo largo del III milenio.

- La imposibilidad de establecer una cronología precisa a cada yacimiento ha impedido realizar una secuencia diacrónica de los mismos, ya que

suponemos que debió existir; pero al mismo tiempo tampoco ha permitido comprobar sincronías entre los asentamientos. Este hecho es de vital importancia a la hora de encarar las características y evolución de la ocupación de la Cuenca de Pamplona a lo largo del milenio citado. Lo que quiere decir que se hace muy difícil, por ejemplo, valorar la distribución de los yacimientos en el espacio. De hecho, validar cualquier aspecto que eleváramos a factor causal para explicar la presencia de cinco evidentes áreas de concentración de yacimientos se nos antoja muy complicado. La existencia de asentamientos de mucho mayor tamaño que otros es evidente, sin embargo, no podemos establecer relaciones de dependencia, por ejemplo, ya que desconocemos los fenómenos de sincronía.

En conclusión creemos excesivamente aventurado emitir hipótesis que resuelvan aspectos tan puntuales como los expuestos si hemos de validarlas con el escaso conocimiento certero que de estos yacimientos tenemos.

A pesar de todas estas dificultades no podemos concluir este análisis sin permitirnos describir hipotéticamente algunos aspectos de la ocupación de la Cuenca durante buena parte de la Prehistoria Reciente. Tras, por lo menos, cinco milenios de vacío poblacional (entre el final del Paleolítico Superior y los primeros grupos neolíticos) o al menos esporádico, ocupan la Cuenca de Pamplona una serie de comunidades entre finales del IV y III milenio. Para ubicar estos asentamientos parecen buscar amplias llanuras, con buen control visual, drenajes resueltos y próximas a cauces de agua permanentes. Estas características se cumplen fundamentalmente en las terrazas y glacis cuaternarios de la mitad sur de la Cuenca, y es precisamente allí donde los encontramos. Parece indudable que practican una economía de rendimiento aplazado, basada tanto en la agricultura como en la ganadería, estando presente a partir de determinado momento el almacenaje. La estabilidad de estos lugares tal vez sea parcial, dependiente de los ciclos agrícolas y ganaderos. Con todo la vinculación de las bases de poblamiento a estos asentamientos, a lo largo del tiempo, podría ser confirmada si tenemos en cuenta que incluso se entierran, al menos ciertos individuos, en el mismo área de habitación.

Como evolucionará todo este complejo hasta alcanzar la plenitud de la Edad del Bronce es algo que por el momento desconocemos. Sin embargo, hemos puesto las bases para poder seguir trabajando en esta línea, al menos comprobando que este tipo de yacimientos tienen mucho que aportarnos en adelante.

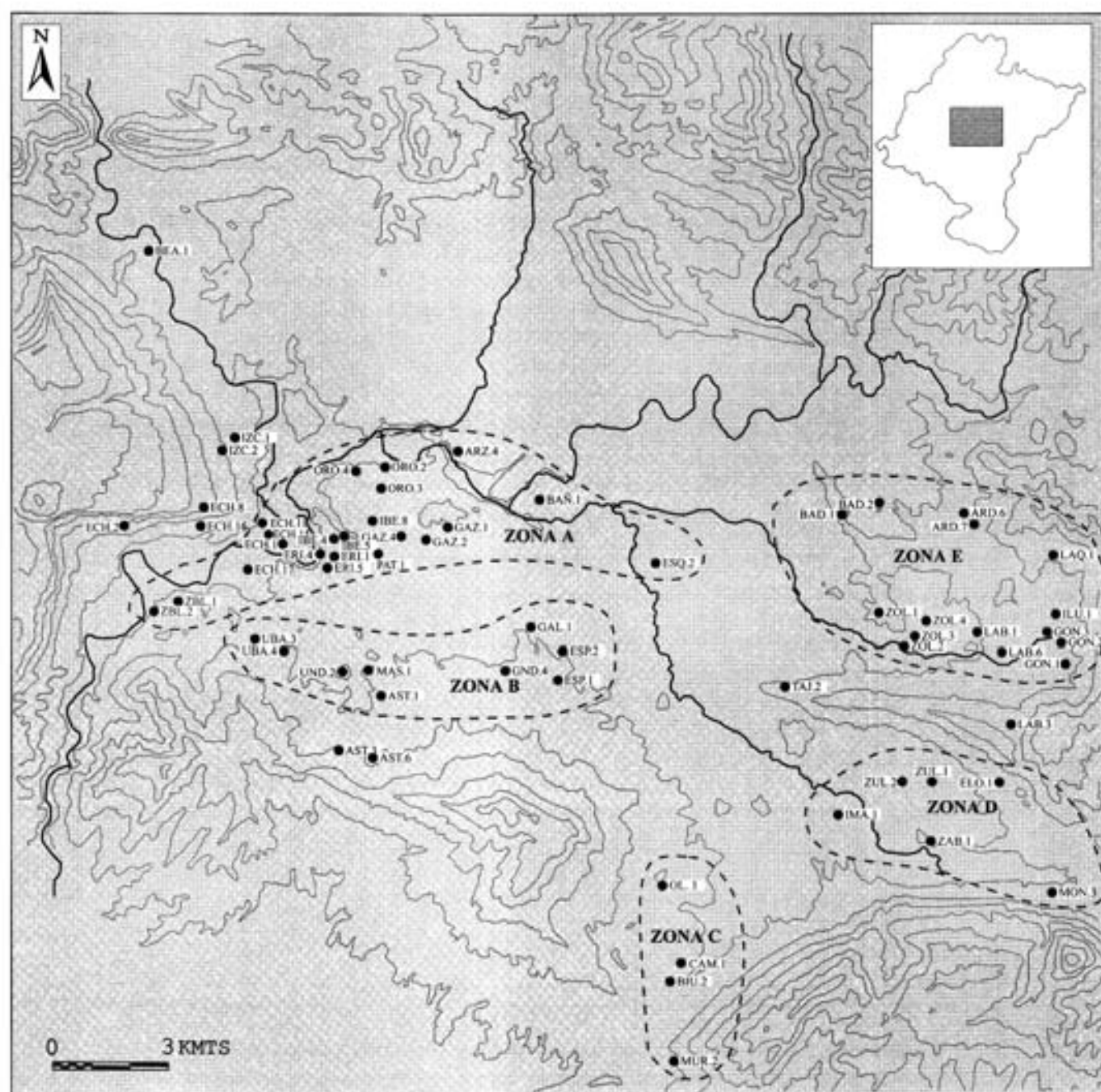


Figura 14. Ubicación de los yacimientos Neolítico-Calcolítico, indicando las cinco áreas individualizadas.

3. DURANTE LA EDAD DEL BRONCE

En 1995, al hilo de una síntesis sobre la evolución del territorio de la actual Navarra en la Edad del Bronce, publicábamos una visión de las distintas etapas que la componen y señalábamos algunos de los procesos en los que se veían inmersos los grupos que ocuparon estos territorios (Sesma, J. 1996). En el caso de la Cuenca de Pamplona, resaltábamos su radical diferencia respecto a los comportamientos de otras áreas comarcales (Bardenas Reales de Navarra).

Uno de los mayores problemas que presenta el estudio de la Edad del Bronce en la Cuenca de Pamplona es la correcta seriación de los hallazgos. Carecemos de bases estratigráficas firmes y de dataciones absolutas que nos permitan enlazar las distintas transformaciones que se producen a lo largo del II milenio, por lo que recurriremos a menudo a referencias de otras áreas geográficas más o menos cercanas. Tan solo en los momentos finales de la Edad del Bronce, las excavaciones en los yacimientos de *Aparrea* (Biu. 1, N° 1) y *Diablozulo* (Gue. 2, N° 172) han permitido ampliar el registro arqueológico a unos niveles aceptables.

3.1. El marco cronológico

El Calcolítico Final-Bronce Antiguo vendría marcado en la zona por la extensión del horizonte campaniforme, que en su variedad internacional se ubica hacia fines del III milenio ($2130\pm130\text{BC}$ en Tres Montes y $2170\pm70\text{BC}$, $2160\pm60\text{BC}$ y $2110\pm60\text{BC}$ en La Atalayuela)². El horizonte de campaniforme inciso presenta en cambio una notable diversidad cronológica, con tendencia a la expansión hasta mediados del milenio ($1610\pm100\text{BC}$ en Monte Aguilar, $1610\pm50\text{BC}$ en Marijuan I, $1500\pm60\text{BC}$ y $1500\pm70\text{BC}$ en Peña Guerra I y $1460\pm60\text{BC}$ en Peña Guerra II) (Alday, A. 1996).

2. Todas las fechas presentadas son sin calibrar.

En el momento final de la Edad del Bronce contamos con dos dataciones absolutas procedentes de la excavación de *Aparrea* (Biu 1, N° 1) (1220 ± 70 BC y 1130 ± 50 BC) (Castiella, A. 1997), para un horizonte que no muestra signos de contactos con otros grupos culturales pujantes por estas fechas en el entorno (Cogotas I y Campos de Urnas Antiguos).

La introducción de estos "contactos", patentes en el caso de los Campos de Urnas en varios yacimientos de la Cuenca de Pamplona, carece hasta el momento de una datación precisa, pendientes de la publicación de los niveles del Alto de la Cruz de Cortes o La Hoya de Laguardia como referencias más válidas. En todo caso, habremos de tomar como buenas las ya clásicas, aunque lejanas geográficamente, de Carretelá (1090 ± 90 BC) y la Cueva del Moro de Olvena (1090 ± 35 BC) (Maya, J.L. 1992-93).

A la hora de definir arqueológicamente la Edad del Bronce nos encontramos con otra dificultad que afecta intrínsecamente a las conclusiones que pueden obtenerse: la ausencia de rasgos característicos que doten de personalidad a la Edad del Bronce. Este aspecto resalta más si se compara con los momentos antecedente y consiguiente. Por lo tanto, la Edad del Bronce se va a definir a todos los niveles (cultura material, organización espacial, modelo económico, etc.) no sólo por "lo que es", sino también por "lo que no es" en comparación sus contextos históricos anterior y posterior.

Lo expuesto se refleja claramente a la hora del análisis comparativo de los yacimientos. Son 61 las localizaciones que se han atribuido a la Edad del Bronce, no sin dudas en bastantes de los casos por la parquedad e indefinición de los materiales. Esto supone el 22,9% de los yacimientos identificados en la Cuenca de Pamplona, lo que contrasta con el 37,68% de la Edad del Hierro, si bien se aproxima más al 27,61% del Neolítico-Calcolítico. No obstante, si comprobamos la atribución cronológica más precisa, pronto advertimos lo engañoso de este dato. De los 61 identificados, 15 son imposibles de separar del precedente Calcolítico y 23 se adscriben a un genérico Bronce Final-Hierro I. En consecuencia, únicamente el 38% de los yacimientos inventariados como de la Edad del Bronce se podrían considerar plenamente como tales.

En el estudio que ahora abordamos, hemos de tener en cuenta esta realidad por lo cual vamos a diferenciar tres grandes categorías cronológicas dentro de los yacimientos (Figura 15):

- Yacimientos en los que se manifiesta una continuidad con el Calcolítico, indisoluble del Bronce Antiguo. Comprenden un total de 15 localizaciones.
- Yacimientos atribuibles a un Bronce Genérico. Engloban 17 localizaciones
- Yacimientos que se engloban dentro de las últimas fases de la Edad del Bronce, y que se ha optado por denominar Bronce Final. Comprenden un total de 30 localizaciones.

De todos estos lugares, únicamente se han realizado excavaciones arqueológicas en dos de ellos: *Aparrea* (Biu. 1, N° 1) y *Diablozulo* (Gue. 2, N° 172) (Figura 16), para cuyas características remitimos a los anexos correspondientes. En estas dos excavaciones no se ha conseguido obtener una secuencia estratigráfica que permita definir una visión diacrónica de los procesos que se sucedieron a lo largo del II milenio y que en otras zonas se han demostrado muy complejos (como ejemplo puede citarse la síntesis regional de Burillo, F. y Picazo, 1996). Este objetivo, pese a todos los problemas que la extrapolación pudiera conllevar, ciertamente no ha podido ser cumplido.

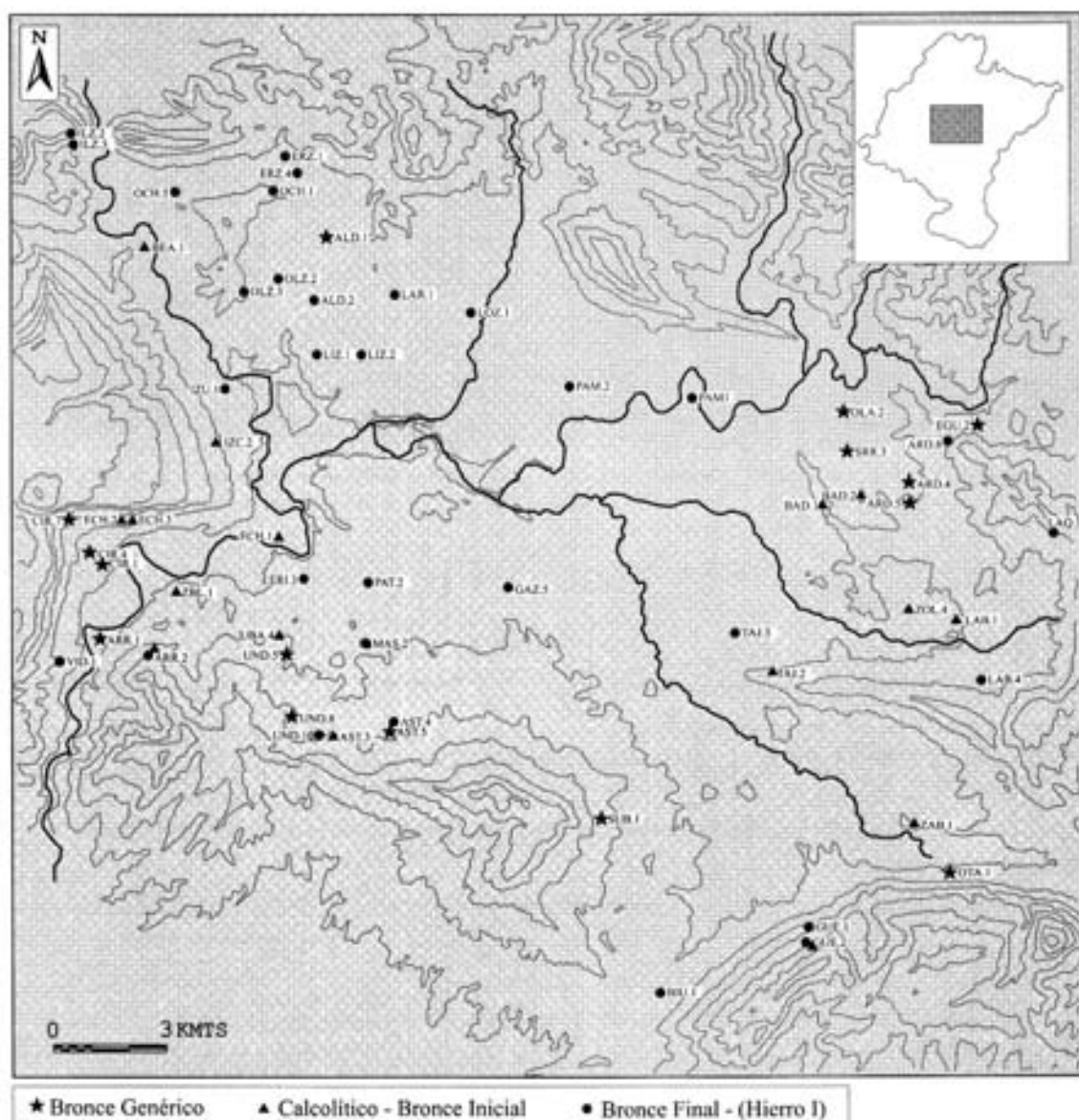


Figura 15. La Cuenca de Pamplona con la localización de los emplazamientos de la Edad del Bronce.

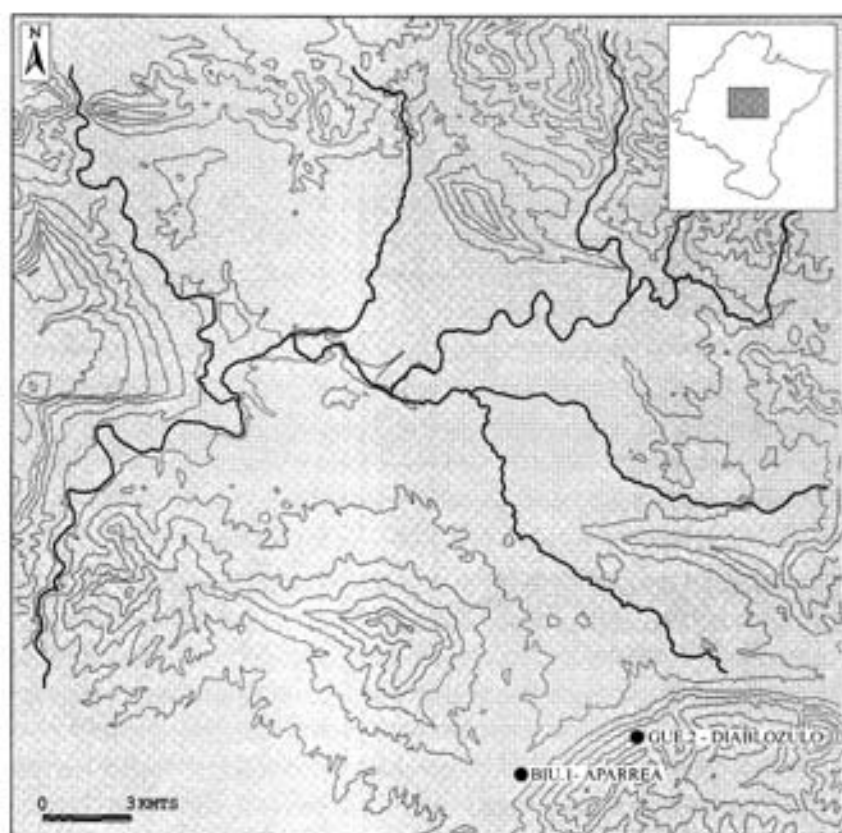


Figura 16. Situación de los yacimientos de la Edad del Bronce excavados.

3.2. Inicios de la Edad del Bronce

Los inicios de la Edad de Bronce suponen, con las diferencias lógicas, una continuidad respecto al período precedente, que se manifestará a lo largo de toda la Edad del Bronce y que sólo parece cambiar en los momentos precedentes a la Edad del Hierro.

Las características del **poblamiento** de esta época se definen por varios factores:

- Preferencia por los lugares llanos (incluimos aquí los situados en planicie y suave pendientes, en los que no se busca el control del entorno), con índices equiparables a los de los momentos posteriores (46,6%).

- Selección de emplazamientos en "cotas bajas". Si descartamos 2 cuevas/abrigos (en los que la altitud no es una variable que pueda considerarse totalmente seleccionable por el hombre), el 92,8% de los yacimientos se sitúan por debajo de la cota de los 540 m. (Figura 17). Esto traducido a la geografía de la Cuenca representa el rechazo sistemático de cualquier piedemonte o ladera de todas las sierras que la rodean.

— Lejanía de los principales pasos naturales o encrucijadas, que bordean la Cuenca por el N. y el S. Tan sólo el sector occidental, que comprende el corredor Araquil-Arga debió presentar un cierto atractivo para estas gentes. Esto se traduce también en la concentración del 53% de los yacimientos en esta zona, que supone menos de la cuarta parte del territorio estudiado.

El carácter singular de esta zona ha sido puesto de manifiesto por varios investigadores atendiendo a factores diversos:

a) Por tratarse de un territorio casi exclusivamente "santuario" (manifestaciones de arte rupestre) o "funerario" (cuevas sepulcrales) (Nuin, J. 1994). Aunque no se puede seguir manteniendo la dicotomía propuesta Valle de Echaurren-lugar exclusivamente "ritual" versus Cuenca de Pamplona-territorio de hábitat y producción, continúa siendo relevante la presencia de manifestaciones no domésticas en la zona en cuestión.

b) Por hallarse elementos de ajuar singulares —el campaniforme marítimo en los yacimientos de *Cueva del Moro* (Ech. 8, N° 121) y *Arrigorriá I* (Arr. 2, N° 104) que se han puesto en conexión con redes de distribución por vía terrestre de productos de prestigio (Alday, A. 1996: 175).

Pasando a analizar las dimensiones de los yacimientos, hemos de resaltar la continuidad con el período Neolítico-Calcolítico, lo que se traduce en la polarización de las superficies ocupadas. Por un lado se sitúan aquellos yacimientos que no sobrepasan los 3000 m² y por otro los que exceden claramente de los 10.000 m² —*Antorenabordaondo* (Lab. 1, N° 43), *Camino de Aranguren* (Zol. 4, N° 59) e *Irigarai* (Bad. 1, N° 147). Desconocemos cómo interpretar este dato, puesto que ignoramos los ritmos de estructuración interna de los asentamientos, si bien es significativo que estos yacimientos se ubiquen en superficies sin limitaciones geográficas (desniveles, cauces fluviales, etc.), lo que quizás pueda ser debido simplemente a una mayor "extensividad" de las unidades habitacionales.

Ciertamente durante el paso del III al II milenio a.C. la Cuenca de Pamplona no presenta rasgos de un intenso poblamiento. La reducción del número de hábitats no redundó en una concentración en determinados asentamientos. La aludida polarización de las superficies de los yacimientos es un signo de continuidad respecto al momento precedente. Pero esta polarización se acompaña además de un cambio en la distribución territorial, con la centralización de los hallazgos en dos áreas: su extremo occidental (8 localizaciones) y oriental (7 localizaciones), quedando toda el área central sin signos de poblamiento estable.

Poco podemos decir respecto a la **organización interna de los asentamientos**. Les suponemos, a partir de los datos de la topografía y de la ausencia de una serie de indicadores (defensas artificiales, restos de construcciones permanentes agrupadas, etc.), una morfología abierta con estructuras de habitación dispersas. En algunos casos la superficie que ocupan se acompañan de manchas en el terreno de coloración negruzca *Soto* (Uba. 4, N° 134), *Irigarai* (Bad. 1, N° 147) y *Zubicozabal* (Bad. 2, N° 148). Los datos de *Monte Grande*

(Taj. 2, N° 54) y *Solazar* (Izc. 2, N° 243) hacen pensar en construcciones poco consistentes, en las que se empleaba el manteado de barro. En definitiva, poco debían diferir de sus antecesores neolítico-calcolíticos.

Las **industrias** reviven los rasgos del período precedente, aunque con ineludibles muestras de la evolución tecnológica.

La *industria lítica* se halla en retroceso, aunque continúa siendo proporcionalmente abundante. La continuidad se advierte en el uso de la técnica laminar, el peso de los elementos de sustrato (raspadores, truncaduras, láminas de dorso, etc.) y el empleo del cristal de roca. Cobran fuerza útiles como dientes de hoz (por primera vez algunos en sílex tabular) y puntas de flecha con retoque plano. La industria pulimentada continúa teniendo un peso relativo importante, tanto para la fabricación de piezas utilitarias de filo cortante —*Camino de Aranguren* (Zol. 4, N° 59), *Irigarai* (Bad. 1, N° 147), *Zubicozabal* (Bad. 2, N° 148), *Zaldualdea* (Ech. 1, N° 114), *Apardia* (Zbl. 1, N° 137) y *Solazar* (Izc. 2, N° 243) — como para otros objetos de adorno —*Cueva del Moro* (Ech. 8, N° 121) e *Irigarai* (Bad. 1, N° 147). Completan el conjunto los molinos de mano en *Irigarai* (Bad. 1, N° 147) y *Kapana* (Zab. 1, N° 178), escasos, fragmentados y con reducido desgaste, como es característico de estas piezas en la Prehistoria Reciente.

La *industria cerámica* está mal representada, puesto que los materiales de superficie son bastante pobres y los procedentes de excavación en *Diablozulo* (Gue. 2, N° 172) presentan un carácter altamente selectivo, amén de su complicada atribución. Destacan de entre todos los materiales con decoración campaniforme, en los que se distinguen las dos tradicionales tendencias decorativas:

— Vasos con técnica puntillada a peine, exclusivamente presentes en dos yacimientos: *Cueva del Moro* (Ech. 8, N° 121) y *Arrigorriá I* (Arr. 2, N° 104). En ambos casos se trata de fragmentos de un sólo vaso, lo que induce a considerarlos probablemente como un depósito excepcional, ¿quizás de carácter sepulcral? (uno en cueva y otro al aire libre).

— Vasos con predominio de la técnica incisa, combinada con impresiones de espátula, presentes claramente en dos yacimientos *Abrigo Peña del Cantero I* (Ech. 2, N° 115) y *Diablozulo* (Gue. 2, N° 172) y más dudosamente en otro —*Antorenabordaondoa* (Lab. 1, N° 43). Se documentan también recipientes de gran tamaño con decoraciones toscas, en *Abrigo Peña del Cantero I* (Ech. 2, N° 115) y *Diablozulo* (Gue. 2, N° 172).

En el resto de los recipientes que podemos denominar "comunes", dominan las formas globulares (cuencos, cubiletes y vasos con borde ligeramente diferenciado), aunque no faltan las carenadas (más escasas). La cerámicas se dotan de lengüetas múltiples como sistema de suspensión. Los fondos son mayoritariamente planos.

La *industria ósea* está representada por los hallazgos de carácter sepulcral de *Cueva del Moro* (Ech. 8, N° 121) y *Diablozulo* (Gue. 2, N° 172) incluibles

dentro del *package* campaniforme. Se trata de sendos botones de perforación en V, dos de tipo Durfort –*Cueva del Moro* (Ech. 8, N° 121) –y otro prismático –*Diablozulo* (Gue. 2, N° 172). Se ha destacado la vinculación catalano-francesa de ambas variedades (Uscatescu, A. 1992: 88 y Alday, A. 1996: 151-53).

En la excavación de *Diablozulo* (Gue. 2, N° 172) se recogieron además 5 punzones sobre esquirla de hueso, un tubo, una cuenta discoide, un útil biselado y un colgante sobre colmillo de suido, cuya atribución a este momento es imposible de precisar.

La *industria metálica* se circunscribe de nuevo a los hallazgos sepulcrales de *Cueva del Moro* (Ech. 8, N° 121) y *Diablozulo* (Gue. 2, N° 172): un punzón de cobre o bronce (mejor cobre) roto del primero y una punta de tipo palmela poco esbelta (7,8 cm. de longitud por 2,2 de anchura), que se encuadraría dentro del tipo A1 de Delibes (Delibes, G. 1977: 110). Completaría el conjunto un pequeño punzón (3,6 cm. de longitud) biapuntado de la excavación de *Diablozulo* (Gue. 2, N° 172) adscribible al tipo de punzones eneolítico-Pirenaicos de Pérez y López de Calle (Pérez, C.L. y López de Calle, C. 1986: 154) y cuya adscripción a esta etapa parece probable.

Por último, queremos resaltar un aspecto al que ya venimos aludiendo en varias ocasiones: la identificación de varios depósitos sepulcrales en cavidades rocosas. Existen testimonios seguros en *Diablozulo* (Gue. 2, N° 172) (procedentes de excavación arqueológica) y en *Abrigo Peña del Cantero I* (Ech. 2, N° 115) (materiales descontextualizados por la destrucción incontrolada del depósito) e inciertos en *Cueva del Moro* (Ech. 8, N° 121) (dado como sepulcral por varios autores, originalmente a partir de Apellániz, J.M. 1973: 141). En *Diablozulo* (Gue. 2, N° 172) se testimonia la inhumación acumulativa. Desconocemos si este ritual conllevaba la deposición individualizada o colectiva, puesto que los restos humanos aparecieron totalmente revueltos y arrinconados a consecuencia de las ocupaciones posteriores de la misma zona de la cueva.

La presencia de manifestaciones artísticas en formas de pinturas parietales de arte esquemático encuentra sus mejores paralelos en la zona en el conjunto de Solacueva, para el que se ha propuesto una cronología inicial del Bronce Antiguo a partir de sus niveles arqueológicos datados radiocarbónicamente en el 1760±100 BC (Llanos, A. 1990: 170). Muy importante pudo ser en su momento para el estudio de esta problemática el yacimiento de *Abrigo Peña del Cantero I* (Ech. 2, N° 115), donde convivían manifestaciones de arte rupestre y depósito arqueológico con niveles presumiblemente del Bronce Antiguo. Desgraciadamente el vaciado de su sedimento de forma incontrolada y la paulatina destrucción de sus pinturas hace que se haya perdido una importante fuente de información.

Como conclusión, podemos resaltar los síntomas de continuidad respecto al momento histórico precedente, que observamos sobre todo en los aspectos territoriales. Sin embargo, dada la localización geográfica de la Cuenca de Pamplona, ésta debió verse incluida dentro de los amplios contactos culturales

que caracterizaron la transición del III al II milenio y que tuvieron su mejor exponente en el horizonte campaniforme. Este estímulo sin embargo no redundó en un desarrollo hacia pautas poblacionales más evolucionadas (desconocemos si las hubo a nivel social o económico). Así, al contrario que en otras áreas del Valle del Ebro (Picazo, J. 1991; Picazo, J. 1993; Sesma, J. 1993, etc.) durante esta fase inicial de la Edad del Bronce no se registra la aparición de verdaderos poblados y de una jerarquización del hábitat, como testimonio de una probable estructura económico-social más evolucionada. Tampoco se aprecia un desplazamiento de los hábitats desde el llano a puntos elevados o al menos de dominio del entorno.

3.3. Bronce genérico

Respecto a los yacimientos categorizados como **BRONCE GENÉRICO**, su contenido y definición queda bastante difuso. Dentro de este conjunto se incluyen todas aquellas manifestaciones que, correspondiendo claramente a la Edad del Bronce, no se pueden encuadrar en sus fases inicial o final. Su identificación con un momento pleno dentro de la Edad del Bronce, pendiente de una mejor caracterización, es más que probable.

Teniendo en cuenta los condicionantes indicados en el párrafo anterior, podemos caracterizar el **poblamiento** en esta fase dentro de la Cuenca de Pamplona por los siguientes rasgos:

- Respecto a los emplazamientos, se mantiene la tónica del dominio de los asentamientos en llanura o suave ladera (58,8%).

- En relación a la cota de altitud sobre la que se hallan los yacimientos, se mantiene la tónica expuesta para los inicios de la Edad del Bronce, si bien ahora la cota de máxima altitud se eleva ligeramente y se sitúa en torno a los 600 m. Descontando las cuevas, el 93,3% de los hábitats se ubican por debajo de esta cota límite (Figura 17).

- Desde el punto de vista de la cercanía a los pasos naturales o encrucijadas, se aprecia una tendencia hacia la aproximación, con 6 yacimientos situados en las proximidades: *Ozulo* (Arr. 1, N° 103) en la salida del corredor del Arga, *Saria* (Und. 8, N° 98) y *Las Casetas II* (Ast. 4, N° 66) junto a la cota más baja de la Sierra de El Perdón, *Aldareguia* (Sub. 1, N° 204) en el estrecho que forman las Sierras de El Perdón y Alaiz, *El Barranco* (Ota. 1, N° 175) cerca del acceso a la Cuenca a través del valle del Elorz y finalmente *Mendizorrotz II* (Egu. 2, N° 153) en la confluencia de los valles de Egüés y Lizoain. Sin embargo, no se detecta en todos estos hábitats una preferencia por emplazamientos que, aparte de su ubicación estratégica, presenten defensas naturales. Es decir, se continúa evitando los emplazamientos en cerros destacados de difícil acceso, pese a que como se verá al hablar del siguiente período, la Cuenca de Pamplona es relativamente rica en ese tipo de orografías.

— En cuanto a la distribución geográfica, llama de nuevo la atención la ausencia de emplazamientos en las zonas centrales de la Cuenca (Figura 15), lo que puede explicarse por su ocupación moderna, pero quizás también por hallarse a unas cotas relativamente bajas. Resulta evidente que estas cotas de escasa altitud (en torno a los 400 m.) no eran atractivas para estas comunidades, que se están extendiendo progresivamente hacia zonas marginales de la Cuenca al pie de las sierras que la cierran por el S. (El Perdón y Alaiz).

— En lo relativo a las dimensiones de los asentamientos (Figura 17), se observa una tendencia a la reducción de la superficie ocupada. Ninguno de los hábitats identificados sobrepasa los 5500 m² y el 65% de los que se han podido definir sus límites aproximados no sobrepasan los 3000 m². Además existen hábitats de reducidísimas dimensiones, como *Mendi I* (Und. 5, N° 95), *Saria* (Und. 8, N° 98), *Iruribar I* (Cir. 1, N° 107) o *Los Olmos* (Cir. 4, N° 110). Todos estos lugares no llegan a los 1000 m² o ni siquiera a los 200, como *Los Olmos* (Cir. 4, N° 110).

Si a estas exiguas dimensiones de los hábitats, unimos el reducido número absoluto de lugares de habitación identificados (13), —por otra parte en consonancia con los datos del momento precedente (14)—, la aludida parcial ocupación del territorio y en último término el hecho de que no existen datos para asegurar la coetaneidad de estos lugares (aunque tampoco lo contrario), podemos imaginar, con la información que disponemos para este estudio, una Cuenca de Pamplona escasamente poblada.

Respecto a la **organización interna de estos asentamientos**, carecemos de cualquier información procedente de excavaciones arqueológicas. En 5 de los lugares estudiados —*Telleriguibel* (Ard. 4, N° 142), *El Alto la Borda* (Ard. 5, N° 143), *El Cerro* (Ola. 2, N° 163), *Olloqui* (Oll. 1, N° 181) y *Camino de Sarasa* (Ald. 1, N° 206) —se constata la asociación de materiales arqueológicos a manchas oscuras en el terreno de morfología oblonga y diámetros máximos que rondan en torno a los 40-50 m. Dadas las dimensiones y teniendo en cuenta la dispersión de las evidencias por la acción del arado, cabe pensar que muchos de estos asentamientos se reducirían a un exiguo número de cabañas de corta vida.

No vamos a extendernos demasiado sobre un aspecto de estas comunidades, sus **industrias**, de los que apenas poseemos información.

Como rasgo más significativo que lo diferencia del momento precedente hay que señalar el peso cada vez más importante de la *producción cerámica*. Dentro de esta producción se distinguen claramente vasos de acabado pulido-sin pulir de otros que presentan un característico aplique de barro sobre la superficie. La mayoría de los recipientes carecen de decoración; cuando la presentan ésta se reduce a sistemas sencillos: impresiones digitales sobre cordón, la pared del recipiente o el labio y más escasamente cordones lisos. Son características las asas de puente de sección circular, que conviven con las lengüetas como instrumento de suspensión.

En contraposición a esta realidad, la *industria lítica* se evidencia en claro retroceso y muestra una especialización notable, con predominio de los dientes de hoz y las puntas de flecha de retoque plano con pedúnculo y aletas.

Continúa el uso de los pulimentados (hachas de fibrolita).

No existe ningún elemento metálico adscribible a este momento.

A modo de conclusión sobre este oscuro período, debemos señalar primeramente la falta de información. Los exiguos datos disponibles apuntan hacia una continuidad con el período anterior, con escasas modificaciones en el ámbito territorial. Es muy posible que la aludida falta de información esté respondiendo a un retroceso (número de asentamientos, dimensiones, etc.) del poblamiento en la zona. Probablemente signifiquen el fin de unos modos de vida tradicionales arraigados en la Cuenca de Pamplona desde la aparición de las primeras sociedades productoras.

3.4. Bronce Final

El último momento de la Edad del Bronce es el que hemos denominado **BRONCE FINAL**. Hemos decidido prescindir en nuestra periodización de una etapa intermedia, llámese Bronce Tardío o Bronce Reciente, tan al uso en áreas geográficas cercanas (Meseta, Sistema Ibérico, etc.). Su individualización carece de sentido en el estado actual de nuestros conocimientos. El gran proceso de transformación se produce en torno al cambio de milenio y va ligado a determinados procesos (diversificación de la producción, intensificación de la actividad agrícola, "especialización" de los asentamientos, reanudación de los contactos culturales, etc.) que se asocian en el N.E. peninsular al período del Bronce Final y más concretamente al influjo globalizador de los Campos de Urnas.

Desde le punto de vista del **poblamiento**, resalta a simple vista el considerable aumento del número de yacimientos identificados, con un total de 29 localizaciones, lo que representa un incremento de entre el 190 y 170% respecto a los precedentes inmediatos. Este hecho va acompañado además de otras transformaciones que hemos de contemplar como manifestación de un complejo proceso. Las citadas transformaciones nos resultan algo más inteligibles a la luz de las dos excavaciones practicadas en la Cuenca de Pamplona en los asentamientos de este período de *Aparrea* (Biu. 1, N° 1) y *Diablozulo* (Gue. 2, N° 172) y podemos centrarlas en los siguientes puntos

— Con respecto a los emplazamientos, continúa la tónica general del dominio de los hábitats en llano (el 53,8%), aunque también toman peso los lugares en altura con un importante dominio del entorno (el 38,4%). Por contra la ocupación en cuevas se va restringiendo considerablemente y sólo se constata en dos lugares, *Artxulo* (Gue. 1, N° 171) y *Diablozulo* (Gue. 2, N° 172).

La elección de relieves de tipo cerro amesetado con plataforma plana y fuertes o muy fuertes defensas naturales –*San Cristóbal* (Vid. 1, N° 136), *Oskía I* (Ilz. 2, N° 263), *Santa Lucía* (Pam. 2, N° 12) o *Meaz* (Eri. 3, N° 72) por poner algunos ejemplos –preludia el tipo de poblado más característico de la Edad del Hierro en la Cuenca de Pamplona. De hecho, únicamente el 17,2% de los yacimientos ocupados durante el Bronce Final no tienen una continuidad durante la Edad del Hierro, lo que viene a significar que en buena parte de los asentamientos de la Primera Edad del Hierro previamente hubo un hábitat del Bronce Final. Este continuismo no puede retrotraerse más allá en el tiempo, por lo que de nuevo el Bronce Final aparece como un momento de inflexión.

Hay que resaltar, como se ha manifestado en repetidas ocasiones, el arranque de la ocupación de la actual Pamplona, o lo que es lo mismo de *Pompaelo* (Pam. 1, N° 11), en este momento. Su constatación se limita exclusivamente al hallazgo de cerámicas con decoraciones inciso-excisas en el solar del Arcedianato (Sectores D-E y L) y la Plaza de San José, en las campañas de 1972 (Mezquíriz, M.A. 1978). No es posible profundizar en otros aspectos (núcleo principal, topografía original, características del hábitat, superficie, etc.), pues los restos se han hallado siempre fuera de contextos claros y las sucesivas intervenciones urbanas en Pamplona no han vuelto a exhumar restos de esta época.

— Elección de algunos emplazamientos con unas condiciones orográficas muy poco propicias para la ocupación humana. Resulta especialmente llamativo el conjunto del monte Gaztelu, es decir *Oskía I* (Ilz. 2, N° 263) y *Oskía II* (Ilz. 3, N° 264), el primero de ellos en la cima de la montaña y el segundo en la pronunciada ladera que conforma su solana. En ambos casos no cabe duda de que debió ser necesario un acondicionamiento del terreno para hacerlo habitable (nivelaciones, abancalamientos, etc.) del que no tenemos constancia arqueológica, pero sin duda alguna existió. Esto nos introduce en una transformación del medio hasta ahora no documentada en la Edad del Bronce y que de nuevo vuelve a preludiar los hábitos de las gentes de la Edad del Hierro.

— Algunos de los emplazamientos seleccionados se hallan a altitudes situadas entre los 670 y los 750 m., lo que en la Cuenca de Pamplona representa una ocupación en ladera de sierra. Controlan de esta forma los pasos más estratégicos de la Cuenca de Pamplona, como es el caso de *Oskía I* (Ilz. 2, N° 263) o *San Cristóbal* (Vid. 1, N° 136) (Fig. 15).

Pero si resulta llamativa esta altura excepcional también lo es la alta concentración (39,2%) de hábitats por debajo de los 450 m. Esto supone la dispersión por las zonas bajas de la Cuenca, es decir las terrazas fluviales más cercanas a los cauces, hecho que no se constataba desde los comienzos de la Prehistoria Reciente.

— La polarización de los asentamientos (altitudes, topografía, etc.) debe ser indicadora de una dedicación diversificada y probablemente especializada, temporal en algunos casos, de los asentamientos. El caso más patente de este extremo es la cueva de *Diablozulo* (Gue. 2, N° 172). En el nivel I de este

yacimiento se han constatado dos pequeños hogares de corta vida en una zona que no presenta condiciones idóneas de habitabilidad, a los que acompañan algunos indicios de almacenamiento (gran tinaja hincada en el suelo, concentración de bellotas, etc.). Inmediatamente por encima de ellos, aunque de manera discontinua, se extendían varios nivelillos intermitentes de tierras negruzcas y grisáceas, que a falta de análisis edáficos y por comparación con otros asentamientos en cueva, hacen pensar en una ocupación del espacio como redil (Badal, E. e.p.). En suma, parece tratarse de ocupaciones cortas y esporádicas relacionadas con la explotación de la Sierra de Alaiz (ganadería, caza, etc.).

Otro ejemplo de esta orientación de los hábitats puede ser el caso de *Aparrea* (Biu. 1, N° 1): el bajo contenido orgánico de los suelos actuales, la deposición del sedimento que rellena los hoyos identificados en el yacimiento en un solo proceso y el hecho de que no se descubrieran estructuras de habitación inducen a pensar en una ocupación de baja intensidad, demostrada por la ausencia o escasez de reutilización de los depósitos y la existencia de amplias superficies sin restos de viviendas.

— El último aspecto que queremos considerar es el de la dimensiones de los asentamientos (Figura 17). Su variabilidad (desde los 300 m² a las 5 Has) y la ausencia de patrones claros creemos que debe interpretarse de nuevo como una muestra de la diversificación de los asentamientos. No se aprecian sin embargo yacimientos que destaquen por sus excepcionales dimensiones y que, acompañados de otros indicadores (elementos defensivos, ubicaciones estratégicas), sean indicio de un cierto nivel de jerarquización de los hábitats.

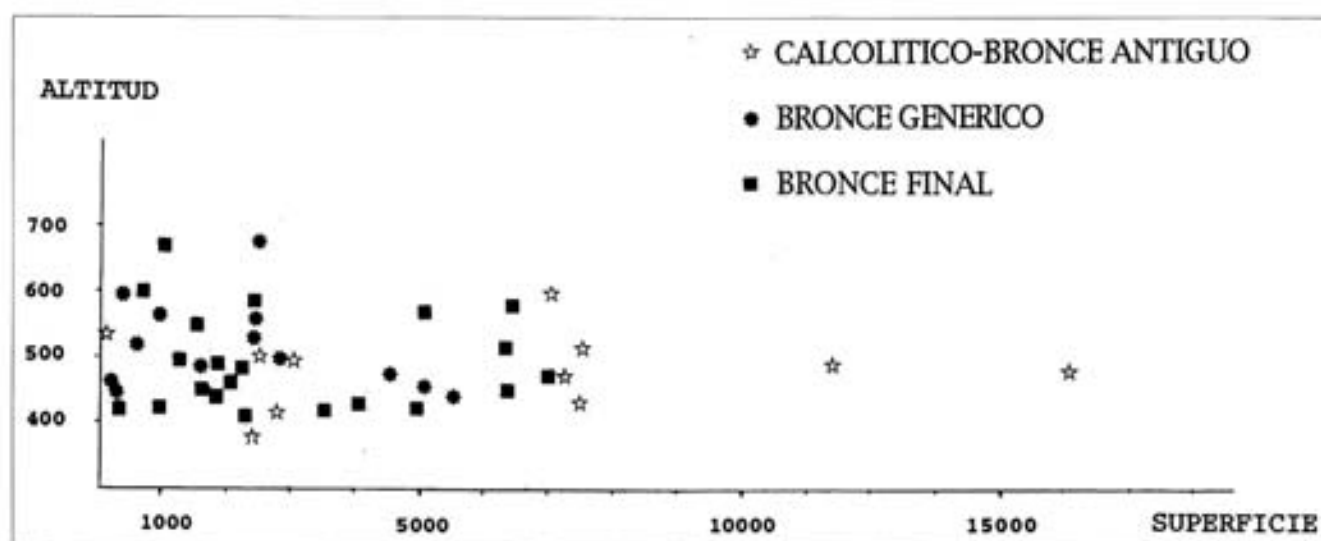


Figura 17. Distribución de yacimientos según altitud y superficie estimada.

— La dispersión de los hallazgos muestra dos hechos que están en consonancia con lo hasta ahora señalado (Figura 15):

a) La repartición de los yacimientos ocupando la práctica totalidad de la Cuenca de Pamplona, con los ríos como vertebradores del poblamiento. En efecto, si trazáramos una línea en dirección NW-SE, veríamos cómo el discurrir de los ríos Araquil, Arga y Sadar marca una división territorial prácticamente simétrica, con dos áreas, una septentrional y otra meridional, organizadas en torno a la citada conjunción hidrográfica.

b) La ocupación de zonas hasta ahora apenas valoradas, especialmente la comprendida entre los ríos Araquil y Juslapeña, donde se reconocen un total de 11 asentamientos.

A modo de conclusión, podemos señalar que el Bronce Final supone una revitalización del poblamiento en la Cuenca de Pamplona, con indicadores que preludian los rasgos de la Edad del Hierro: una mayor densidad de la ocupación, una cierta estructuración territorial aunque sin indicación de jerarquización de los hábitats, la diversificación y especialización de muchos de los asentamientos, etc.

Los datos sobre la **organización interna de los asentamientos** continúan siendo escasos. No existe constancia de la aparición de edificaciones permanentes, si bien se registra un cierto nivel de modificación del entorno que hace pensar en esta posibilidad. En *Inza III* (Erz. 4, N° 212) la presencia de bloques de piedra caliza en superficie podría ser indicativo de la presencia de muros de este material. No obstante son bastantes los yacimientos (6 casos) en los que los materiales se asocian a una o varias (hasta 3) manchas de coloración oscura en el terreno de morfología entre circular y elíptica y dimensiones muy variadas (diámetro entre 12 y 50 m.), lo que parece corresponder al mismo tipo de construcciones de tipo cabaña que hemos visto en fases anteriores. El alzado de estas construcciones continúa siendo en manteado de barro, según denotan los hallazgos de superficie de *Muga de Noain* (Taj. 3, N° 55), *Inza III* (Erz. 4, N° 212) y *Maskarreta II* (Och. 5, N° 220), completados con los datos de *Aparrea* (Biu. 1, N° 1), donde se recuperaron abundantes muestras de esta técnica constructiva, aunque siempre en forma de depósito secundario. En *Moreta* (Und. 10, N° 100) se testimonian manchas de cenizas y cantos de río rubefactados que podrían ser indicativo de la presencia de hogares.

Destaca la ausencia de cualquier indicio de vivienda en el yacimiento de *Aparrea* (Biu. 1, N° 1). El área elegida para la intervención (zona central de la plataforma que ocupa el yacimiento) y la escasa superficie excavada (alrededor de 2400 m² sobre los más de 50000 m² que ocupa) no permiten concluir la no existencia de estructuras de habitación. Nos inclinamos a considerar que éstas sí que pueden darse en otras áreas del yacimiento no exploradas hasta la fecha.

Las estructuras domésticas documentadas se limitan a hogares circulares sin apenas preparación, como en los casos de *Diablozulo* (Gue. 2, N° 172) y *Oskía II* (Ilz. 3, N° 264), junto a silos y otras estructuras negativas que responden a la típica morfología de depósitos en hoyos, cuyo mejor exponente es

Aparrea (Biu. 1, N° 1) (Castiella, A. 1997), que resultan de difícil interpretación funcional.

En las **industrias** se manifiestan algunos rasgos que denotan cambios importantes tanto en los modos de vida como en las relaciones culturales de esta gentes.

La *industria lítica* se muestra en claro retroceso. Perduran residualmente algunos elementos de tradición (talla laminar, raspadores, etc.), si bien el exiguo material recuperado se limita casi exclusivamente a dientes de hoz -8 en *Diablozulo* (Gue. 2, N° 172)—y más raramente útiles como puntas de flecha y picos. Son abundantes los molinos de mano, algunos con indicios de larga utilización.

La *industria cerámica* es dentro dentro de sus formas bastante sencilla. La producción pulida está bien representada en *Diablozulo* (Gue. 2, N° 172) donde dominan los perfiles en casquete de esfera (cuencos y escudillas) y las formas de carena suave o marcada (en la parte alta del recipiente), que se acompaña de otras de tendencia cilíndrica o suave perfil en S, muy comunes éstas en *Aparrea* (Biu. 1, N° 1). Estos últimos galbos son los más comunes y los encontramos también en vasos de superficie sin pulir y con barro plástico. Los fondos tienden a ser planos y excepcionalmente aparecen con marcas exteriores de cestería. Como elementos de suspensión dominan las lengüetas, resultando poco habituales las asas de puente o de cinta y único el hallazgo de un fragmento de asa de apéndice de botón en *Moreta* (Und. 10, N° 100), uno de los más occidentales de la Península Ibérica (Maya, J.L. 1992), para un contexto en el que o existe influencia de Campos de Urnas.

En cuanto a las decoraciones, en la variedad pulida son ciertamente escasas, aunque no faltan motivos incisos (en espiga, zig-zag u oblicuos, acanalados, etc.). A destacar la presencia de impresiones de caña y de muelle, testimoniada esta última en 8 yacimiento y que suele valorarse como una técnica de origen local (Ruiz Zapatero, G. 1985: 799), para la que no encontramos precedentes en la Cuenca de Pamplona. La técnica excisa se documenta exclusivamente en *Pompaelo* (Pam. 1, N° 11), con predominio de los motivos de triángulos y zig-zags.

En los recipientes sin pulir las decoraciones son más abundantes aunque su técnica es diferente. Dominan ahora las decoraciones plásticas (cordones sencillos alrededor de la boca) con impresiones digitales+ungulaciones, así como éstas recubriendo la pared o en el labio.

La *industria ósea* únicamente se testimonia en *Diablozulo* (Gue. 2, N° 172) (de difícil atribución a este momento) y *Aparrea* (Biu. 1, N° 1), donde se recuperaron 3 punzones sobre diáfisis de hueso del tipo comúnmente denominado "de economía".

La *industria metálica* es muy exigua, limitándose a un pequeño punzón de *Aparrea* (Biu. 1, N° 1). Interesante es la presencia de un molde de fundición para puntas de flecha en el hoyo 2 del Sector A de *Aparrea* (Biu. 1, N° 1), puesto

que se trata de la más antigua evidencia de prácticas metalúrgicas en la Cuenca de Pamplona.

Para concluir la recopilación de los datos de esta fase, faltaría aludir a un fenómeno parcialmente documentado en el área geográfica en estudio: el abandono de las cuevas como lugar de enterramiento y su sustitución por nuevos rituales. Desconocemos si esta costumbre puede remontarse a momentos anteriores. Es ahora cuando por primera vez se testimonia este abandono y la introducción de un nuevo ritual, que ha dejado su huella en el yacimiento de *Aparrea* (Biu. 1, N° 1): la inhumación individual en depósitos en hoyos ubicados dentro de los lugares de actividades domésticas. Esta práctica se constata en 2 casos (Sector A n° 3 y Sector C n° 41) (Figura 18, 1 y 2). La interpretación de este ritual es difícil con los escasos datos existentes. Resulta evidente el carácter selectivo de los individuos representados. Este carácter no se ve acompañado por ajuares u otros signos materiales que hayan llegado hasta nosotros y que se pudieran considerar como indicadores del carácter excepcional de los individuos inhumados. La presencia de inhumaciones en áreas productivas podría interpretarse como una apropiación genealógica del territorio productivo (Díaz del Río, P. 1998, p. 108), lo que tendría razón de ser en comunidades no plenamente sedentarias.

3.5. Consideración final

A modo de conclusión de esta fase podemos señalar que el Bronce Final va a suponer a todos los niveles (hábitat, economía, cultura material, etc.) el inicio de unas tendencias que cristalizarán en la Edad del Hierro. Estas nuevas tendencias representan una revitalización del poblamiento en la Cuenca de Pamplona, a la que no puede ser ajena las relaciones con grupos culturales del oriente peninsular o quizás ultrapirenaicos (registrable en algunas fórmulas cerámicas como los acanalados y asa de apéndice de botón). No existen en cambio testimonios de contactos con los pujantes colectivos meseteño-ibéricos y el grupo de Cogotas I, fenómeno un tanto extraño, puesto que cada vez es más patente su huella en Navarra (Ribera y Zona Media), Alava y valle medio del Valle del Ebro-Sistema Ibérico. En determinados contextos (Bardenas Reales, Serranía turolense, etc.) estos contactos coinciden con momentos de transformación si no de crisis de los sistemas que alcanzaron su apogeo durante el Bronce Medio (Burillo, F. y Picazo, J. 1996: 72-73). Bien sea como causa o consecuencia, esos contactos meseteño-ibéricos no han dejando testimonio en el registro arqueológico de la Cuenca de Pamplona: ¿Puede deberse a la propia dinámica seguida a lo largo de la Edad del Bronce? ¿Qué peso pudo tener en este proceso la ubicación geográfica del área en estudio?.

Concluimos con estos interrogantes la visión que a lo largo de la Edad del Bronce nos ha llevado desde los primeros grupos que podríamos denominar

de "tradición neolítica" hasta las primeras agrupaciones propiamente protohistóricas, que revitalizaron este área geográfica, sentando un claro precedente para lo que después será la Edad del Hierro.



Figura 18. 1. Aparrea. Inhumación del Sector A., n° 3.- 2. Aparrea. Inhumación del Sector C, n° 41.

4. DURANTE LA EDAD DEL HIERRO

4.1. Datos previos

Continuando en la línea que en páginas precedentes se describe el transcurrir durante la Edad del Bronce, proseguimos en el análisis ocupacional, centrándonos ahora en los cambios que se producen en este dilatado espacio de tiempo, Edad del Hierro, que estimamos heredero de aquel y transcurre en el último milenio a. C.

Dividida en dos fases: I y II Edad del Hierro, lo hacemos atendiendo fundamentalmente a la utilización de su cerámica, por ser el elemento arqueológico más abundante y de fácil diferenciación. La cerámica manufacturada caracteriza a la etapa de la I Edad del Hierro, mientras que en la II Edad de Hierro, se introduce la cerámica torneada de tradición ibérica.

Se han clasificado 79 lugares de entidad distinta en este periodo de la Edad del Hierro. De ellos 78, han sido atribuidos a la I Edad del Hierro y en 21 de los casos se comprueba su perduración en la II Edad del Hierro, además en el enclave de *Morea* (Tel. 1, N° 176), hay evidencia de su ocupación a partir de la II Edad del Hierro por tanto, estamos ante una ocupación de 79 lugares durante las centurias del siglo IX/VIII-IV a. C. estimadas para la I Edad del Hierro y 22 enclaves durante el periodo de la II Edad del Hierro, entre el siglo IV y el I a. C. (Vid. Figura 19).

Este número de enclaves resulta el más elevado, respecto a las otras etapas diferenciadas, y nos permite decir que la Cuenca de Pamplona alcanza ahora el óptimo ocupacional.

Antes de seguir adelante creemos necesaria una reflexión importante al manejar esta cifra de 79 lugares. La cronología del yacimiento la establecemos atendiendo fundamentalmente a los rasgos del material recuperado. Hemos visto en el material gráfico aportado que una parte importante de los materiales se encuentran muy fragmentados y rodados y muchas veces ese material es escaso o no contiene los rasgos definitorios que nos permitan precisar la pretendida cronología teniendo que incluir el yacimiento en el grupo de los indeterminados, por tanto, es muy difícil precisar cuantos de ellos y durante

cuanto tiempo fueron compañeros y vecinos o determinar la contemporaneidad de los lugares. Además, hemos de tener también en cuenta el hecho de la perduración, tanto de las técnicas como de las modas.

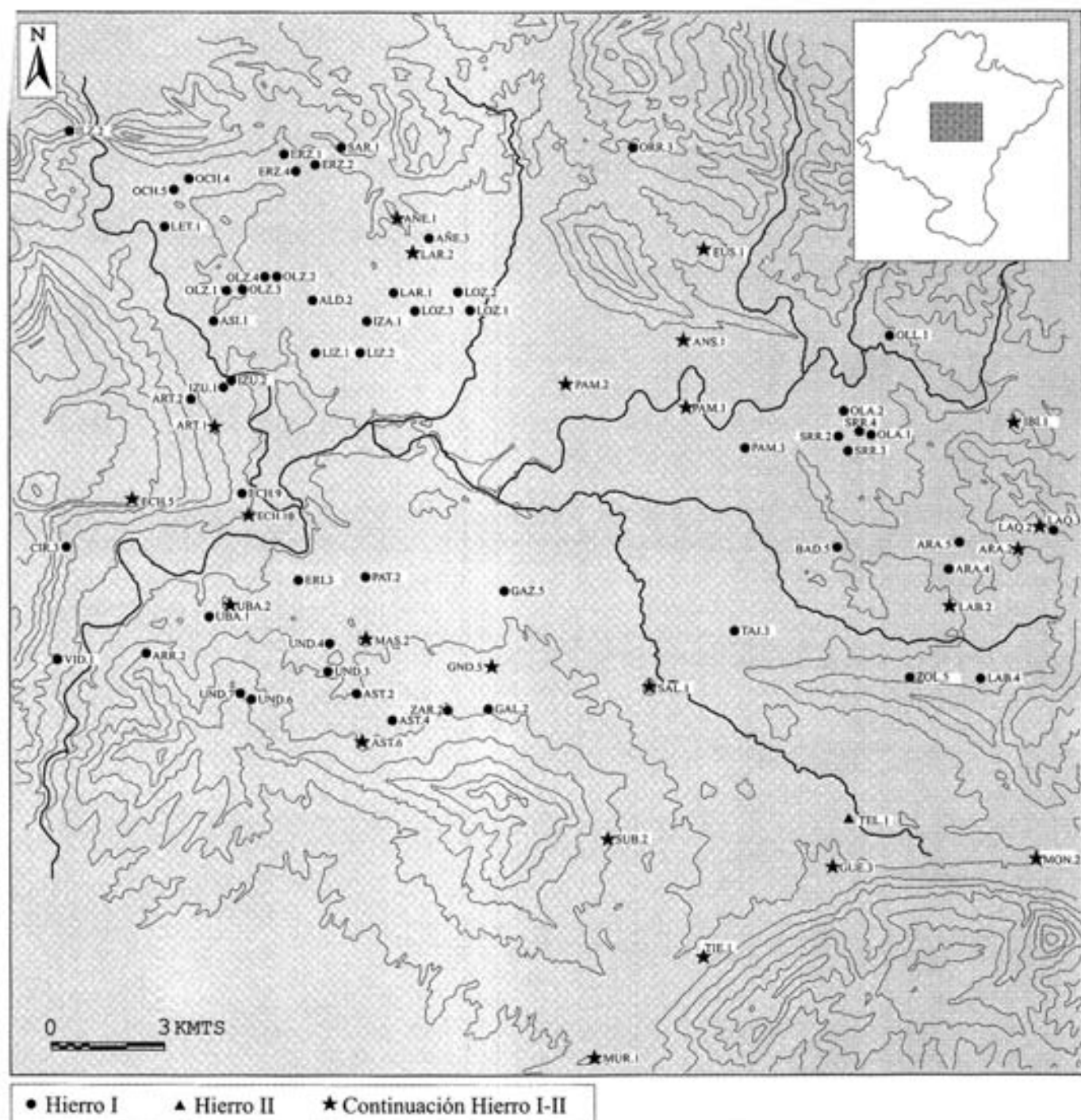


Figura 19. Situación de los yacimientos de la Edad del Hierro en La Cuenca de Pamplona

La introducción de la cerámica torneada nos indica la asimilación de esa novedad cultural, que hay que adquirirla, al no ser una producción local mientras que la cerámica manufacturada es una producción local más fácil de poseer, por tanto el que en un lugar no se encuentren evidencias de cerámica celtibérica, no quiere decir necesariamente que ese lugar no este inmerso en la II Edad del Hierro, solamente indica que la economía de esas gentes, no les permitió adquirirlas.



Y el hecho de que los lugares sean clasificados en el mismo período no implica su sincronía, salvo que tengamos datos concretos que lo acrediten.

De todos modos contamos con un dato seguro: la presencia de un lugar supone la ocupación de ese espacio, aunque en ocasiones se recupera un material en el que no podamos precisar cronología por haber estado largo tiempo en uso con ligeras o nulos cambios en su ajuar.

Por otra parte, tenemos que tener en cuenta que de los 80 lugares conocidos, solo se han realizado **excavaciones arqueológicas** en seis cuya localización podemos ver en la correspondiente figura 20.

Figura 20. Lugares en los que se ha realizado intervención arqueológica.

En el *Castro de Leguín*, (Ech. 10, N° 123), en 1947, tenemos referencia de una intervención arqueológica motivada por el hallazgo de un importante conjunto de piezas metálicas en el lugar, estudiadas en 1921 por Bosch-Gimpera (Bosch-Gimpera, 1921). El hecho se produce al abrir la carretera que uniría Echauri-Ibero con Pamplona. Estos trabajos aportan datos interesantes sobre el urbanismo, demostrando como las viviendas fueron en parte excavadas en la roca (Taracena, B., Vázquez de Parga, L. 1947). Años más tarde se realizan nuevos trabajos en el yacimiento que aportaron algún dato más del lugar como el empleo de troncos apoyados tanto en la base rocosa como en los muros de piedra, para sostener el resto del alzado y la techumbre (Castiella, A. 1993).

Los referidos a *Pamplona*, (Pam. 1, N° 11), proceden de las distintas campañas de excavación realizadas en el área de la catedral con objeto de estudiar la Pamplona romana. En su búsqueda, se alcanzan los niveles inferiores y se recuperan un importante lote de cerámicas que arrancan en el Bronce Final y perduran durante la I y II Edad del Hierro (Mezquíriz, M.ª. A. 1978 y 1994) testimoniando el precedente indígena de la ciudad fundada por Pompeyo. Como es lógico la construcción de Pompaelo supuso el final de la supuesta estructura urbana inicial. A corta distancia, el yacimiento enterrado en el cerro que hoy denominamos *Sansol*, (M. As. 2, N° 88), ha sido objeto de varias campañas de excavación programadas. La aplicación de diversos tipos de análisis nos ha permitido reconstruir algunas parcelas del pasado de este enclave. Son de gran interés los resultados obtenidos, y haremos frecuentes alusiones a ellos aunque no queremos extrapolar los datos de este lugar a toda la Cuenca (Castiella, A. 1988 y 1991-92. Rua, de la C. 1991-92).

En el año 1988, procedimos a la realización de unas catas de comprobación en los enclaves de *Allomendi*, (Sal. 1, N° 203) y *Machamendi*, (Uba. 2, N° 132) ya que la topografía de estos cerros y los materiales recogidos en superficie, hacían suponer un establecimiento de esta época, y creíamos conveniente comparar los datos que aportaran, con los procedentes de *Sansol*. Los resultados nos indicaron que se trataba de lugares, sin estratigrafía conservada, ya arrasados (Castiella, A. 1991-92). Por último, recientes trabajos en el castillo medieval de *Tiebas*, (Tie. 1, N° 18), han puesto de manifiesto la existencia de una ocupación inicial del cerro en la I y II Edad del Hierro, como queda recogido en el correspondiente anexo.

Recordamos por tanto que nuestro análisis se basa además de los datos proporcionados por la prospección, en los conseguidos en las excavaciones reseñadas que aunque afectan a seis enclaves, solo en el caso de *Sansol* (M. As. 2, N° 88), y en algunos aspectos en el de *Leguín* (Ech. 10, N° 123), han sido unas excavaciones que ha permitido investigar aspectos referidos al urbanismo, fauna, flora, etc.

4.2. Bases para establecer la territorialidad de los enclaves

Con lo dicho hasta aquí vamos a realizar el estudio de la ocupación de este espacio y tratar de comprender como se realiza desde la territorialidad de los lugares partiendo de datos objetivos y seguros.

Según la altitud y el emplazamiento. La zona estudio se encuentra a una media de 500 m.s.n.m. De los 79 lugares, el mayor número se localiza en la cota de 400 m. con un 54,4% y disminuye progresivamente hasta la del 700m. en la proporción de un 27% en la de 500; un 16% en la 600 y el resto en la de 700 m.

Respecto al emplazamiento, vid. figura 21, un tercio de los casos, ocupan **pequeños cerros**, que emergen ligeramente de su entorno así *Sansol*, lo hace unos 22 m., mientras que *Allomendi*, alcanza los 67 m. y *Ubani*, los 47 m.

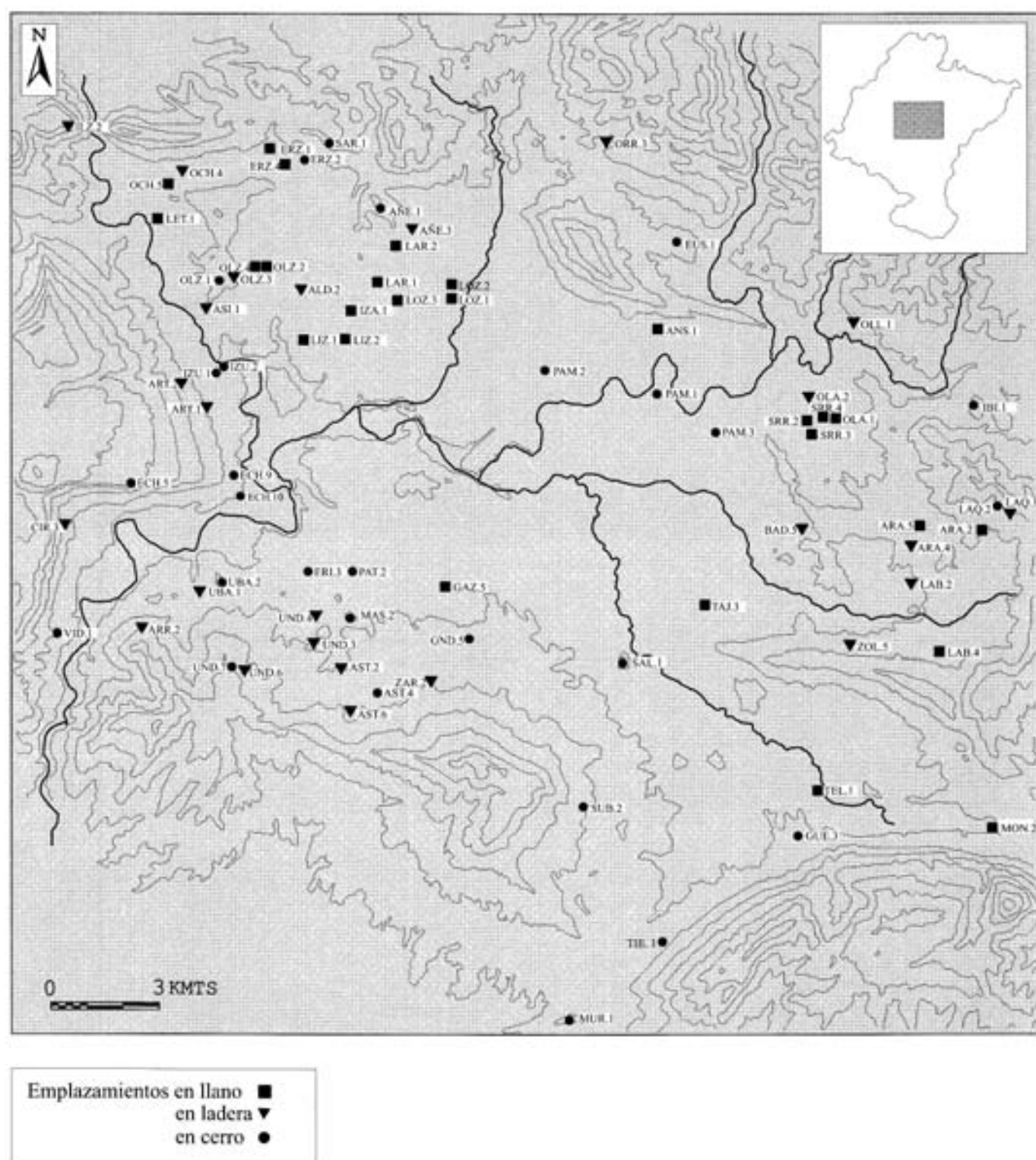


Figura 21. Localización y emplazamiento de los yacimiento de la Edad del Hierro.

Podemos considerar este tipo de lugares como **castros** (Almagro, M. 1996) entendidos en este espacio de la Cuenca de Pamplona, como lugares de tamaño mediano/pequeño, en alto, desde donde se domina una amplia panorámica, alguno de ellos pudo desempeñar un papel relevante respecto a otros próximos. En la figura 3, podemos ver el aspecto que ofrece su topografía. Tan solo en tres casos, se evidencian las murallas de defensa y contención de tierras, aunque con toda probabilidad tuvieron alguno más. Nos referimos a *Sansol* que conserva en su flanco SW, parte de la muralla que lo protegió, como podemos ver en la correspondiente figura 23-1, pues esta zona no tenía la protección natural que se le ofrece en el resto de su perímetro.

En el caso de *Leguin* en Echauri, las afloraciones rocosas son completadas con tramos de "muros", que no presentan una estructura potente, como podemos ver en la correspondiente figura 23,2. Respecto al enclave de *St. Cruz de Olza*, podemos decir que se *intuye* la muralla, pero la densa vegetación boscosa no permite documentación gráfica adecuada.

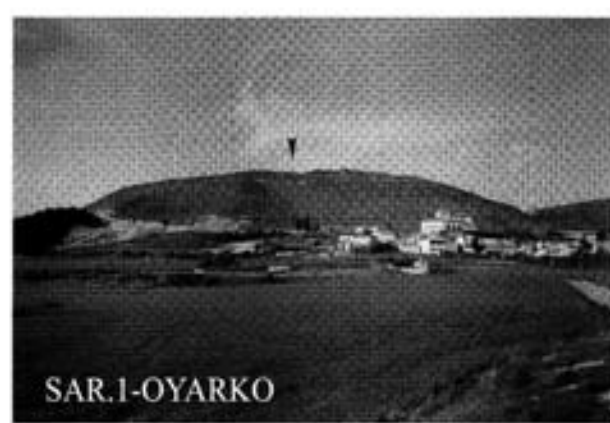
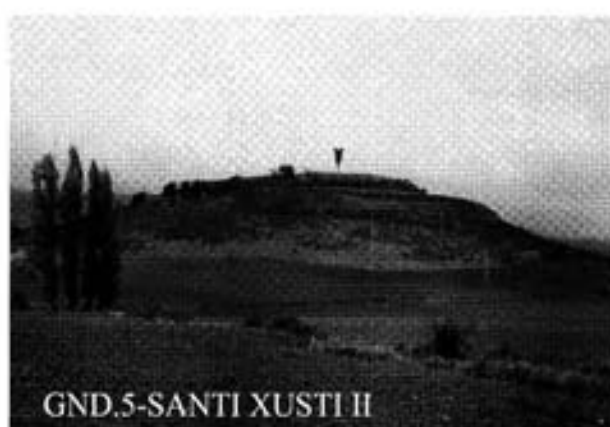


Figura 22. Aspecto de alguno de los castros localizados en la Cuenca de Pamplona

En otros enclaves, la topografía es ya una defensa: *Machamendi* (Uba. 2, N° 132); *S. Quiriaco*, (Ech. 5, N° 118); *Urri*, (Ibi. 1, N° 160); *Peña Larragueta*, (Añe. 1, N° 23) etc. que pudo ser también compartida como algún tramo murado, como los casos analizados de *Sansol*, y *Leguín* que cumplían la doble función, tantas veces comentada, de defensa y protección, por desgracia estos tramos no los hemos localizado. En la Figura 24 podemos ver el aspecto de estos emplazamientos que desempeñan en ocasiones, por su localización estratégica, una clara función de control del territorio que abarcan.

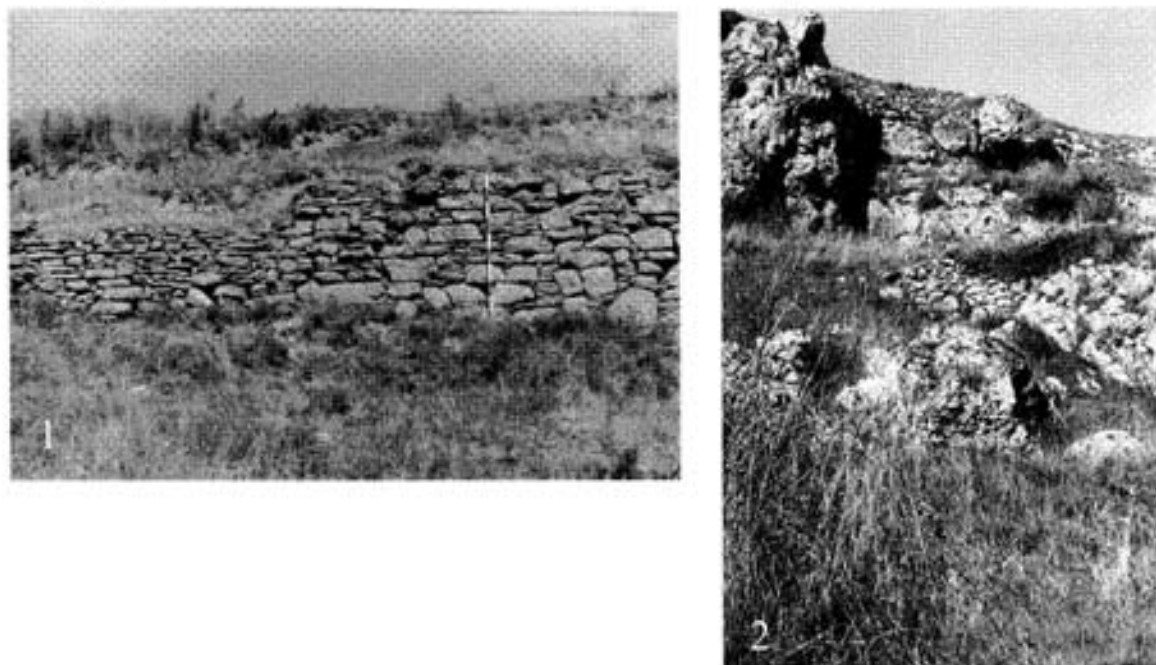


Figura 23. 1. Aspecto del tramo de muralla conservada en el castro de Sansol. Flanco W.1969.
2. Complemento de la muralla natural en Leguín.

Además, la ubicación a corta distancia, entre 1 y 3 km., de un número variable de enclaves, al parecer de menor entidad, nos llevan a pensar que el conjunto fuera en algún momento y alternativamente o en totalidad coetáneo, compartieron con el castro principal esta función de control del territorio, para cumplir las distintas tareas en el aprovechamiento del suelo.

Otro tercio aproximado (Figura 21 y 25) se emplaza en cómodas planas a **media ladera**, en la orientación más favorable. Están próximos a un castro u otro tipo de enclave y aunque no hemos excavado emplazamientos de este tipo, no sería de extrañar que con esta ubicación pudieran ser centros de relevancia y ejercer también el control directo sobre otros enclaves próximos más pequeños. El hecho de estar ubicados en planas a media ladera, no supone emplazamientos en cotas bajas ya que en algunos casos como en *Oskia I*, (Ilz. 2, N° 263), se encuentra a 750 m. de altura, es la ladera poniente del monte Gaztelu y desde este lugar cumple con comodidad el control de esta zona de acceso a la Cuenca por el paso del río Araquil. Los enclaves de *Elegui II*, (Orr. 3,

Nº 190); *Bojeral*, (Und. 6, Nº 96) y *Soto*, (Zar. 2, Nº 102), se encuentran en la cota de los 600 m. en el primer caso en la ladera S. del monte Mendurro, mientras que los dos últimos lo hacen en la ladera de igual orientación del Perdón y están en relación con otros enclaves similares localizados en cotas inferiores, en la figura 6 podemos ver algunos ejemplos de estos emplazamientos.

En el caso de los enclaves **en llano**, su constatación, junto a los que acabamos de describir a media ladera, ha supuesto una novedad pues hasta ahora, habíamos considerado que el emplazamiento de los lugares durante la Edad del Hierro, era en la cumbre amesetada de cerros más o menos elevados. Pero, por otra parte hemos visto que este tipo de pequeñas agrupaciones de cabañas están documentadas en las etapas precedentes por tanto son una perduración en el modo de controlar la explotación del entorno.

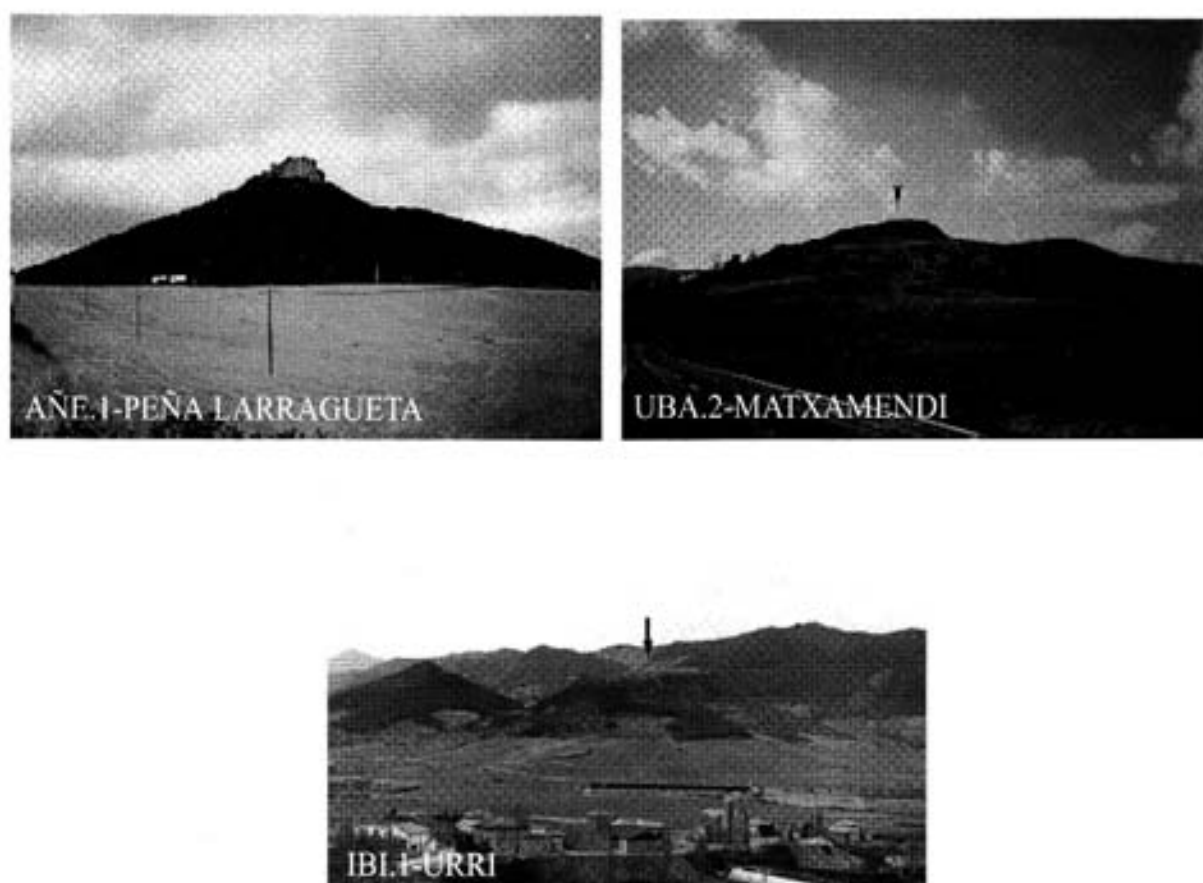


Figura 24. Enclaves estratégicos de castros de la I Edad del Hierro. Cuenca de Pamplona.

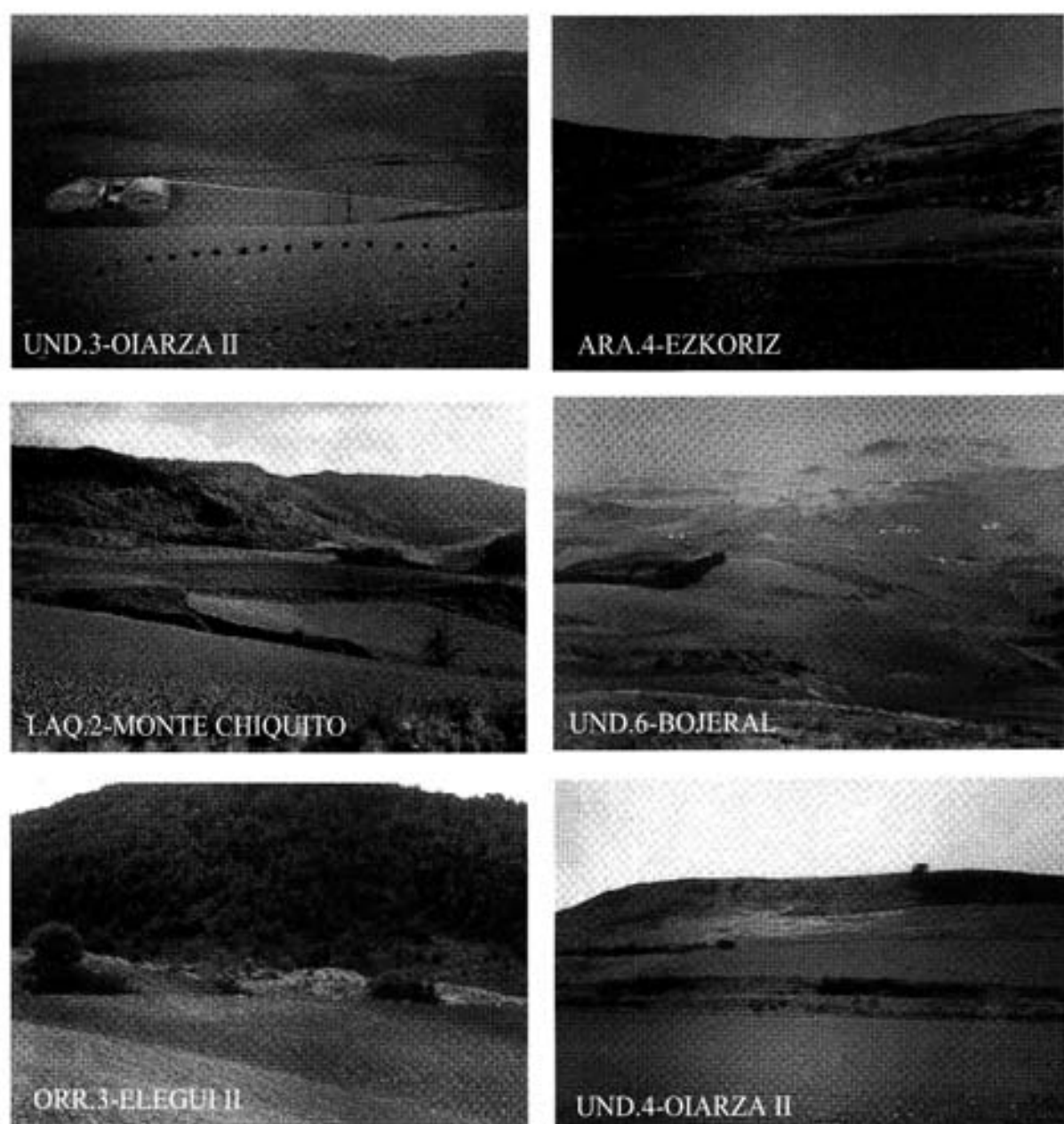


Figura 25. Yacimientos de la Edad del Hierro ubicados en planas a media ladera.

Destacamos en este tipo de emplazamientos en llano, cuyo aspecto reproducimos en la figura 26, la concentración observada en la cendea de Ansoain donde los enclaves de *La Cañada*, (Lar.1, N°27), topónimo interesante que nos indica uso ganadero de la zona, junto a *Pozo Nuevo*, (Loz. 3, N° 32), próximo a la balsa de Loza y a *Las Eras*, (Loz. 1, N° 30), y *S. Juan*, (Loz. 2, N° 31), se encuentran en alturas que van de los 425 m. de La Cañada a los 412 m. de Pozo Nuevo. La presencia de una balsa, pudo ser el aglutinante de estos lugares.

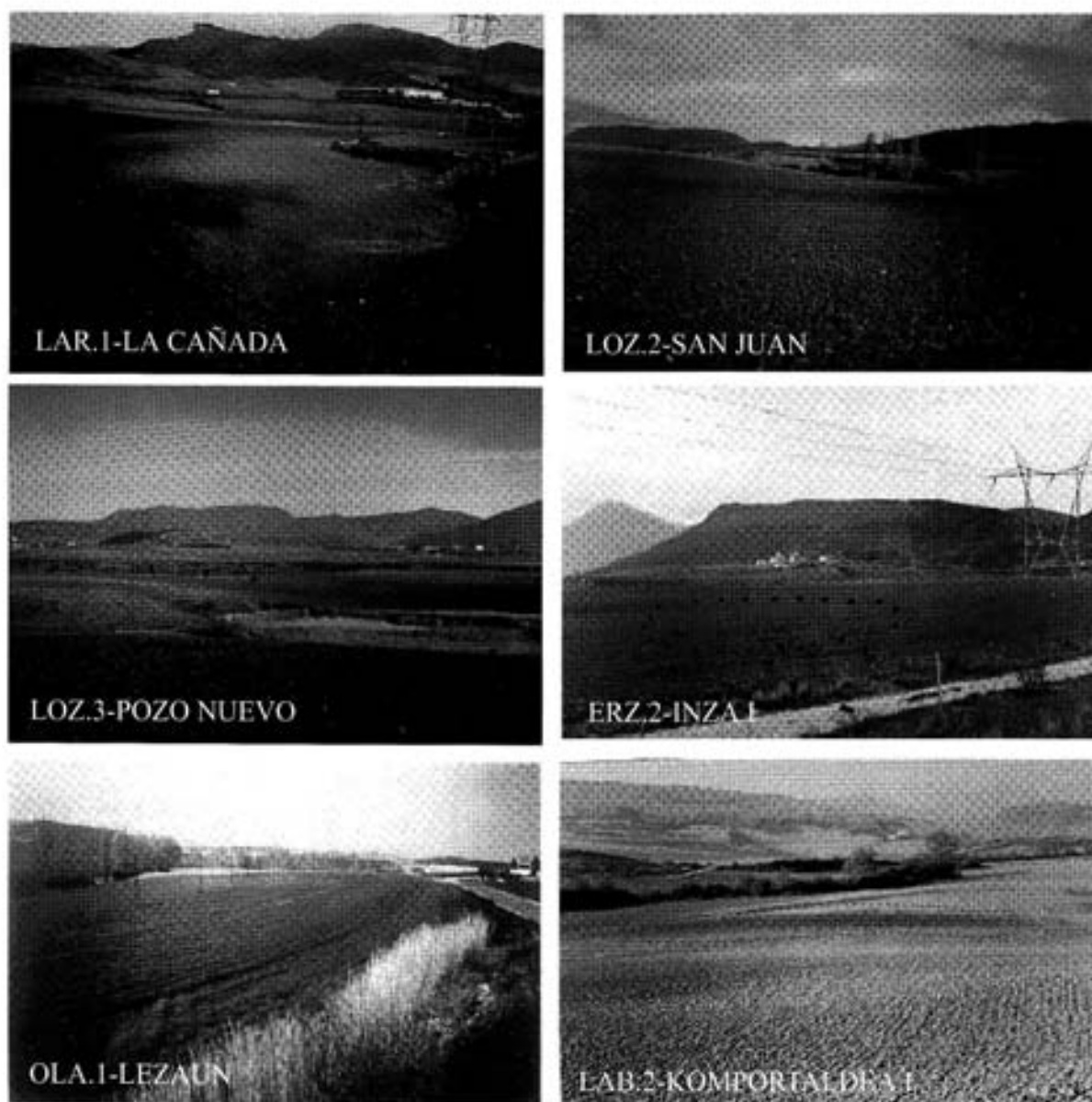


Figura 26. Yacimientos de la Edad del Hierro ubicados en llano.

Atendiendo a las distancias. Intervisibilidad. El vacío de lugares documentado en la zona central de la Cuenca, por las razones edafológicas expuestas en el apartado correspondiente, se ve compensado con la ubicación de los mismos, al amparo de las montañas en todo su perímetro, siendo algo más densa en la mitad occidental.

Dado que estamos trabajando en un espacio que no tiene grandes distancias, no debe extrañarnos que la proximidad de los enclaves constituya pequeñas agrupaciones, más o menos numerosas, en las que se alternan emplazamientos en alto, a media ladera y en llano, todo ello en un área de 1 a 3 Km. No se advierte grandes espacios vacíos, salvo la comentada menor densidad de lugares en la parte central de La Cuenca cuyos motivos, pueden estar relacionados además de las razones mencionadas por la continua ocupación de esta zona.

La evidente proximidad de los enclaves y su emplazamiento nos permite estimar que entre ellos hubo una buena intervisibilidad, como reflejamos en la correspondiente Figura 27.

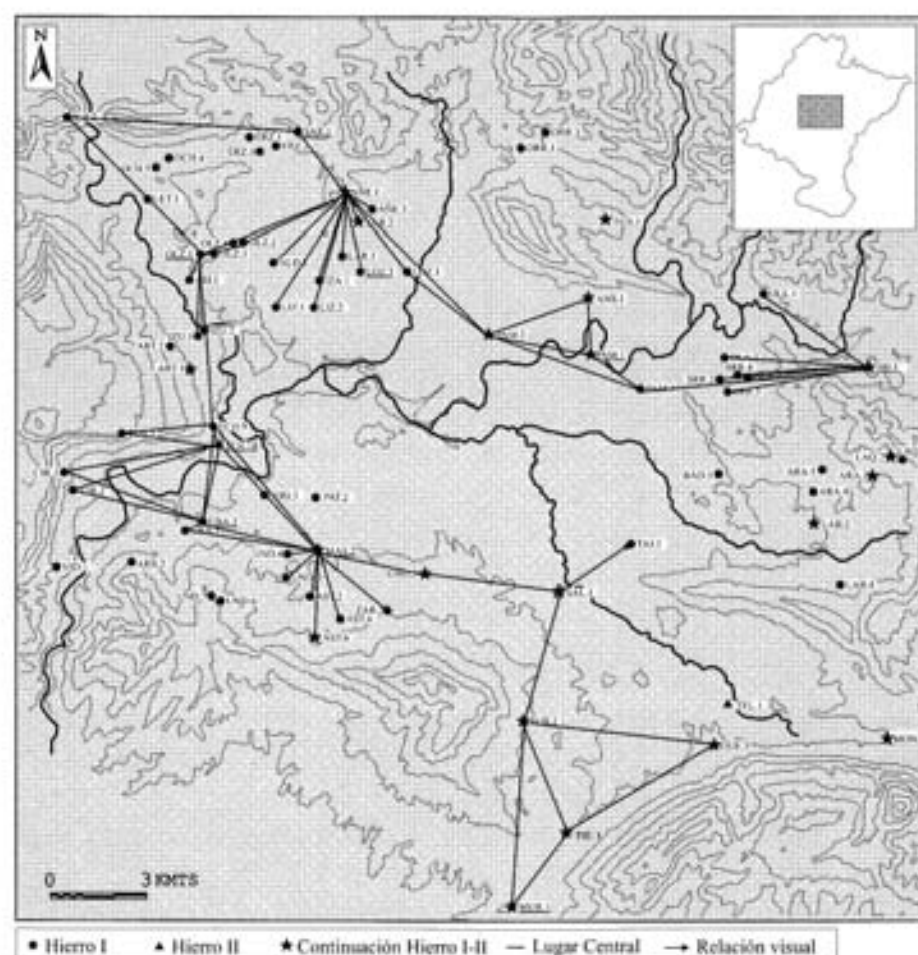


Figura 27. Posible intervisibilidad de los asentamientos.

— **Según la superficie.** De los 79 lugares sobre los que estamos trabajando, hemos podido evaluar la extensión en 66 casos, dado el grado de destrucción en la que se encuentran. Pero a pesar de manejar un dato que hemos de considerar orientativo, los resultados que se obtienen son interesantes. Vemos que el mayor número de enclaves, un 22,72%, tienen una superficie que oscila entre los de 2.000 y 3.000 m². Los de una hectárea o más, son seis, por tanto podemos hablar de **predominio de enclaves pequeños**, ya que en un 92% de los casos no superan la hectárea de superficie.

La mayor superficie corresponde a *Pamplona* (Pam. 1, N° 11) con una extensión estimada de 3,2 Ha. (Mezquíriz, M° A. 1978, fig. 11), seguido de *Sansol*, (M. A. s 2, N° 88) con 2,5 Ha., y de *Garitoain* (Mon. 2, N° 7) y *Bidezadal* (Lab. 4, N° 46), con 1,5 Ha. En los dos últimos casos, el alto grado de destrucción en el que se encuentran no permite muchas consideraciones, pero si es interesante recordar que en todos los reseñados como de mayor superficie, hay perduración en la II Edad del Hierro y en época romana.

Nos interesan también el 12,12% de lugares cuya superficie estimada no supera los 1000 m², se trata de cabañas aisladas o pequeñas concentraciones que con toda seguridad cumplieron funciones de control tanto del ganado como de las derivadas del trabajo del campo, pues no podemos olvidar que se trata de una sociedad de economía agrícola/ganadera.

— **Los materiales:** el estudio atento del caudal de información que esconden los restos materiales recuperados, constituye uno de los pilares fundamentales en el que apoyar nuestras conclusiones.

En el caso que nos ocupa disponemos de un variado muestrario ya que por un lado contamos con los restos procedentes de las excavaciones reseñadas y por otro con lo recuperado en prospección. Los datos conseguidos en esta última, no han sido notables por cuanto a la recuperación de restos se refiere, baste observar las fotografías que acompañan en la descripción individualizada de cada yacimiento para comprobar que se trata muchas veces de indicios muy precarios, que demuestran la existencia de una ocupación en el pasado que está a punto de desaparecer para siempre. En algunas ocasiones la información recabada nos permite simplemente incluir el lugar en el apartado de los **indeterminados**, recurrimos a esto cuando en realidad lo recuperado carece de rasgos definitorios claros.

Como ocurre en la mayoría de las ocasiones, el número más elevado de restos corresponde a **la cerámica**. No vamos a reproducir su aspecto ni a entrar en consideraciones prolijas pero si creemos oportuno destacar los datos más relevantes que su análisis nos proporciona. Advertimos como en los lugares que se ha realizado sondeo estratigráfico, caso de *Pamplona*, nos encontramos con un lote de piezas, que atendiendo a sus características técnicas y formales, debemos encuadrar en el Bronce Final. Este hecho nos hace pensar que la ocupación de los asentamientos estables tienen su origen en esta última etapa del Bronce, como ya ha sido expuesto en el apartado correspondiente. Enlazando

con los resultados aportados en la reciente excavación del campo de hoyos de *Aparrea*, consideramos este tipo de asentamiento el precedente inmediato de los asentamientos estables.

Durante la I Edad del Hierro, no se advierten, de la simple observación de los fragmentos cerámicos, cambios en la técnica y en las formas, que nos permitan atribuirle una cronología concreta, y carecemos de la secuencia estratigráfica adecuada que contenga esa información, de lo contrario, se solucionaría la problemática que planteábamos páginas atrás, referente a la determinación de la contemporaneidad de los lugares. No obstante hemos tratado de encontrar en el material disponible rasgos definitorios para poderlos encuadrar no solo culturalmente, sino también cronológicamente, pero esta tarea es inalcanzable con los materiales que contamos, por tanto nos limitamos a considerar lo ya conocido sobre la cerámica de esta etapa.

Durante la II Edad del Hierro, la posibilidad de determinar rasgos concretos se hace más difícil en cuanto a la técnica, pero a pesar de eso la cerámica celtibérica de Navarra, se diferencia de otras zonas y se caracteriza por la reproducción de un número concreto de formas con unas decoraciones sencillas, (Castiella, A. 1993) que interpretamos como testimonio del gusto concreto o austeridad de sus gentes, o también por el bajo nivel económico, que no les permite tener recipientes con complicadas decoraciones. Consideramos de todos modos que en esta zona de Navarra, alejada de la influencia directa que llega a través del Ebro, es un hecho la perduración de la técnica manufacturada que "convive" con la cerámica torneada celtibérica, hasta la llegada de los romanos. Esto explicaría también el reducido número de lugares susceptibles de ser catalogados en la II Edad del Hierro.

La industria lítica está representada por una parte en el uso de molinos de mano, como viene haciéndose en las etapas anteriores, pues siguen siendo necesarios para la molienda en una sociedad agrícola y cerealista como la que se desarrolló en la Cuenca de Pamplona. En varios de los yacimientos ahora localizados, 28, han sido identificados fragmentos de molinos, destacamos los procedentes de *Oskia I*, (Ilz. 2, N° 263) y *Ezkoriz* (Ara. 4, N° 36), por ser de granito, piedra que no se encuentra en la Cuenca; los demás, son de arenisca y se conservan en fragmentos más o menos grandes presentando la morfología barquiforme, habitual de estas piezas, con la superficie de uso más o menos desgastada por el mismo.

Encontramos también alguna piedra trabajada en forma de bolita cuya función tanto se ha especulado, destaca el lote procedente de *Allomendi* (Sal. 1, N°203) con 53 piezas de distinto tamaño (Castiella, A. 1991-92, Figura 3), también están documentadas en *Sansol* (M. As. 2, N° 88) y en *Oskia I* (Ilz. 2, N° 263), en este caso, algunos ejemplares son de ofita, presentan mayor tamaño y por tanto otra función, quizás preparadas para percutores.

En cuanto a las piezas trabajadas en sílex, podemos decir que son en su mayoría restos de talla, en sílex del lugar y se recuperan en lugares que tienen,

en la mayoría de las ocasiones, en zonas próximas ocupación en los momentos prehistóricos, esto ocurre en 38 de los estudiados.

La presencia de "mazas", ha sido documentada en *Allomendi* (Sal. 1, Nº 203) y en *Bojeral* (Und. 6, Nº 96).

Hemos constatado así mismo que durante este largo periodo de la Edad del Hierro, perdura la elaboración de piezas en **hueso**, un reciente trabajo recoge las recuperadas en Navarra, entre las que se encuentran las procedentes de *Sansol*, *St. Lucía*, etc. (Castiella, A. 1994), son fundamentalmente adaptaciones de cornamentas de ciervos como mangos de cuchillo, o el colgante en defensa de jabalí de *Sansol*.

El desarrollo de la **metalurgia** va a ser determinante en la sociedad que lo practica. Ya hemos dicho que en la Cuenca de Pamplona no hay mineral alguno, ni hemos encontrado restos de los que se dedujera el desarrollo de alguna actividad relacionada con esta industria. Pensamos que no estaban inmersos en la dinámica que impone en este momento el mercado. Esta carencia, no les obliga a crear redes comerciales que les mantengan en contacto rápido con otros puntos para realizar el correspondiente intercambio de productos. Son de alguna manera una sociedad marginal, conocen los cambios que se van produciendo y los asumen en la medida de sus posibilidades.

Hacemos estas consideraciones en función de los restos metálicos que han llegado hasta nosotros. Disponemos del importante lote "depósito" de *Leguin* (Ech. 10, Nº 123), cuyas condiciones de hallazgo, no nos permiten seguridad en su valoración en cuanto a si se trata de los restos de un fundidor o que otra función pudo cumplir. Asociado a un núcleo de habitación, *Leguin*, (Ech. 10, Nº 123), es sin duda el conjunto más importante tanto por el número de piezas como por la variedad de su contenido: armas y útiles de labranza. Las estimaciones cronológicas realizadas permiten su atribución a la II Edad del Hierro.

En el área de enterramientos de *Sansol* (M. As. 2, Nº 88), se recuperaron algunos fragmentos de piezas metálicas que formaban parte del ajuar. No fue fácil su clasificación tipológica pero si es interesante su presencia, tanto por la proximidad al enclave de *Leguin*, como por constituir una prueba de la asimilación de estos elementos culturales en una zona algo alejada de la vía más importante de comercio como es el río Ebro evidenciando, como decíamos, que están abiertos a las novedades que se producen y las asumen en la medida de sus posibilidades.

Entre el material de prospección se recuperó años atrás un fragmento de fíbula en *Sta. Lucía* (Pam. 2, Nº 12), cronológicamente encuadrable en la II Edad del Hierro (Castiella, A. 1993). Ahora se han recogido evidencias metálicas en: *Mokoaldapa* (Bad. 5, Nº 151), se trata de una posible punta de lanza y fragmentos de un posible crisol. En este enclave no se documentan restos de otras épocas al igual que en *Inza*, (Erz. 4, Nº 212) donde se recuperó una anilla en forma de ocho. Escoria de fundición ha sido identificada en *St. Cruz* (Eus. 1, Nº 184), pero en este enclave está constatada la ocupación romana y también

hacemos referencia al hallazgo de un supuesto clavo de hierro procedente de *Maragueta* (Izu. 1, N° 245) con precedentes de ocupación en el Bronce Final.

Por último haremos alusión a la circulación de las primeras monedas. Su presencia es un testimonio más de la evidente asimilación de los cambios y novedades que se van produciendo. Los ejemplares localizados dentro del área que ahora estudiamos, proceden de Echauri y Pamplona y fueron objeto de un pequeño trabajo años atrás (Castiella, A. 1989), en los trabajos actuales ha sido localizada una moneda en *Sta. Lucía* (Pam. 2, N° 12), que no modifica las valoraciones hechas al respecto.

4.3. Estructuración del espacio

Atendiendo a las características expuestas vamos a tratar de esbozar la manera de cómo organizaron este espacio concreto para el desarrollo de su actividad en las dos etapas diferenciadas.

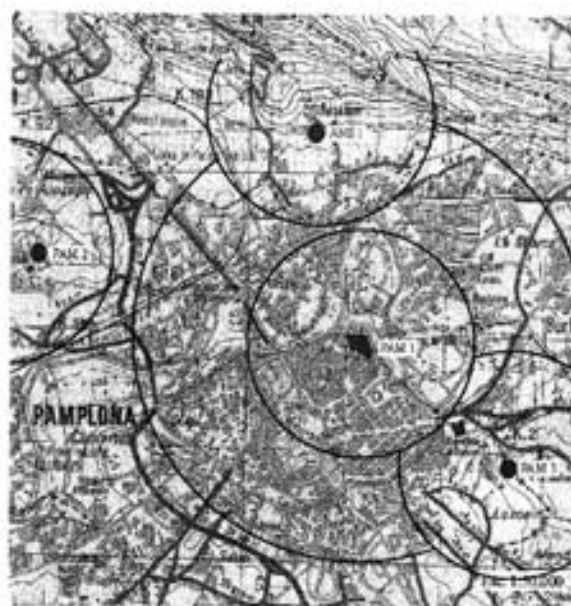
— **Durante la I Edad del Hierro**, hemos visto que los 79 lugares en estudio, se distribuyen ocupando tanto pequeños altozanos, como planas a media ladera o en el llano y todo ello buscando los terrenos más aptos en la proximidad de las montañas, así la zona central de la Cuenca de Pamplona aparece más deshabitada.

Recordemos que las condiciones edafológicas de La Cuenca, son adecuadas, en general para el desarrollo cómodo de la agricultura y ganadería. Son así mismo numerosos los cursos de agua que la surcan, con abundante caudal, por tanto el medio, no va a plantear dificultades a la hora de asegurar la subsistencia de sus habitantes. Esto, justifica la ocupación del espacio, que poco más puede ofrecerles ya que, salvo alguna zona concreta con afloramientos salinos, como en las proximidades de Sansol, que explica la concentración de estos enclaves, no hemos podido documentar otras fuentes de riqueza que pudieran ser apetecidas por las gentes de la Edad del Hierro. Sabemos que la Cuenca de Pamplona no tiene mineral alguno que permita el desarrollo de la metalurgia, industria que proporciona riqueza. De hecho, los restos metálicos correspondientes a esta etapa, son, como hemos descrito, muy escasos y aunque se localizan en enclaves en los que este momento también está representado, pero las piezas se fechan en la II Edad del Hierro.

De los enclaves analizados, hemos destacado aquellos que atendiendo a su topografía /situación y tamaño, pudieron haber tenido un papel más relevante que los próximos a él, son casi siempre **castros** que, a juzgar por ese papel relevante podemos llamar, según la terminología al uso, **lugares centrales**. En este caso hemos atribuido ese calificativo, como venimos repitiendo, a enclaves de tamaño mediano/ pequeño. No podemos pensar que se trata de conjuntos urbanos de una cierta envergadura porque, como ha quedado descrito, la ocu-

pación de la Cuenca se caracteriza por enclaves pequeños, relacionados entre sí para el desarrollo de una economía agrícola/ganadera de subsistencia.

Analizaremos algunas de las concentraciones documentadas, y lo hacemos por el entorno del asentamiento de *Pamplona*, (Pam. 1, N° 11), ya que pensamos que pudo ejercer esa función relevante. Los avatares sufridos por la utilización continuada de este espacio, han ocasionado la destrucción total de la mayoría de los posibles enclaves. Ubicados en el centro de la Cuenca, *Pamplona*, (Pam. 1, N° 11), elige el espacio de una amplia terraza en un recodo del Arga, con fuerte rampa hacia el río, verdadera defensa natural.



Parece, por el material recuperado, que el inicio ocupacional corresponde al momento del Bronce Final - I Edad del Hierro, y perdura hasta nuestros días. De esta fase inicial, no disponemos más que de un lote cerámico y aspectos referidos al emplazamiento y tamaño.

La proximidad de otros lugares ha sido constatada, a pesar del uso continuado de su entorno inmediato, en el cerro de *Santa Lucía*, (Pam. 2, N° 12). Una ubicación similar cabe atribuir al emplazamiento de *Mendillori*. (Pam. 3, N° 13), aunque sus restos se recuperan en la parte inferior, en el llamado soto de *Lezkairu*, que hasta fechas recientes ha sido una zona pantanosa muy poco apta para lugar de habitación, por eso, consideramos que procederían de la cima del cerro próximo conocido como *Mendillori*.

Figura 28. Distribución de los yacimientos del entorno de Pamplona.

Por último, el enclave de *Ansoáin*, (Ans. 1, N° 22), nos ofrece una ubicación en ladera/llano, a los pies de San Cristóbal. Se descubrió este emplazamiento en las obras de construcción de un grupo de viviendas unifamiliares en el lugar, hecho que ha supuesto su destrucción total. Todos estos lugares de emplazamiento similar, en alto, salvo *Ansoáin* en llano, pudieron compartir la explotación de su entorno bajo el control directo de *Pam.1*. Pudo haber otros enclaves de menor entidad, pero la continua utilización de este espacio en el que se ubicó la capital desde época romana, no ha permitido la conservación de las necesarias evidencias, salvo el mencionado caso de *Ansoáin 1* (Ans. 1, N° 22).

A 8,5 Km. de Pamplona, en dirección este, se yergue potente *Urri*, (Ibi. 1, N° 160), entre los ríos Arga y Sadar. Desde su cima puede controlar el espacio, que en un radio de 5 km., se abre en dirección Pamplona, por donde se esparcen un importante número de lugares, como podemos ver en la figura 29.

La ocupación de esta zona se inicia, como hemos visto en el Calcolítico, aumenta su número en la Edad del Bronce, vid. figura 15 y este proceso culmina en la Edad del Hierro con un elevado número de enclaves que ocupan tanto planas a media ladera: *Ezkoriz* (Ara. 4, N° 36) y *Monte Chiquito* (Laq. 2, N° 50) entre otros. Como en llano: *Moraun* (Ara. 5, N° 37), *Iriberri* (Ara. 2, N° 34). Son de dimensiones pequeñas y a juzgar por el material recuperado solo fueron ocupados en esta primera fase de la Edad del Hierro, salvo *Monte Chiquito* (Laq. 2, N° 50) e *Iriberri* (Ara. 2, N° 34) que perduran en la II Edad del Hierro.

La zona occidental de la Cuenca de Pamplona, se presenta con una fuerte concentración de enclaves en los que no siempre es fácil determinar cual de ellos ejerció un papel determinante.

El caso de *Sansol*, (Mas. 2, N° 88) parece que pudo ser un Lugar Central, Vid. Figura 30. Años atrás, A. Castiella analiza este hecho (Castiella, A. 1995: 200) y añadimos a lo dicho los nuevos datos que ahora disponemos. Entendemos que la concentración de lugares pudo deberse a la presencia en la zona de afloramientos salinos. La ocupación se remonta a la etapa Neolítico-Calcolítico, en el enclave de *Mendía* (Mas. 1, N° 87), prosigue durante la Edad del Bronce, vid. Figura 15, y se mantiene en la Edad del Hierro con el protagonismo de *Sansol* de 2'5 Has. emergiendo tan sólo 22 m. de su entorno.

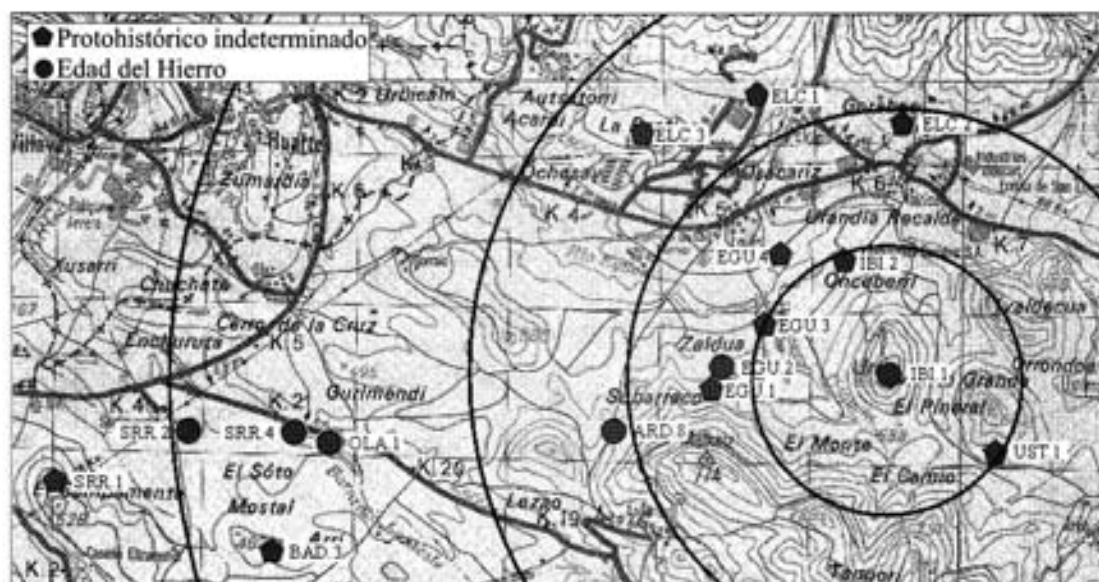


Figura 29. Concentración de enclaves entorno a Urri, (Ibi.1, N° 160).

Desde allí, dentro de un radio de entre uno y dos kilómetros, han sido localizados los yacimientos de *Oyarza, II y III*, (Und. 3 y 4, N° 93-94), y *Los Espinos* (Ast. 2, N° 64). Corresponden a pequeños asentamientos en ladera, de una o varias cabañas, con materiales exclusivos de la I Edad del Hierro y a corta distancia se localiza otro lugar de idénticas características, *Mendiguilla*, (Und.1, N° 91), pero que hemos incluido en el grupo de indeterminados, aunque bien pudo compartir o sustituir las funciones de Und. 3 y 4.

Buscando la protección de la montaña, en el espacio hacia la ladera del Perdón, se localizan, *Soto Grande* (Zar. 2, N° 102) y *Las Casetas* (Ast. 4, N° 66) con restos solo de la I Edad del Hierro y *Rubidea* (Ast. 6, N° 68) en ambos periodos de la Edad del Hierro, como *Santi Xusti* (Gnd. 5, N° 86), algo más hacia el norte. De todos ellos, cuya dispersión reproducimos en la figura 30, destaca por su importancia el enclave de *Santi Xusti* (Gnd. 5, N° 86), cuya ubicación en la cima del cerro St. Justi, responde a la topografía de los castros.

El área de acción de Sansol entra en contacto en su dirección W con una importante concentración de lugares entre los que destacan *Machamamendi* (Uba. 2, N° 132) y *Leguin* (Ech. 10, N° 123). La distancia entre estos dos últimos y *Sansol* no alcanza los 5 km. como podemos ver en las Figuras 19 y 31. Por ello algunos de los lugares que acabamos de analizar dentro del área de Sansol, como *Oyarza, III* (Und. 4, N° 94) se encuentra también a 3 km. de *Machamendi* y pudo estar bajo la influencia de uno u otro. Por su parte, *Meaz*, (Eri. 3, N° 72), está a mitad del recorrido entre *Sansol* y *Leguin*.

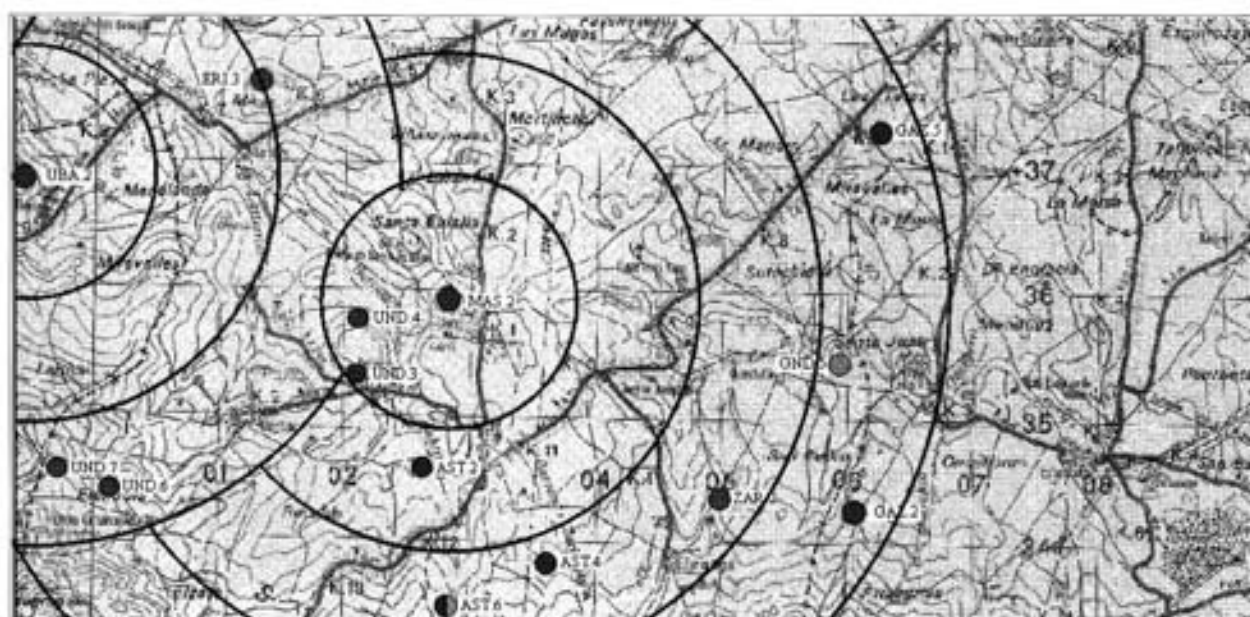


Figura 30. Agrupación de lugares entorno a Sansol (Mas. 2).

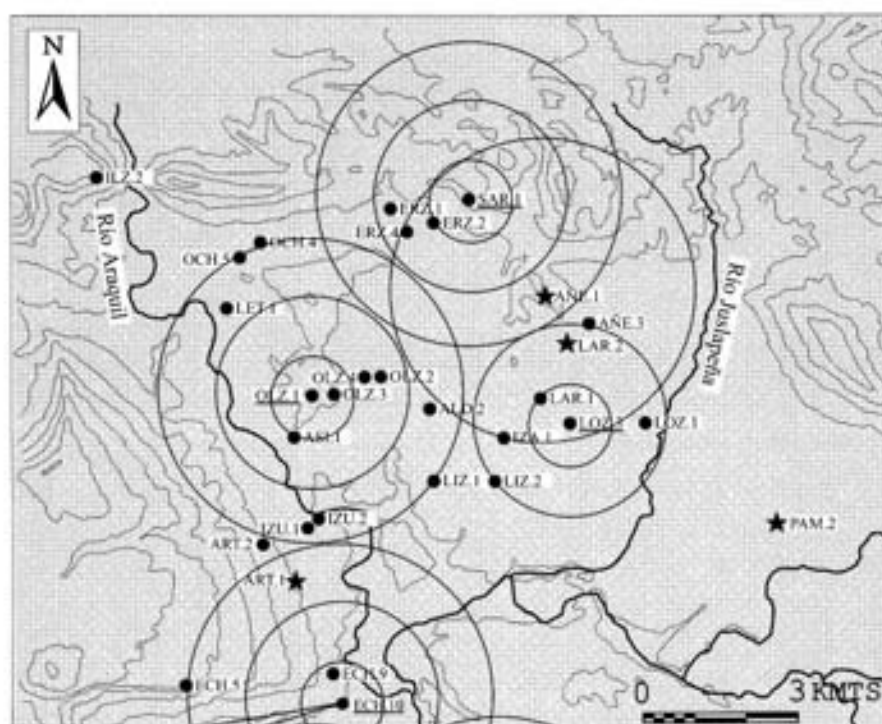


Figura 31. Dispersión de los enclaves de la I Edad del Hierro entre los ríos Juslapeña y Araquil.

Al norte de Echaury, entre los ríos Juslapeña y Araquil se concentra otro importante número de enclaves que ocupan tanto lugares en alto, con claro carácter defensivo y control de zona de paso, como en llano para aprovechamiento de zona, entorno a la balsa de Loza.

En la figura 31 podemos ver que hemos aplicado el carácter de Lugar Central al enclave de *Oyarco*, (Sar. 1, N° 221). Su tamaño y ubicación en alto respecto a los lugares detectados en proximidad, *Buztin*, (Erz. 1, N° 209), *Inza I* (Erz. 2, N° 210) e *Inza III*, (Erz. 4, N° 212), todos ellos en llano y de reducidas dimensiones, reflejan una vez más el modo habitual de aprovechamiento del entorno que venimos advirtiendo. Situación similar se detecta en la agrupación de los lugares de Olza, aquí el Lugar Central parece corresponder a *Santa Cruz*, (Olz. 1, N° 249) cerro prominente respecto a los lugares próximos en cotas más bajas y de menor superficie como son *Oderiz Bidea I*, (Olz. 2, N° 250), *Bisquer*, (Olz. 3, N° 251); *Oderiz Bideall*, (Olz. 4, N° 252) y *Epertergui*, (Asi. 1, N° 232).

El conjunto ubicado en llano entorno a la balsa de Loza, cuyo enclave más relevante atendiendo al número de evidencias consideramos que pudo ser *Pozo Nuevo*, (Loz. 3, N° 32), tiene en su entorno próximo *Las Eras* (Loz. 1, N° 30); *San Juan*, (Loz. 2, N° 31), *La Cañada* (Lar. 1, N° 27), *Larratxe*, (Iza. 1, N° 213) y *Recunceas*, (Liz. 2, N° 248). Todo este conjunto está a su vez próximo al de *Peña Larragueta*, (Añe. 1, N° 23), cuya ubicación en alto le permitía un control sobre la agrupación de Loza.

El sector Suroriental se nos presenta con pocos lugares, seis, como podemos ver en la figura 19. En estos enclaves, ha perdurado la ocupación en ambos periodos de la Edad del Hierro. Su ubicación en castros, les permite dominar una amplia panorámica teniendo relación visual entre ellos y controlando esta vía natural de acceso a la Cuenca de Pamplona. Responde esta situación a la noción que hasta ahora teníamos respecto a la apropiación del espacio, desde la ocupación de lugares en alto en exclusiva, sin los enclaves intermedios.

— **Durante la II Edad del Hierro.** De la plasmación cartográfica de los 23 enclaves localizados, se desprende una distribución equilibrada en toda la superficie de La Cuenca, véase la Figura 32.

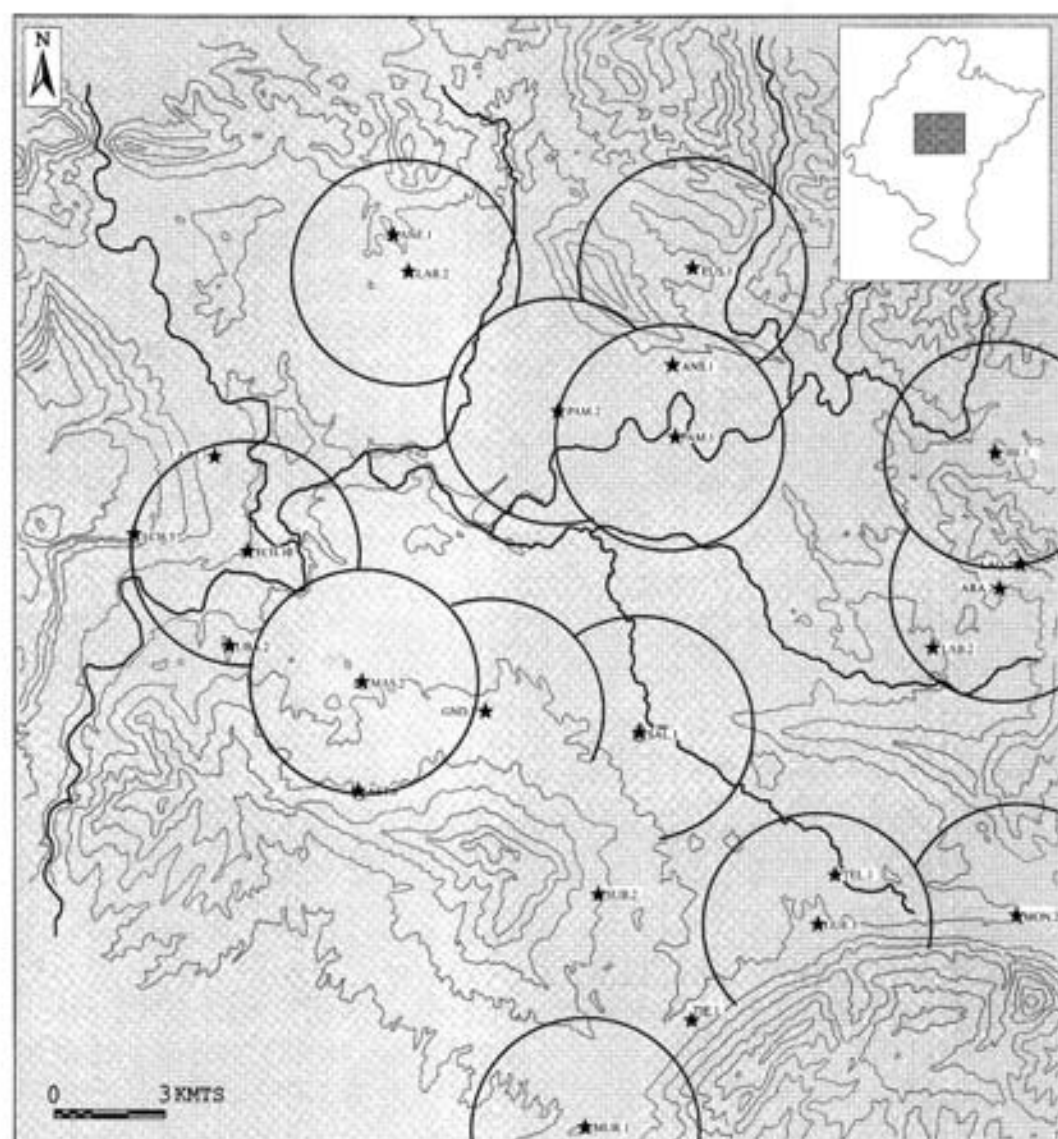


Figura 32. Distribución de los enclaves de la II Edad del Hierro en la Cuenca de Pamplona.

En todos los lugares, salvo el de *Morea* (Tel. 1, N° 176) se ha constatado restos pertenecientes a la I Edad del Hierro, por lo tanto podemos hablar de **una perduración de los enclaves y una reducción de su número** respecto a la etapa precedente.

El material disponible nos permite considerar, que en algunos casos, se trata de restos puramente testimoniales, como es el caso de: *Peña Larragueta*, (Añe. 1, N° 23); *Los Corrales*, (Art. 1, N° 226); *Ansoain*, (Ans. 1, N° 22); *Kompotaldea*, (Lab. 2, N° 44); *Costabaro*, (Sub. 2, N° 205) y *Rubidea*, (Ast. 6, N° 68), ya que el lote de fragmentos no alcanza la veintena, por lo tanto, en la II Edad del Hierro en La Cuenca de Pamplona parece que estaba bajo el control de 15 lugares que siguen abarcando el contorno de La Cuenca, a favor de la mitad oriental.

De esos 15 enclaves se confirma la presencia de restos romanos en todos salvo: *Tiebas* (Tie.1, N° 18); *Peña Larragueta*, (Añe.1, N° 23); *Iriberri*, (Ara. 2, N° 34); *Kompotaldea*, (Lab. 2, N° 44); *Rubidea*, (Ast. 6, N° 68); *Leguin*, (Ech. 10, N° 123); *Allomendi*, (Sal. 1, N° 203); y *Los Corrales*, (Art. 1, N° 227). Años atrás justificábamos esta reducción del número de enclaves y la escasez de materiales de la II Edad del Hierro, tanto a la destrucción de los niveles celtibéricos en aquellos lugares que no hubo perduración romana, como a la falta de capacidad adquisitiva de las gentes de la I Edad del Hierro para conseguir una vajilla de producción no local, como argumentábamos páginas atrás (Castiella, A. 1993: 128), así como al hecho de la perduración en la ejecución de la cerámica manufacturada que suponemos puede llegar a convivir con las cerámicas romanas.

Hasta el momento, no se ha excavado en la Cuenca de Pamplona, un poblado de la II Edad del Hierro en extensión, que nos permita establecer las correspondientes comparaciones con lo conocido de la I Edad del Hierro. La aproximación mejor la tenemos en los enclaves de *Sansol* y *Leguin*, que tienen un último momento, muy destruido, que correspondió a la II Edad del Hierro, en la que no se advierte cambio alguno respecto a los niveles inferiores. Según esto podíamos decir que el modo de construir era similar al empleado en la I Edad del Hierro: viviendas de planta rectangular, levantadas con el material de la zona y siguiendo un orden establecido en su distribución.

Puesto que todos los lugares de la I Edad del Hierro tienen continuidad en la II Edad del Hierro, salvo uno, *Morea* (Tel. 1, N° 176), lo dicho en cuanto a emplazamiento, grado de destrucción, etc. relativo a los lugares de la I Edad del Hierro, podemos aplicarlo a este momento. Según esto, también para esta etapa podemos hablar de lugares más relevantes, atendiendo a los datos disponibles. Siguen manteniendo este carácter: *Pamplona*, (Pam. 1, N° 11); *Sansol*, (M. As. 2, N° 88); *Urri*, (Ibi. 1, N° 160); y *Leguin*, (Ech. 10, N° 123); podemos atribuirlo ahora a *Allomendi*, (Sal. 1, N° 203); *Garitoain*, (Mon. 2, N° 7); *Puno*, (Gue. 3, N° 173) y *Murugain*, (Mur. 1, 16); que no hemos incluido en la I Edad del Hierro por carecer de otros lugares en su entorno, como los anteriormente descrito. Si atribuimos a cada uno de estos lugares un espacio de 3 km. a su alrededor, veremos que la totalidad de la Cuenca queda bajo control y si

realmente no tuvieron otros pequeños enclaves de apoyo quizás estamos ante otro modelo de patrón de ocupación, solo enclaves en alto, próximos entre sí con un control perfecto de su entorno.

Es característico de este momento no solo la presencia de la vajilla torneada, sino la incorporación en el ajuar de elementos metálicos. Como es lógico suponer, los restos metálicos no proceden de la prospección efectuada, sino que se recuperaron en las intervenciones realizadas, como ya hemos descrito, en *Leguin y Sansol* y las prospecciones de *Santa Lucía*. Todos ellos publicados en las correspondientes memorias ya citadas. La presencia de las piezas metálicas nos indica de nuevo, como venimos repitiendo, que las gentes de la Cuenca de Pamplona, estaban abiertas a los avances que se producían en la sociedad, y están representados en ella de una manera sencilla.

4.4. A modo de colofón

Podemos decir que durante la I Edad del Hierro en la Cuenca de Pamplona culmina el aumento de población iniciado en la etapa previa del Bronce Final. Esta circunstancia le permite un control total del espacio en estudio. Los asentamientos se localizan tanto en la cumbre amesetada de pequeños cerros o castros, como en zonas a media ladera y en llano. Son lugares de tamaño mediano y pequeño y constituyen agrupaciones en las que uno de ellos pudo desempeñar, al menos así lo hemos considerado, un papel más relevante. Lo hacen compartiendo las distintas funciones, necesarias para su economía agrícola-ganadera, orientada a su consumo. No hay indicios de actividad metalúrgica aunque, algunos restos de ajuar confirman que conocen las consecuencias de la nueva tecnología.

En la II Edad del Hierro se reducen el número de los enclaves, pero con una perduración en los emplazamientos. Lo hicieron ubicándose exclusivamente en lugares altos que permite un fácil control del territorio. Es el patrón de asentamiento que hasta ahora había caracterizado a los dos períodos de la Edad del Hierro pero que tras la prospección realizada no se documenta en la I Edad del Hierro como ya hemos dicho. En los restos de ajuar se imponen las novedades del momento, la introducción del torno. La presencia de esta variedad cerámica no es muy abundante en los yacimientos de la cuenca y no excluye a la manufacturada. Por otra parte los objetos metálicos son más abundantes que en la fase anterior, pero no representan más que un porcentaje reducido respecto al total del ajuar, como hemos anotado.

En la Cuenca de Pamplona durante la Edad del Hierro, no parece que se desarrollara alguna actividad metalúrgica, tampoco hemos encontrado indicios de otras actividades que generaran riqueza. Se conforman con la explotación

agrícola y ganadera que demanda su subsistencia y con el ajuar que son capaces de producir o adquirir. En cualquier caso los hallazgos permiten entender que no estaban totalmente aislados, las “novedades” como el torno y el hierro, la moneda, etc. llegaban, pero su incidencia no es importante aunque evidencia la asimilación del cambio que culmina con la llegada de los romanos.

5. EN ÉPOCA ROMANA

El poblamiento romano de la Cuenca de Pamplona, es bastante escaso si se compara con la época anterior, la Edad del Hierro, y la posterior, la Edad Media. Este dato contrasta con las inmejorables condiciones que esta parte de Navarra debió tener en aquel momento: situada estratégicamente en una zona de paso entre la calzada nº 34, la vía del Ravenate y la de las Cinco Villas, ser un área de interfluvio entre los ríos Arga, Elorz, Juslapeña y Araquil y poseer espacios amplios para la explotación agropecuaria.

A pesar de lo dicho, únicamente se han localizado 22 lugares atribuibles a época romana que, junto al ya conocido *Pompaelo* (Pam. 1, Nº 11), suman 23 yacimientos distribuidos por toda la Cuenca de Pamplona, cuya dispersión podemos ver en la Figura 33. No obstante, existe un total de 15 lugares más en los que aparecen restos materiales de cronología romana, pero que no se han incluido dentro del conjunto de asentamientos por considerar insuficientes los datos recuperados.

En estos momentos conviene precisar los criterios seguidos para considerar que un lugar es un yacimiento, algo en ocasiones sumamente difícil para este período que me ocupa:

— En primer lugar, la existencia de una estructura que avale la permanencia en el sitio de un habitat. En la Cuenca de Pamplona hemos visto que se trata habitualmente de manchas oscuras en el terreno, dentro de las cuales se localizan las evidencias materiales. En ocasiones muy concretas pueden aparecer sillares, pertenecientes posiblemente a alguna estructura desmantelada.

— La abundante recogida de fragmentos cerámicos de cronología claramente romana, entre los que se distingan todas o buena parte de las distintas variedades tipológicas reconocidas (T.S.H., cerámica pigmentada, cerámica común, cerámica común local, cerámica de almacenaje y transporte, etc.) u otro tipo de ajuar.

— Aquellos lugares en los que, a pesar de una recogida exigua de materiales, tienen posibilidades de ser yacimientos por diversas causas: escasa visibilidad que impide ver las evidencias, emplazamiento muy favorable para la ocupación y del que ya existen precedentes anteriores, materiales diversos, posible potencia estratigráfica, etc.

A diferencia de lo que sucede en otras épocas, todos los datos que permiten establecer la cronología de los yacimientos romanos proceden de prospección. Además, en prácticamente todos los casos, el lugar ha sido visitado en una única ocasión, por lo que el número de evidencias recuperado, en general, no es elevado.

Las únicas salvedades, al respecto, son dos yacimientos en los que si se han hecho intervenciones arqueológicas. Se trata de Pompaelo y la Cueva de Diablolulo. En *Pompaelo* (Pam. 1, N° 11) los primeros restos romanos conocidos fueron hallazgos sueltos localizados de forma casual en distintos puntos del casco antiguo: mosaicos, figuras de bronce y una estela funeraria (Iturralde y Suit, J. 1895; Fita, F. 1909; Taracena, B. y Vázquez de Parga, L. 1946 y Mezquiriz, M^a A. 1954). Las excavaciones en la antigua urbe, que han aportado una datación para la etapa romana desde época republicana al s. V d. C., se realizaron en la zona del Arcedianato, la calle Dormitallería, la Plaza de San José, y en otros puntos esporádicos, desde 1956 hasta 1972, y posteriormente entre 1991 y 1993 dentro de la misma Catedral, como consecuencia de las obras de reforma que se iban a llevar a cabo. Los hallazgos más destacados fueron la localización del *Macellum*, varias viviendas privadas con *hypocaustum*, el *kardo* y el *decumanus* principales y otras calles secundarias, mosaicos, así como elementos arquitectónicos varios.

En la cueva de *Diablolulo* (Gue. 2, N° 172) se llevó a cabo un sondeo arqueológico cuyos resultados se exponen en el correspondiente anexo. El nivel superficial, que se encontraba revuelto por acción de los furtivos, deparó la presencia de cerámicas romanas, aunque como se ha dicho sacadas de su contexto estratigráfico, pero pertenecientes a los s. IV-V d. C., entre las que destacaban fragmentos de T.S.H.T. decorada con grandes ruedas.

Sin embargo, de los asentamientos en espacio abierto, la cronología es bastante clara, ya que las producciones seriadas de la cerámica romana están ampliamente clasificadas en bastantes tipologías. Por ello, se puede afirmar que existe un mayor número de emplazamientos Altoimperiales, doce concretamente, de los s. I y II d. C.; cuatro tienen una vida prolongada, ya que se extienden desde el s. I, o incluso ya desde época republicana (*Pompaelo*), al s. V d. C.; cuatro son Bajoimperiales, s. IV y V d. C. y por último, hay tres difíciles de datar ante la falta de elementos claros, por lo que se han denominado indeterminados (Vid. Figura 33). Dicha cronología la aporta el material recuperado, en el que tanto los tipos de pasta y otras características técnicas, como los aspectos formales permiten inclinar la balanza en uno u otro sentido.

Un dato a tener en cuenta del poblamiento romano de la Cuenca de Pamplona es su escasa incidencia e importancia en el conjunto de hallazgos localizados en prospección, e incluso dentro de la propia época romana. De los 23 yacimientos, sólo hay 4 con datación exclusivamente romana y que presentan un número de evidencias materiales relativamente considerable si se compara con el resto: *Moraun I* (Ard. 1, N° 139), *Osangoa I* (Ard. 2, N° 140), *Melaga* (Ard. 6, N° 144) y *Morea* (Tel. 1, N° 176). En general los asentamientos

romanos son la continuidad de otros habitats anteriores. Así, en su mayor parte son una perduración de los que había en la I como en la II Edad del Hierro (aparece en 12 casos), si bien hay tres lugares en los que primero se habitó durante la prehistoria reciente (Neolítico, Calcolítico o Edad del Bronce) y luego en la etapa romana.

5.1. Características del poblamiento

Aunque el número de yacimientos no es elevado, según se ha mencionado más arriba, y el estudio de la ocupación humana de la Cuenca de Pamplona se realizará en conjunto, siempre se harán alusiones al momento Altoimperial o Bajoimperial, tanto para ver sus diferencias, como sus similitudes. En resumen, los rasgos que van a definir este poblamiento son los siguientes:

— Respecto al **emplazamiento**, no se aprecian cambios significativos a lo largo de toda la etapa romana. En época Altoimperial los lugares elegidos para asentarse son preferentemente zonas altas, que destacan claramente del entorno, como cerros, en el caso de *Santi Xusti II* (Gnd. 5, N° 86), *Murugain* (Mur. 1, N° 16), *San Cristóbal* (Vid. 1, N° 136), *Urri* (Ibi. 1, N° 160), *Costobaro* (Sub. 2, N° 205), *Sansol* (M. As. 2, N° 88) y *Moraun I* (Ard. 1, N° 139) y planas a media ladera en el asentamiento de *Melaga* (Ard. 6, N° 144). La propia ubicación de los emplazamientos les confiere su propia defensa, y por ello, carecen de elementos propios como muralla por ejemplo. La explicación a este tipo de habitat, es probablemente el aprovechamiento de un conjunto de enclaves ocupados ya en épocas anteriores (núcleos indígenas que ahora se romanizan), lo que debía suponer una elección más "cómoda" que buscar sitios nuevos para asentarse. Sólo en los yacimientos de *Murugain* (Mur. 1, N° 16) y *San Cristóbal* (Vid. 1, N° 136) se puede afirmar la existencia de una localización estratégica, dominando respectivamente el estrecho paso del Carrascal, que se sitúa entre las Sierras del Perdón (al O) y Alaiz (al E), y la garganta en la que se encaja el río Araquil, en las estribaciones S. de la Sierra de Sarvil.

Otro tipo de localización de los yacimientos de los primeros siglos romanos es en terrazas abandonadas de los ríos, como ocurre en *Morea* (Tel. 1, N° 176), *Isterria* (Ibe. 1, N° 234) y *Pompaelo* (Pam. 1, N° 11). Al ubicarse en estos lugares tienen asegurada una defensa natural por uno de sus flancos, mientras que al otro lado son cerros o lomas de suaves laderas que comparten las mismas características de su entorno.

Por último hay 4 asentamientos ubicados en llano o en suaves y bajas laderas, es decir, ocupando el fondo de la cubeta que configura la Cuenca de Pamplona: *Ansoáin* (Ans. 1, N° 22), *El Monte* (Lar. 2, n° 28), *Zoko* (Och. 1, N° 216), *Molino de Ibero* (Ibe. 2, N° 235) y *Maskarreta I* (Och. 4, N° 219). Este

tipo de localización, en la etapa Altoimperial, es la más común y se registra en la mayoría de yacimientos romanos de Navarra.

En época Bajoimperial hay una reducción drástica del poblamiento, ya que sólo se han localizado 8 yacimientos, de los cuales cuatro también tuvieron ocupación en los ss. I y II de. C. (Vid. Figura 30). En este momento tardoimperial, debido a la crisis del Imperio del s. III y el fenómeno bagauda de los s. IV-V d. C. que crea un clima de inseguridad, los habitantes de los poblados romanos se ven obligados a refugiarse en lugares altos y protegidos. Por eso, junto a emplazamientos similares a la etapa anterior (cerros, terrazas, lomas y planas a media ladera), aparece un nuevo tipo de ubicación, las cuevas, que aparece en dos únicos casos: *Abrigo de la Peña del Cantero I* (Ech. 2, N° 115) y *Diablozulo* (Gue. 2, N° 172). En algunos casos la protección del lugar viene determinada por su ubicación, pero en otros, además, se construyen elementos defensivos, como una muralla. Este hecho sólo se ha podido constatar en la ciudad de Pompaelo, ya que el resto de los enclaves corresponden a un poblamiento rústico y no han quedado vestigios de las mismas.

En cuanto a las cuevas, los dos casos conocidos fueron habitadas en etapas anteriores. La ocupación no debió ser muy importante, pero los testimonios de la misma, las cerámicas, han llegado hasta nuestros días y se han recuperado durante las obras de construcción de un refugio para montañeros en *Abrigo de la Peña del Cantero I* (Ech. 2, N° 115) y en el sondeo realizado en *Diablozulo* (Gue. 2, N° 172).

— Otro aspecto a tener en cuenta es la **dispersión** del poblamiento romano (Vid. Figura 30). Si el panorama es notorio durante la etapa Altoimperial, el fenómeno se acrecienta durante los últimos siglos del Imperio. Los yacimientos se distribuyen por toda la Cuenca de Pamplona, ocupando especialmente las zonas marginales y dejando un vacío en el área central de la misma, en el interfluvio de los ríos Arga, Elorz y Juslapeña. Sólo se aprecian pequeñas agrupaciones de asentamientos en algunos puntos concretos. Así en el Concejo de Ardanaz hay cuatro enclaves, a los que se deben sumar, ya que están relativamente próximos, uno en el Concejo de Ibiricu, *Urri* (Ibi. 1, N° 160) y otro en el Concejo de Laquidáin, *Monte Chiquito* (Laq. 2, N° 50). También hay otros dos yacimientos cercanos en el Concejo de Ochovi, llamados *Zoko* (Och. 1, N° 216) y *Maskarreta I* (Och. 4, N° 219) y dos más en el Concejo de Ibero, que son *Isterria* (Ibe. 1, N° 234) y *Molino de Ibero* (Ibe. 2, N° 235). En prácticamente todos los casos señalados, los lugares coinciden cronológicamente.

Las distancias que guardan los asentamientos entre sí avalan la tesis de la dispersión del poblamiento, ya que oscilan entre los 2 y los 7'5 km. La única excepción a ésto se refiere a los yacimientos que forman pequeñas agrupaciones; en este caso las separaciones pueden llegar a ser mínimas, entre 200 y 600 m.

Todo lo dicho anteriormente indica una repartición del territorio que imposibilitaría el contacto visual entre la mayoría de los enclaves y unas relaciones más fructíferas entre ellos.

— En cuanto a la **superficie**, en época Altoimperial se aprecia un mayor tamaño, que se sitúa entre 1'5 y 2'5 Has, en algunos de los yacimientos ubicados en cerros, como *Murugáin* (Mur. 1, N° 16), *Sansol* (M. As. 2, N° 88) y *Urri* (Ibi. 1, N° 160). El resto de los emplazamientos presenta unas dimensiones que se encuentran entre 1.800 y 8.000 m². Si tenemos en cuenta que las medidas referidas se han tomado según la dispersión de las evidencias en superficie, es de suponer que en algunos yacimientos el arado, seguramente, ha contribuido a extenderlas desvirtuando el tamaño real de los mismos.

El caso de Pompaelo es distinto porque, a diferencia del resto de los enclaves situados en zona rústica, es una urbe y lógicamente su tamaño tiene que ser mayor, calculándose en unas 3'2 Has (Mezquíriz, M^a, 1978).

En los asentamientos de la etapa Bajoimperial hay menos diferencias en cuanto al tamaño se refiere, ya que éste oscila entre 3.200 y 5.000 m². La salvedad se encuentra en los dos habitats en cueva, en los que la zona ocupada es más reducida de lo que suele ser habitual al aire libre. Las dimensiones calculadas para la vida humana en las cuevas ronda los 30 m.

Por último, hay que comentar la existencia de tres yacimientos *Osangoa II* (Ard. 3, N° 141), *Santa Cruz* (Eus. 1, N° 184) y *Las Eras* (Loz. 1, N° 30) de cronología indeterminada, los cuales se asocian a manchas oscuras en el terreno. Las dimensiones de los mismos es 50 m. de diámetro, 100 m² y 3.500 m², respectivamente.

Las conclusiones que se pueden extraer de lo dicho anteriormente se resumen fácilmente. No se puede atribuir a los yacimientos más grandes, de los que se excluye Pompaelo, una mayor importancia dentro de la ocupación romana de la Cuenca de Pamplona ya que, junto al tamaño hay que considerar otros aspectos. En primer lugar, se trata de enclaves ocupados durante la Edad del Hierro, y debió ser en este momento cuando tuvieron su máximo esplendor, mientras que en la etapa romana el habitat parece ser totalmente residual. En segundo lugar, el material arqueológico recuperado en los mismos es pobre y escaso, algo inusual si fuesen lugares centrales. Por último, la carencia de restos estructurales evidencia, quizás, una ocupación poco duradera y por ello de escasa relevancia.

En cambio, hay otros asentamientos de cronología exclusivamente romana o con pequeñas intrusiones en la II Edad del Hierro, que sí pueden considerarse yacimientos relevantes para la época que nos ocupa, sobretudo si se los compara con los otros. Destacan tanto por el número y variedad de evidencias arqueológicas recuperadas, como por un tamaño adecuado al emplazamiento que presentan, en los que se localiza el material por toda su superficie.

— El grado de **destrucción** que afecta a los yacimientos romanos de la Cuenca de Pamplona es muy elevado. La media se sitúa entre el 75 y el 90 %, valores en los que se incluyen 15 asentamientos. Además hay 4 lugares por debajo de esas cifras y un enclave totalmente desaparecido.

En cuanto a Pamplona, es difícil determinar el grado de destrucción en el que se encuentra, ya que las recientes excavaciones que se van efectuando en el casco histórico demuestran un deterioro menor del esperado. Este fenómeno, quizás es más relevante en construcciones más recientes, entre los ss. XV y XX, de los que hay varios ejemplos (Centro de Salud de Calderería, Plaza de San Francisco, obras de peatonalización del Casco viejo, etc.). Sin embargo, a medida que retrocedemos en el tiempo (épocas medieval y romana), los restos estructurales se encuentran en peores condiciones, generalmente a nivel de cimientos o desaparecidos (Macellum, viviendas privadas, etc.), especialmente en el área ocupada por la antigua Pompaelo (Catedral y aledaños), la cual es una de las zonas que más se ha deteriorado con el paso del tiempo, tanto por las construcciones efectuadas, como por las continuas remodelaciones que se han llevado a cabo.

Respecto al poblamiento rural las causas del alto grado de destrucción son fáciles de adivinar. La Cuenca ha sufrido a lo largo del último siglo una fuerte roturación, en la que el empleo de maquinaria cada vez más sofisticada, o la modificación del espacio original, ha ocasionado el deterioro de los habitats ocupados desde la antigüedad, dado que la mayoría se encuentran en zonas de labor. A ésto hay que añadir otros factores en los que siempre ha intervenido la mano del hombre. La Cuenca es una zona rica, no sólo desde el punto de vista agrícola, sino también industrial. Ha servido de materia prima para la obtención de determinados bienes: piedra, grava, sal, etc., mediante la explotación de canteras, graveras, etc. Asimismo, su proximidad con Pamplona, ha originado la construcción de áreas públicas (vertederos, balsas, etc.) y privadas (zonas residenciales), que también ha afectado a los yacimientos.

— La ausencia de sondeos arqueológicos realizados para esta etapa cultural impide conocer la existencia o no en el subsuelo de **estructuras**, las cuales podrían estar ocultas bajo el sedimento. Sin embargo la experiencia adquirida en la prospección de otras zonas de Navarra, en las que la roturación ha sido intensa, permite prácticamente afirmar que esta zona ha sido intensamente modificada por la labor del hombre, especialmente en el presente siglo, y que por ello los restos constructivos pueden haber desaparecido. Las pruebas más evidentes, son la presencia de sillares únicamente en dos yacimientos: *Morea* (Tel. 1, N° 176) y *Maskarreta I* (Och. 4, N° 219), testigos mudos del desmantelamiento de las estructuras existentes.

— Más complicado todavía resulta definir la **tipología** de los asentamientos. Es evidente que cualquier intento de jerarquización que tenga como únicos datos los de prospección superficial tiene un valor muy relativo. El único dato cierto es la existencia de la urbe de Pompaelo. Sin embargo, el problema se presenta a la hora de valorar el poblamiento rural, para lo que nos basaremos en algunas de las tipologías existentes (Ponsich, M. 1974; García Merino, C. 1975; Castro López, M. 1984; Fernández Corrales, J. M. 1988; Carrillo Díaz-Pines, J.R. e Hidalgo Prieto, R. 1990; Carrillo Díaz-Pines, J. R. 1991 y Vaquerizo Gil, D., Murillo Redondo, J. F. y Quesada Sanz, F. 1991), especial-

mente a la hora de definir los tipos, ya que hay que tener en cuenta que las zonas estudiadas (Andalucía, la Meseta, etc.) difieren en riqueza con la zona navarra en estudio.

Según todos estos autores la categoría más alta dentro del poblamiento rural la ocuparían los "vici" o pequeños poblados. Se diferencian de las ciudades por aspectos jurídico-políticos, administrativos y religiosos y por los datos arqueológicos (extensión del material en superficie, el perímetro amurallado, la emisión de moneda, la presencia de esculturas e inscripciones, etc.). En el caso de la Cuenca de Pamplona no existe ningún elemento para confirmar la presencia de este tipo de asentamiento.

Respecto a las "villae" o "asentamientos rurales de primer orden", estos autores coinciden en que se trata de casas de campo de carácter agrícola, ganadero o industrial que explota un "fundus" y que dependen de una ciudad que demande alimentos y de unas vías de comunicación que faciliten el transporte y la llegada de productos. Algunos opinan además que debe tener una zona residencial y otra agrícola. Asimismo todos coinciden en la existencia de determinados elementos, como restos arquitectónicos de cierto lujo (mármoles, capiteles, basas, columnas, mosaicos), abundantes cerámicas, gran extensión, etc.

Sin embargo, otros autores como Prevosti (Prevosti i Monclús, M. 1984) llama "villa" al establecimiento rural romano aislado, tanto si tiene gran envergadura con muchas dependencias y una planta vitruviana, como si es una pequeña casa agraria, una "villa rústica".

En el caso de la Cuenca de Pamplona sería probable la existencia de "villae" en los yacimientos de *Isterria* (Ibe. 1, N° 234), *Morea* (Tel. 1, N° 176), *Moraun I* (Ard. 1, N° 139), *Osangoa I* (Ard. 2, N° 140) y *Melaga* (Ard. 6, N° 144). Se trata de lugares exclusivamente romanos, salvo el primero, con abundante material respecto al resto de los yacimientos y que presentan, además de la cerámica, otros elementos (escorias de fundición, molinos circulares) que avalan la dedicación agrícola y posiblemente industrial de sus habitantes, careciendo de zona residencial.

El resto de los emplazamientos *Ansoáin* (Ans. 1, N° 22), *Murugáin* (Mur. 1, N° 16), *El Monte* (Lar. 2, N° 28), *Santi Xusti II* (Gnd. 5, N° 86), *San Cristóbal* (Vid. 1, N° 136), *Urri* (Ibi. 1, N° 160), *Zoko* (Och. 1, N° 216), *Maskarreta I* (Och. 4, N° 219), *Costobaro* (Sub. 2, N° 205), *Monte Chiquito* (Laq. 2, N° 50), *Osangoa II* (Ard. 3, N° 141), *Santa Cruz* (Eus. 1, N° 184), *Las Eras* (Loz. 1, N° 30) y *Sansol* (M. As. 2, N° 88) se pueden considerar pequeñas "granjas" o "asentamientos rurales de segundo orden", a modo de pequeñas casas de campo dispersas dedicadas a la explotación del suelo y próximas a puntos de agua, que dependen de un asentamiento mayor.

Por último hay que destacar la presencia de las cuevas de *Diablozulo* (Gue. 2, N° 172) y *Abrigo de la Peña del Cantero I* (Ech. 2, N° 115) y un posible balneario termal, *Molino de Ibero* (Ibe. 2, N° 235). *Diablozulo* es una cueva situada en la vertiente Norte de la Sierra de Alaiz, junto a un barranco y a

700 m. de altitud sobre el nivel del mar. Su longitud total es de 75 m. y en su recorrido se alternan salas grandes y pequeñas comunicadas por estrechos corredores. En la mayor de las mismas los procesos geológicos han originado el derrumbe de grandes bloques calizos del techo, que han cegado parte de la entrada. El área elegida para efectuar la excavación se sitúa contigua a la boca W., junto a la pared occidental de la "sala de entrada".

Abrigo de la Peña del Cantero I se ubica en uno de los monolitos calcáreos de la Sierra de Sarvil, a unos veinte metros del suelo. Antes de la construcción del refugio de montañeros que, prácticamente taponó el abrigo, debió ser un pequeño lugar de hábitat en época Bajoimperial romana, a juzgar por los hallazgos cerámicos efectuados.

En el edificio del antiguo balneario de Ibero se localiza el yacimiento de *Molino de Ibero* (Ibe. 2, N° 235) se realizaron en 1995 varias catas, cuyo resultado fue la localización de un arco de medio punto bajo el que discurría el agua procedente del estanque, donde surge el manantial, y que llega hasta el río Araquil. El estanque presenta un suelo de grandes losas bien labradas, lugar donde aparecieron monedas romanas, y se comunica con otro más pequeño a través de un puente formado por dos arcos de medio punto. Un pequeño canal procedente del estanque llega a una casa privada en la que se conservan cinco arcos de medio punto rebajados, cuya altura se sitúa entre 1'80 y 2 m. Los arcos se alinean frente a la salida del manantial, a su mismo nivel, y la tradición popular los identifica como "las termas romanas", por lo que bien pudieran ser los restos, reaprovechados, del edificio termal romano (Unzu, M. y Pérex, Mª J. 1997).

— Los **restos materiales** recuperados se puede decir que no son demasiado importantes, salvo en el caso de Pompaelo (Barandiarán, I 1966; Mezquíriz, Mª A. 1954, 1956 a y b, 1958, 1965 a y b, 1969, 1977, 1978, 1983 a y b, 1987 y 1994).

En el poblamiento rural la cerámica constituye el grupo más numeroso de evidencias y destaca la ausencia de elementos de importación (campaniense, T.S.I., T.S.S., etc.). Las variedades que se han podido determinar son las siguientes:

a) *T.S.H.* Se recupera en prácticamente todos los yacimientos, aunque sobresale el pequeño tamaño de los fragmentos y muchas veces la ausencia casi total de barniz sobre su superficie. Entre las formas identificadas aparecen la Ritt. 8, la Ritt. 8 con reborde, la Hisp. 4, la Drag. 24/25, la Drag. 29 lisa y decorada, la Drag. 35, la Drag. 36, la Hisp. 37 y la Hisp. 37 tardía. En la etapa Altoimperial las decoraciones existentes son de metopas que encierran motivos diversos (animales, vegetales, etc.), círculos simples o concéntricos separados por motivos verticales, ruedecilla y líneas de puntas de flecha. En los momentos tardíos destacan las grandes ruedas con pequeños ángulos en su interior.

b) *Cerámica pigmentada.* Es una de las variedades menos representadas en el poblamiento rural, ya que sólo se encuentra en 8 yacimientos, en un escaso número respecto a otros tipos. Generalmente el pigmento ha desapa-

recido en parte de las superficies. Las formas identificadas son la 3 y la 17 de Unzu, así como bordes de recipientes tipo cuenco o jarra (Unzu, M. 1979).

c) *Cerámica común de mesa*. Aparece en doce de los lugares documentados, en número algo más elevado que la variedad anterior. Sin embargo, la mayoría de los fragmentos son de pared, lo que dificulta la identificación de formas. No obstante, los pocos fragmentos de borde existentes, confirman la presencia de jarras de borde moldurado, como el galbo predominante.

d) *Cerámica común de cocina*. Hay muy pocos elementos para definir este tipo cerámico, ya que se localiza en escaso número de yacimientos y en poca cantidad. Además, salvo en un caso, todos los fragmentos son de pared.

e) *Cerámica de almacenaje (dolia)*. Es una de las variedades que se recuperan en la mayoría de los asentamientos romanos. En muchos casos se trata de fragmentos rodados de los que apenas se puede decir nada. A este dato, hay que añadir la presencia masiva de paredes respecto a otras partes de los recipientes, lo que dificulta aún más la catalogación de los restos.

f) *Cerámica de transporte*. Las ánforas escasean dentro del poblamiento romano de la Cuenca de Pamplona. Su localización se reduce a los yacimientos de Urri (Ibi. 1, N° 160) y Morea (Tel. 1, N° 176), pero el pequeño tamaño de los dos fragmentos recuperados en total impide adivinar la forma a la que corresponden.

g) *Cerámica común local*. Se trata de un tipo cerámico hallado en todos los yacimientos sin excepción, cuyo número puede ser igual al de otras variedades, o generalmente muy superior. Aunque el predominio de las paredes es claro, los bordes permiten reconocer dos formas claras: la forma 7 de Varea, correspondiente a una olla de borde replegado sobre sí mismo y la forma 4 de Vegas, u olla de borde horizontal decorado con líneas incisas paralelas y cuyas paredes presentan una decoración de impresión de peine (Vegas, M. 1973).

Junto a la cerámica se han recuperado otros elementos, que se describen a continuación:

a) *Ladrillo*. Es de forma rectangular y pequeño tamaño. Podría corresponder a un "hypocaustum" romano y se localizó en Isterría (Ibe. 1, N° 234).

b) *Industria metálica*. Se trata de dos monedas de bronce ilegibles, recuperadas en Moraun I (Ard. 1, N° 139) y Osangoa I (Ard. 2, N° 140); un anillo de hierro hallado en Osangoa I (Ard. 2, N° 140) y 8 fragmentos de escorias del mismo metal en Morea (Tel. 1, N° 176) y un fragmento de placa de plomo decorada con roleos u hojas de acanto localizada en Moraun I (Ard. 1, N° 139).

c) *Industria lítica*. El único elemento reconocido es el molino fragmentado de forma circular, hecho en granito y de 40 cm. de diámetro, hallado en Morea (Tel. 1, N° 176).

5.2. Algunas consideraciones sobre el poblamiento romano de la Cuenca de Pamplona

a) *Centuriación*. En la bibliografía reciente se habla de una centuriación que afecta a la Cuenca de Pamplona, tal como se explica seguidamente.

En relación con la posesión de tierras, Caro Baroja llamó la atención sobre el término actual *cendea*. Según unos autores significa una agrupación de pueblos (Idoate, F. 1973), mientras que para él sería un reflejo de la primitiva organización romana Bajoimperial, la cual parece derivar de la palabra latina *centenam* o *centuria*, compuesta por la población de varias fincas o *fundi* (Caro Baroja, J. 1945).

En torno a la ciudad de Pompaelo se puede hablar de una centuración del territorio, y es el único caso en Navarra, junto al de Corella, donde se puede constatar este hecho a falta de estudios serios sobre este tema. Según Mezquíriz (Mezquíriz, M^a A. 1978) a través de la cartografía y la foto aérea se puede corroborar la existencia de una serie de caminos, paralelos entre sí, cuya separación coincide con los módulos romanos y que podrían interpretarse como restos de *limitationes* romanas, los cuales son perpendiculares o paralelos a las vías públicas localizadas en las excavaciones arqueológicas. También parece confirmarse que el trazado de las vías principales constituirían los ejes de la cuadrícula que ocupaba la zona urbana de Pompaelo. Asimismo, los puentes situados al N y E de la ciudad corresponden al *cardo* y *decumanus* respectivamente, y coinciden con caminos antiguos y con la retícula ideal.

La prospección del entorno de la ciudad actual de Pamplona resulta muy complicado ante la serie de urbanizaciones llevadas a cabo, las limitaciones existentes debido a determinados cultivos agrícolas (huertas, etc.), la fuerte industrialización, etc. Por ello, aunque en el trabajo de campo no se han localizado restos estructurales, ni cerámicos, que confirmen lo dicho anteriormente, no ponemos en duda su existencia, ya que pueden haber desaparecido ante cualquier obra, o por el contrario estar sepultados por el sedimento.

b) *Fundus*. Caro Baroja (Caro Baroja, J. 1975), al estudiar la estructura ocupacional de la Cuenca de Pamplona realiza algunas consideraciones de gran interés para esta época. Observa cómo los actuales sufijos *ano*, *ain* e *in* unidos a un nombre propio pueden ser reminiscencias de un antiguo *fundus* romano: Paternáin-Paterno, Muniáin-Munio, Barañáin-Veriniano.

De ello deduce la intensa aculturación de ámbitos rurales hasta entonces marginados por las corrientes socio-culturales romanas y la concentración del territorio en grandes propiedades, que preludiarán el sistema económico altomedieval.

Las grandes propiedades o *fundi* se constituyeron en origen mediante concesiones al ciudadano en propiedad de la tierra conquistada, el *ager publicus*, hasta llegar a las grandes propiedades bajoimperiales. Sus principales características eran que el *fundus*, o la tierra, tomaba su nombre del gentilicio de su

dueño; por razones administrativas y control fiscal no cambió el nombre originario en las diversas transmisiones y cambios de propiedad; podía aglutinar a otro u otros fundi o a parte de los mismos, formando así un fundus más complejo que rebasaba las dimensiones de las propiedades anteriores, y por último, su tamaño en el territorio vascón, por comparación con los de las Galias, podría situarse entre 500 y 1.000 Has.

Desgraciadamente, esta teoría de Caro Baroja no se ha podido demostrar. En la Cuenca de Pamplona, existen bastantes Concejos cuyos sufijos acaban en "ain" y "ano": Asiáin y Lizasoáin (término de Olza), Barbatáin y Beriáin (término de Galar), Astráin, Muru-Astráin, Guenduláin, Undiano y Paternáin (término de Cizur), Ainhoáin, Berrioplano y Ballariáin (término de Berrioplano), Badostáin y Elcano (término de Egüés), Maquirriáin (término de Ezcabarte), Guerendiáin, Noáin, Imarcoáin y Otano (término de Elorz), Ilundáin, Labiano y Laquidáin (término de Aranguren), además de Ansoáin, Belascoáin y Barañáin.

Una vez realizada la prospección ha sido mínimo el número de lugares, con estos sufijos, donde se han localizado yacimientos arqueológicos: Muru-Astráin, Guenduláin, Guerendiáin, Laquidáin y Ansoáin. Sin contar la cueva de Guerendiáin, los otros núcleos de poblamiento rural no son tan importantes como para pertenecer a un gran fundus, ni dan motivo para pensar que un "domus" vivía en estas tierras en la zona residencial de una "villa", explotando un gran territorio, ya que carecen de todos los elementos necesarios para ello: importancia del material, existencia de estructuras, grandes dimensiones, etc.

c) *Villa rustica*. Al hilo de lo anterior, parece claro que aquellos yacimientos localizados considerados como "villae" corresponden al tipo de "villa rustica", ya que carecen de zona residencial, y cuya labor sería la explotación agropecuaria del territorio, a un nivel tanto de autoabastecimiento, como de venta de los excedentes a un núcleo más importante, posiblemente la ciudad de Pompaelo.

Este argumento lleva necesariamente a plantearse una pregunta: ¿dónde vivían los dueños de esas explotaciones?. La respuesta es incierta, pero lo más seguro que en la ciudad próxima, en Pompaelo, lugar donde tenían acceso a toda clase de productos y desde donde podrían dirigir el control de sus tierras.

d) *Vías*. Pompaelo y sus alrededores estaban bien comunicados en época romana, ya que por la urbe pasaban o terminaban algunas de las vías mencionadas tanto por los autores clásicos, como por la bibliografía moderna. Sin embargo, este factor no debió ser el determinante a la hora de elegir la ubicación de los asentamientos, dada la escasez de los mismos.

En el Itinerario de Antonino se menciona la vía nº 34, de Asturica a Burdigalia, la cual pasaba por Araceli (Huarte Araquil), Alantone (Atondo), Pompelone, Iturissa y Summo Pyreneo. En la zona comprendida entre Pompaelo y Atondo se concentran varios de los yacimientos catalogados como tales: *Isterria* (Ibe. 1, Nº 234), *Molino de Ibero* (Ibe. 2, Nº 235), *Zoko* (Och. 1, Nº

216) y *Maskarreta* (Och. 4, N° 219). Además investigaciones recientes, que se publicarán próximamente, parecen discernir en foto aérea un camino antiguo por la zona donde debía discurrir dicha calzada.

Otra vía que termina en Pompaelo es la de las Cinco Villas (Aguarod, M. C. y Lostal, J. 1982; Pérex, M. J. 1986 y Sayas, J. J. y Pérex, M. J. 1987) que aparece mencionada en el Anónimo de Rávena, itinerario que describe el camino entre Caesaraugusta y Pompaelo. La vía se bifurcaba en dos: a) La vía del Ravenate iría a Pompaelo por Cara. El problema radica en cómo se hacía la unión entre Cara y Pompaelo. Para algunos autores (Miguel de Hermosa, A. R. de 1991-1992) la calzada atravesaba el Cidacos en Pitillas y por Olite y Tafalla, cruzando la Sierra de Alaiz y el valle del Elorz llegaba a Pompaelo. Sin embargo, recientes hallazgos epigráficos en Olite, Tafalla y Pueyo de estelas funerarias, yacimientos, miliarios de Augusto y Tiberio y restos de posibles calzadas, junto con el recinto amurallado de Olite, hacen pensar en que la unión hacia Pompaelo se hacía a través del cauce del río Cidacos (Canto, A. et alii, 1998). Si el trazado fuese por la Sierra de Alaiz y el valle de Elorz, podríamos decir que en su recorrido habría dos yacimientos correspondientes a la Cuenca de Pamplona, *Morea* (Tel 1, N° 176) y *Diablozulo* (Gue 2, N° 172), situados respectivamente en los dos lugares mencionados.

b) La vía de las Cinco Villas que desde tierra aragonesa llegaba a Pompaelo a través de Liédena y Monreal. Entre Monreal y Pamplona se halla el grupo de yacimientos de *Moraun I* (Ard. 1, N° 139), *Osangoa I* (Ard. 2, N° 140), *Osangoa II* (Ard. 3, N° 141), *Melaga* (Ard. 6, N° 144) y *Monte Chiquito* (Laq. 2, N° 50). Sin embargo, como el recorrido exacto de dicho camino es desconocido, pudiera ser que todos estos lugares estuviesen muy alejados del mismo, o por el contrario, próximos algunos de ellos.

Sayas y Pérex (Sayas, J. J. y Pérex, M. J. 1987) hablan de otra vía que cita Estrabón, cuyo punto de origen es Ilerda y el final Tarraco y Osca. Esta vía afecta a Pompaelo, por lo que suponen que bajaba de Osca a Caesaraugusta y de allí a Pompelone a través de las Cinco Villas, por lo que el recorrido final sería similar al anteriormente descrito.

Otras vías serían la de la margen derecha del Arga (Altadill, J. 1928) que discurre por Ibero, Puente la Reina, Cirauqui, Andión y Larraga, que posteriormente ha sido revisada por Pérez de Laborda (Pérez de Laborda, A. 1985). En lo que afecta a la Cuenca de Pamplona, encontramos los yacimientos de *Isterria* (Ibe. 1, N° 234), *Molino de Ibero* (Ibe. 2, N° 235), *Abrigo de la Peña del Cantero I* (Ech. 2, N° 115) y *San Cristóbal* (Vid. 1, N° 136), todos en la margen derecha del río Arga.

5.3. Conclusiones

El poblamiento romano de la Cuenca de Pamplona es disperso, poco importante, a juzgar por lo que ha llegado hasta la actualidad y escaso en número, a diferencia de lo que ocurre en etapas anteriores y posteriores.

Junto a la ciudad de Pompaelo, existe un poblamiento rural formado por algunas "villae" y "granjas" que se distribuyen a lo largo y a lo ancho del territorio en estudio, romanizando los núcleos indígenas de la Edad del Hierro y por ello, reaprovechando, en muchos casos, los mismos núcleos habitados en la época precedente.

Sin embargo, la ausencia de una serie de elementos, especialmente los de tipo estructural, de los que no quedan ni siquiera las típicas "tegulae" de las techumbres, avalan un habitat, en general, poco duradero en el tiempo. Quizás se tratase, en la mayor parte de los yacimientos, de pequeñas granjas cuyos habitantes residieron de forma temporal y explotaron los recursos del entorno durante un tiempo muy corto.

Esta hipótesis difiere de lo que viene siendo habitual en otras zonas de Navarra y en general en el mundo romano. Alrededor de las ciudades suele haber un buen número de "villae" de distinta categoría e importancia, que abastecen a la ciudad de los recursos agropecuarios que a ésta le faltan, estableciéndose un intercambio mutuo de productos a dos niveles. Así ocurre en torno a Cascante, Cara, Turiaso y un largo etcétera.

Además la Cuenca de Pamplona es una zona rica en recursos naturales, donde la abundancia de agua, tanto superficial (ríos Arga, Araquil, Elorz, Juslapeña, etc. y abundantes regatas), como subterránea es una fuente inagotable de vida. Así lo debieron sentir los habitantes que ocuparon estas tierras desde el Paleolítico a la Edad del Hierro, mientras que en época romana no debió constituir una fuente de atracción para el asentamiento.

Lo mismo sucede con la agricultura. Las amplias extensiones de la Cuenca, formada por suelos aptos para esta actividad y que en aquellos tiempos permanecería sin excesiva vegetación, posibilitarían una mayor explotación de la que parece haberse producido. Simplemente se aprecian tímidos indicios de la misma, como la presencia de algún molino. Probablemente, ante estos escasos datos el autoabastecimiento, salvo en casos concretos, sería el interés general de sus habitantes. En resumen tampoco debió interesar en época romana la explotación agrícola de la Cuenca de Pamplona.

La única pauta que siguen los yacimientos romanos de la zona en estudio, es la de asentarse en las proximidades de las vías de comunicación, como ya se ha comprobado en el apartado correspondiente. Las distancias de los yacimientos a las mismas es difícil de comprobar, máximo cuando no se conoce su trazado exacto, sino simplemente que discurrían entre tal y tal población.

Todo lo dicho anteriormente es un exponente claro de que la mayor parte de la población romana del momento vivía en la ciudad de Pompaelo, dedi-

cada a otras actividades distintas de las agropecuarias. Al tratarse de una urbe de nueva fundación, sería necesaria mucha mano de obra para construir tanto los edificios públicos, de los que sin duda había en la ciudad (macellum, restos de columnas monumentales, estatuas colosales de bronce, etc.), como las casas particulares para los distintos estratos de la sociedad (Castiella, A. 1991-92). Otra actividad que se pudo desarrollar fue la industria, de la que no hay datos y el comercio, mediante el intercambio de productos de lujo (cerámicas, etc.) y otros necesarios (aceite, garum, etc.).

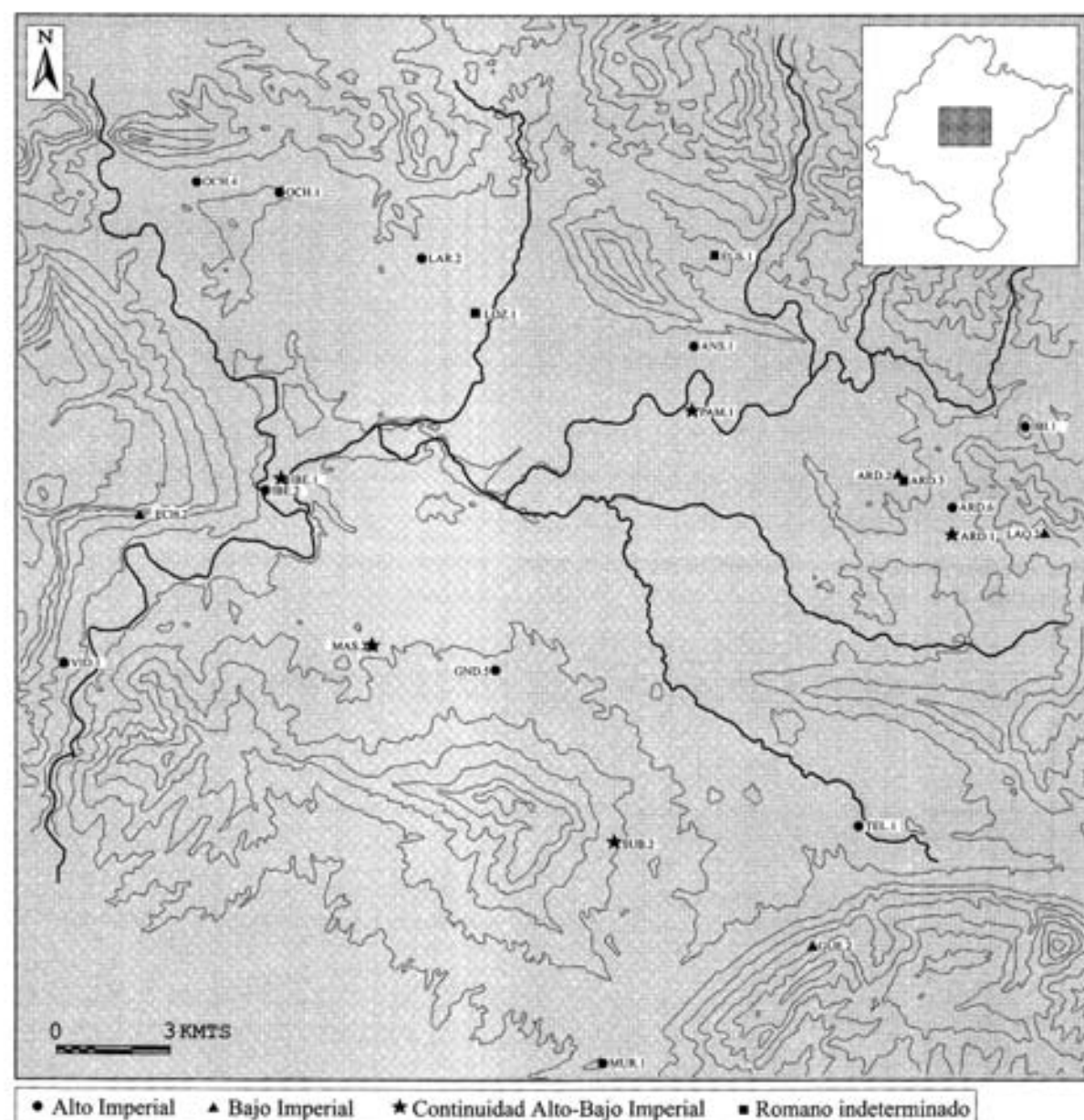


Figura 33. Distribución de los yacimientos de época Romana en la Cuenca de Pamplona.

6. DESDE LA TARDOANTIGÜEDAD A LA BAJA EDAD MEDIA

6.1. Introducción

Abordamos la última etapa de nuestro trabajo, comenzando por el análisis del poblamiento medieval, a partir del momento tardoantiguo hasta la integración del Reino de Navarra en la Corona de Castilla. Incluimos por tanto el periodo hispano-godo, débilmente representado en la secuencia ocupacional de la Cuenca de Pamplona y en todo el territorio navarro.

El abundante caudal de fuentes escritas existentes en los archivos documentales de Navarra, recopiladas y analizadas durante años por los medievalistas, han resultado de gran ayuda a la hora de reconstruir esta parcela de nuestro pasado, principalmente en lo referente a los siglos XII a XIV. Esta abundancia de información se ve contrastada con la escasez de la misma cuando estudiamos momentos anteriores, especialmente la etapa tardoantigua. Si a esto añadimos la falta de suficientes datos arqueológicos, no sólo en la Cuenca de Pamplona sino en toda Navarra, resulta realmente complicado analizar los modos de vida o poblamiento y las formas de territorialidad usadas en el periodo comprendido entre el final de la etapa romana y el establecimiento de las instituciones y modos de vida altomedievales.

Además de la información escrita, contamos también con los datos procedentes de las excavaciones arqueológicas realizadas principalmente en el subsuelo de Pamplona. Las realizadas en 1895, cuyos resultados publicados por Ansoleaga, F. e Iturralde y Suit, J., ofrecen una importante información sobre la necrópolis visigoda localizada en las inmediaciones de la actual plaza de toros. A lo largo del presente siglo, han sido numerosas las intervenciones llevadas a cabo en distintos lugares del casco viejo de la ciudad, sobre todo en el subsuelo de la Catedral y sus alrededores con el fin de estudiar la Pamplona romana, evidenciándose en primer lugar los niveles medievales de los siglos XIII y XIV. En los últimos años la remodelación y peatonalización de la zona antigua de la ciudad, está sacando a la luz numerosos restos del pasado medieval, como hemos reflejado en la ficha correspondiente de Pamplona. Estas intervenciones han permitido la localización de numerosos tramos de las murallas medievales que separaban los tres burgos de la ciudad. Por último, mencionaremos de

nuevo la excavación realizada por el equipo de este proyecto en el castillo de *Tiebas* (Tie.1, N° 18), cuyos resultados han sido de interés tanto para el momento medieval como para la Edad del Hierro, y las labores de limpieza realizadas en los castillos de *Orarregui* (Ilz. 1, N° 262) y *Garaño* (Sal. 1, N° 265), que nos han permitido reproducir sus plantas.

Como hemos señalado anteriormente, la etapa tardoantigua resulta un periodo poco conocido de nuestra historia, pudiéndose contabilizar apenas tres lugares dentro de nuestra geografía pertenecientes a él. Si a esta circunstancia añadimos la de la propia naturaleza de los hallazgos, ya que todos ellos corresponden a necrópolis, resulta si cabe, más complicado analizar el tipo y estructuras de poblamiento y su organización dentro del marco geográfico previsto para este proyecto. En el espacio temporal que ahora nos ocupa, la Cuenca de Pamplona se convierte en una zona de paso para los contingentes de vándalos y alanos que cruzan los Pirineos por Roncesvalles. Así mismo, el principal contingente de visigodos penetró en la Península Ibérica por este punto. Sin embargo, tal y como señala J. M. Lacarra (Lacarra, J. M. 1976), son pocos los que se instalan y asientan en estas tierras, manteniéndose un núcleo poblacional principalmente vascón, tal y como se desprende de los restos recuperados en la necrópolis de *Pamplona* (Pam. 1 N° 11). Las apariciones de Pamplona en esta etapa son realmente esporádicas. Sabemos de la presencia de obispos pamplo-neses a los concilios toledanos de los años 589, 592, 681, 683 y 693. Como señala A. Azkárate (Azkárate, A. 1993), estas ausencias y presencias en los concilios han sido interpretadas como indicador de la dependencia política intermitente respecto a Toledo. No obstante, es conocida, y así lo relatan los autores antiguos, la resistencia y rebeldía de los vascones. Prueba de ello son las fundaciones por parte de Leovigildo de *Victoriacum* (Vitoria o Iruña/Veleia), en el año 581 para defender el norte de Castilla, y la de *Oligitum* por *Suintila* en el año 621, reconstruyendo la antigua fortificación de *Olite*, para reforzar la posición de Pamplona. A pesar de esta resistencia política, se tiene constancia, a través de los materiales recuperados en las dos necrópolis localizadas en la Cuenca de Pamplona, de la relación cultural con gentes tanto del norte como del sur.

Los datos disponibles referentes a los siglos siguientes, proceden principalmente de las crónicas musulmanas que relatan las campañas contra los reinos cristianos del norte. Por ellas conocemos que Rodrigo se encontraba combatiendo a Pamplona cuando *Tarik* entró en la Península. Desde su primer sometimiento a los musulmanes en el año 718 hasta su expulsión de Pamplona en el siglo IX, no poseemos datos arqueológicos en la zona. Tras este primer periodo de dominación musulmana realmente inestable, se sucedieron las campañas de castigo realizadas en el siglo X contra el reino pamplonés, cuyo principal objetivo era debilitarlo militarmente destruyendo y desmontando sus lugares fortificados de mayor importancia.

No conservamos restos arqueológicos que podamos adscribir con absoluta seguridad a esta etapa, pero sí poseemos dentro de la Cuenca de Pamplona vestigios constructivos que podemos asociar a este momento, tal y como se

refleja en apartados posteriores, y en las fichas del catálogo de los castillos en cuestión. Poco conocemos de Pamplona y su espacio geográfico circundante, en lo que a estructuras de poblamiento se refiere. Por los datos aportados en las crónicas musulmanas, podemos considerar que en la Cuenca existirían pequeños poblados de ámbito rural, en la mayoría de las ocasiones asociadas a la presencia de castillos o monasterios. Sobre Pamplona, podemos considerar que estaría constituida por un pequeño núcleo correspondiente a lo que hoy es la Navarrería, que albergaría un número pequeño de habitantes. Sin duda la visión de la cuenca en los siglos IX y X era bastante diferente a la que tenemos hoy en día, y posiblemente la abundancia de vegetación en los numerosos cerros y altozanos del entorno, ofrecerían una impresión de territorio montañoso y áspero. A este respecto, poseemos una descripción de los habitantes de Pamplona procedente del *Kitab ar-Rawd al Mitar*, reproducida por A. Cañada (Cañada, A., 1976a) y que mostramos a continuación: "... Se encuentra en medio de altas montañas y valles profundos; está poco favorecida por la naturaleza. Sus habitantes son pobres, no comen lo suficiente y se entregan al bandolerismo. La mayor parte de ellos habla el vasco (*al-bashkiya*), lo que les hace incomprensibles. Sus caballos tienen pezuñas muy duras, dada la aspereza de su comarca ...". Hemos de tener en cuenta, que dicha visión, aunque posiblemente acertada en algunos aspectos, no deja de ser la impresión de una persona que está describiendo un territorio enemigo que durante mucho tiempo les ha sido hostil, y como tal hay que interpretarla.

Dentro del espacio territorial navarro Altomedieval, el medievalista A. Martín Duque, advierte que cabe distinguir cuatro sectores perfectamente diferenciados: La "Navarra nuclear"; Las "tierras nuevas" y riberas medias; La ribera tudelana y Los dominios ultrapirenaicos. La Cuenca de Pamplona estaría integrada en la primera de ellas, siendo esta última una encrucijada geográfica natural compuesta de una variada trama de cuencas interiores, valles transversales y corredores longitudinales, que organizó el espacio originario del *regnun pampilonensis*.

Sus límites estaban ya perfectamente diferenciados, en el Fuero General de Navarra (siglo XIII), así Idoate F. señala que a pesar de los datos, más o menos precisos, el texto foral señala: "*Dizir uos hemos qual es la Quenca de Pampola: de Sant Martín d'Aspa ata Irurlegui et Renega, la puente de Blascoayn, Osquiat, Eçkauart. Esti comeio es la Cuenqua de Pamplona*" (Idoate, F. 1973). En el *Registro de Comptos de 1280* la Cuenca de Pamplona estaba compuesta por los siguientes lugares: *Aztarrayn, Hundiano, Baternayn, Heulça, Ecoyen, Atando, Ordiriz, Aldava, Artazcoiz* (Zabalo, F.J. 1972). En el *Libro de Fuegos de 1366*, los términos que agrupa son: *Elcart, Oteyça, Aynazcar, Bayllarin, Berrio de Suso, Ayçoayn, Berrio de la Plana, Sanssoaynn, Loça, Saillinas, Olça, Ordiriz, Esparça, Orquoyen, Aldaua, Suuiça, Olaz, Lerraga, Arlegui, Yuero, Liçassoayn, Assiayn, Ochoui, Yçu, Aldaz, Eriçe, Artiça, Ororiuia, Sarassa, Araçur, Artazcoz, Çuazti, Guendullayn* (Carrasco, J. 1973).

Sus estructuras socio-económicas en ocasiones serán herederas de las tardorromanas e hispano-godas, en otros casos su implantación será exclusivamente medieval. Así en los primeros siglos del Medievo nos encontramos con un sistema agrario-señorial de ocupación del suelo, con una sociedad eminentemente rural repartida en pequeños asentamientos o *villae*, unidades económicas y sociales perfectamente diferenciadas, situadas alrededor de Pamplona, e integradas en los dominios directos de la monarquía. A su vez estos pequeños establecimientos se agrupaban en nuevos distritos denominados "tenencias", encomendadas en *honor* o beneficio a la aristocracia, la cual ejercía de "tenente" con las funciones de un gobernador con poderes administrativos y militares.

En ocasiones, como ocurre en este área geográfica, dentro de su jurisdicción defendiéndola se encontraba un castillo que se convertía en punto central y sede de la tenencia. Este régimen de tenencias va a transformarse, con la llegada de la dinastía de Champaña al trono a comienzos del siglo XIV. El territorio pasará a organizarse, según el modelo francés, en amplias circunscripciones territoriales denominadas "merindades" (de las Montañas, Sangüesa, Estella, Tudela y Ultrapuertos), de las cuales ya se hace mención desde 1346. Estas estarán dirigidas por el "merino", el cual contará con competencias administrativas y militares, pasando los castillos a manos de los "alcaides". La Cuenca de Pamplona estaría integrada en la Merindad de las Montañas, recogida como una "sozmerindad". Estas estructuras organizativas del territorio, serán el germen de su actual configuración en valles y cendeas. En este trabajo hemos justificado la superficie establecida en el capítulo correspondiente y esos serán los límites en que ahora nos moveremos.

6.2. Registro arqueológico

De los múltiples aspectos que puede afrontar la arqueología medieval actual, en el caso que nos ocupa, y teniendo como complemento los datos extraídos de las fuentes documentales, trataremos: los despoblados, monasterios, lugares fortificados y necrópolis, cuya dispersión podemos ver en la Figura 34.

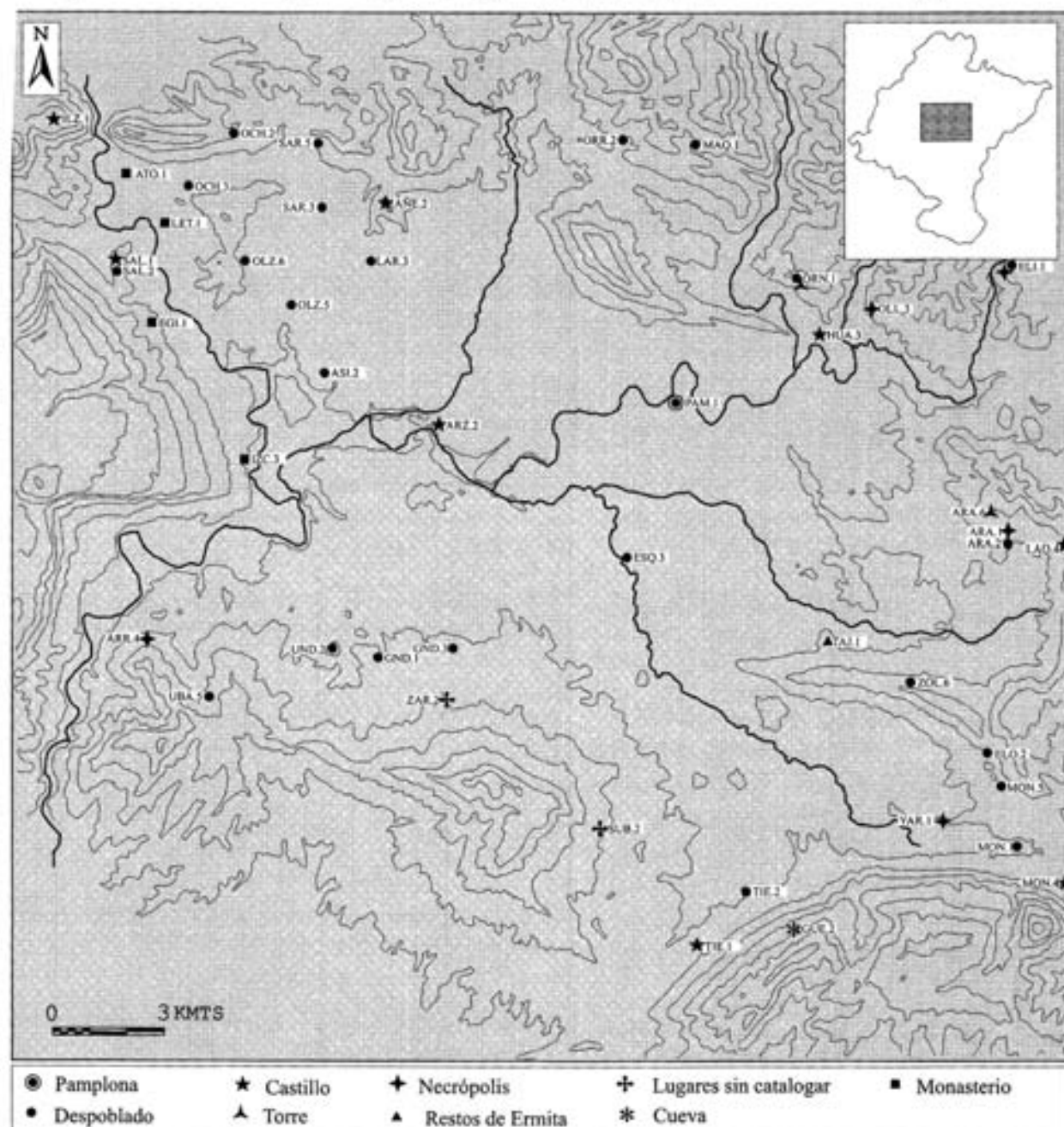


Figura 34. Localización de los yacimientos de época medieval.

— Despoblados

En primer lugar y en cuanto al fenómeno del despoblamiento, tal y como ha sido tratado por los medievalistas navarros, recordemos que está presente desde comienzos de la Edad Media, generalizándose durante los siglos XIV y XV por toda Europa Occidental. Sus factores generales desencadenantes serán: las epidemias, los conflictos bélicos y las transformaciones en el ámbito social agrícola. Navarra no queda al margen de este proceso, prueba de ello son la multitud de lugares despoblados extendidos por toda la geografía navarra sobre todo a partir del siglo XIV a causa de la peste de 1348. Otros hechos constatados que también han influido en este proceso, son la invasión castellana de 1378 y la guerra con Castilla entre 1429 y 1430. A pesar de todo, según A. J. Martín Duque, esta despoblación no revelará una caída del poblamiento sino que por el contrario, y en términos absolutos, significará un crecimiento económico y demográfico, basado en la búsqueda de nuevos modelos de reagrupamiento social. Debemos tener en cuenta que el abandono no se produce de golpe, a pesar de que pueda existir algún caso, sino que su despoblación se producirá de manera progresiva, paulatinamente, siendo difícil determinar arqueológicamente el momento exacto de su abandono.

Como bien señala C. Jusué en su estudio sobre los despoblados localizados en el Valle de Urraul Bajo (Jusué, C. 1988), uno de los problemas con el que nos encontraremos, el más importante sin duda, será la identificación cronológica de los despoblados ya que en muchos casos solamente dispondremos de los datos extraídos del registro documental, los cuales en la mayoría de las ocasiones simplemente se limitan a recoger su existencia.

En el caso concreto de los yacimientos localizados y tratados en el presente estudio, su ubicación arqueológica y cronológica se ha fundamentado en:

Los datos extraídos de la toponimia y la cartografía. Como ejemplos más destacados cabe mencionar los de "*San Jorge*", advocación bajo la que estuvo consagrada su iglesia y que da nombre al cerro en el que se situó el despoblado de *Oiarza* (Und. 2, N° 92); "*San Marcos*", cerro en que se emplazaba el despoblado de *Espilce* (Esq. 3, N° 99); "*Santa Catalina*" paraje en el que se ubicó *Sarluz* (Sar. 3, N° 223); "*Santa M^a de Gaztelu*" (Taj. 1 N° 53), donde se situó la ermita del mismo nombre; y "*Murcopea*" y "*Murcogibela*" que junto a los de "*Sandañaco Aldapa*" y "*Camino de Sandaña*" se refieren a los despoblados de *Murco* (Ato. 1, N° 208) y *Sandaña* (Sar. 5, N° 225) respectivamente.

La presencia en los solares existentes, de ermitas herederas de los antiguos templos parroquiales, destacando las de Santa María de Artiza pertenecientes al despoblado de *Artiza* (Och. 3, N° 218), San Juan Bautista a *Idoy* (Zol. 6, N° 61), San Salvador a *Sandaña* (Sar. 5, N° 225), Done Anso a *Nuin* (Gnd. 1, N° 82), La Purísima Concepción a *Naguiz* (Maq. 1, N° 86). En ocasiones estas aparecen transformadas en cementerios, como ocurre en los despoblados de *Lecoate* (Olz. 6, N° 254) y *Elizaberria* (Izc. 3, N° 244).

La localización de vestigios constructivos significativos, como los restos de torreones, en el caso del despoblado de *Egunzun* (Orn. 1, N° 87); y de templos románicos abandonados, en los casos de *Garitoain I* (Mon. 1, N° 6), *Iharte* (Let. 1, N° 215), *San Bartolomé de Ate* (Olz. 5, N° 253), *Elizaberria* (Izc. 3, N° 244) y *Elegui* (Orr. 2, N° 89). Mención a parte merecen los restos del templo pertenecientes al despoblado de *Iharte* (Let. 1, N° 215), donde se pueden apreciar fragmentos de una serie de pinturas, que reproducimos en la correspondiente ficha, en un precario estado de conservación, y que comentamos en el apartado dedicado a los monasterios.

La recuperación sobre el terreno de material arqueológico, sobre todo restos cerámicos y metálicos en los despoblados de *Arbiain* (Mon. 5, N° 10), *Artiza* (Och. 3, N° 218), *Sarluz* (Sar. 3, N° 223), *Garitoain I* (Mon. 1, N° 6), e *Iriberri I* (Ara. 2, N° 34) como ejemplos más destacados.

En total, en el ámbito territorial de la Cuenca de Pamplona, han sido localizados 26 despoblados, incluyendo monasterios, de los 34 citados en la documentación consultada (Vid. Figura 35). Aunque hemos dedicado un apartado a los monasterios, los incluimos en esta sección en sus aspectos más generales, por estar directamente asociados a los despoblados tratados. En cuanto a su ubicación, en la mayoría de los casos es periférica, más o menos alejados de la capital, observándose una preferencia por los sectores de ladera y pequeñas elevaciones, aunque tampoco faltan los localizados en zonas llanas. Es frecuente la localización de los lugares catalogados, en las cercanías de corrientes fluviales o antiguas vías de comunicación. Hoy en día como acceso al despoblado de *Idoy* (Zol. 6, N° 61) en el Valle de Aranguren, se conserva el denominado "*Idoy bidea*", el cual en alguno de sus tramos mantiene parte del empedrado que lo recubría, al igual que ocurre con el "*Camino de Sandaña*" que da acceso al despoblado del mismo nombre. Junto a ello destacan los lugares situados en las inmediaciones del camino de Osquia a Pamplona, una de las principales vías que discurrían por el norte de la Cuenca de Pamplona. Son los despoblados de *Lecoate* (Olz. 5, N° 254) y *Ate* (Olz. 4, N° 253). Posiblemente, según los datos que se desprenden del estudio de Alberto Cañada, esta fuese la ruta tomada por las tropas musulmanas en la etapa que discurrió entre Pamplona y Sajrat Qais en el año 924 (Cañada, A., 1976.a).

Como se ha indicado anteriormente, algunos enclaves de los que teníamos noticias han quedado sin localizar o no han sido considerados como tales, por falta de evidencias suficientes. Del despoblado de *Acella*, situado en las proximidades de Pamplona, entre los ríos Sadar y Elorz, junto al Camino de Santiago, no ha sido hallado ningún vestigio que indicase su localización. En la cendea de Iza, según los datos extraídos de la documentación, se despoblaron a lo largo de la Edad Media: *Atea*, *Artiza*, *Ezquiaga*, *Iharte*, *Murco*, *Osquiatea*, *San Andrés*, *Sandaña* y *Sarluz*. De todos ellos, han sido localizados *Artiza* (Och. 3, N° 218), *Iharte* (Let. 1, N° 215), *Murco* (Ato. 1, N° 208), *Sandaña* (Sar. 5, N° 225), y *Sarluz* (Sar. 3, N° 223). Los datos recopilados del despoblado de *Ezquiaga* son ciertamente confusos. Sus restos estuvieron probablemente situados en el

término de Lete, ya que la documentación los cita conjuntamente. J. M. Jimeno Jurío, añade la posibilidad de que el despoblado de San Andrés, en las inmediaciones de Iharte pudiera haber suplantado el nombre del lugar de Ezquiaga. Estuvo entre las posesiones del Priorato de Yarte y del Monasterio de Irache. Dada la antigüedad de su despoblación y la espesa vegetación presente actualmente en el supuesto lugar, no se ha localizado ningún resto que se pueda asociar con dicho despoblado. Así mismo, según los datos aportados por Jimeno Jurío, un vecino de Lete, aseguraba que la iglesia de San Andrés estuvo cerca de la granja, al sur, junto al empalme de la carretera de Lete con la de Astrain-Irurzun. Prospectada la zona, no se ha conseguido identificar ningún resto relacionado con tal noticia.

En el Valle de Aranguren, podemos destacar entre los enclaves que no han sido localizados, el lugar de Larreko Dorre o Larrekodorrea, el cual estuvo situado según la cartografía y toponimia, a la izquierda del paraje denominado "Landabarren", término de Zolina, y el "Camino de Pamplona", en un área comprendida entre dicho camino le límite del término de Zolina y el río Sadar. La totalidad del sector ha sido exhaustivamente prospectado, con resultados negativos. Dada su denominación y la ausencia de vestigios, podría tratarse de una construcción de carácter estratégico, dado el amplio sector de terreno que domina.

En los despoblados localizados, a pesar de los escasos vestigios constructivos localizados en superficie, se puede establecer, en algunos lugares, aproximadamente su extensión y en ocasiones su estructura interna. Así los despoblados de *Elegui I* (Orr. 2, N° 89), *Egunzun* (Orn. 1, N° 87) y *Naguiz* (Maq. 1, N° 86) en el Valle de Ezcabarte, e *Idoy* (Zol. 6, N° 61) en el Valle de Aranguren, cuyos escasos restos afloran sobre el terreno, permiten considerar que estos lugares estaban compuestos por un número reducido de edificios, rodeados por una serie de terrenos bajo su dominio, los cuales en algunos casos han perdurado hasta nuestros días, como ocurre con los términos del despoblado de *Artiza* (Och.3, N° 218), *Nuin* (Gnd.1, N° 82) y *Oyarza* (Und.2, N° 92), de los cuales hoy en día se conocen sus antiguos límites territoriales. Todo ello se corresponde con la descripción realizada por los historiadores que, en base a las referencias documentales, han caracterizado una serie de pequeños asentamientos o villas que se extendían por el conjunto de la Cuenca.

El estado de conservación de todas las estructuras catalogadas es realmente precario. Debido a su antigüedad y una serie de factores negativos que han incidido en la desaparición de los lugares: extracción de sillería, desmantelamiento de templos y construcción de nuevas edificaciones, solamente en 9 de los yacimientos localizados puede observarse algún tipo de estructura constructiva en superficie de relevancia. Entre estos, destacamos los despoblados del Valle de Ezcabarte: *Naguiz* (Maq. 1, N° 186), *Elegui* (Orr. 2, N° 189) y *Egunzun* (Orn.1, N° 187), en cuyos solares pueden observarse cimentaciones y alzados de viviendas, restos de los templos parroquiales y la estructura principal de un torreón (Vid. Figura 35).

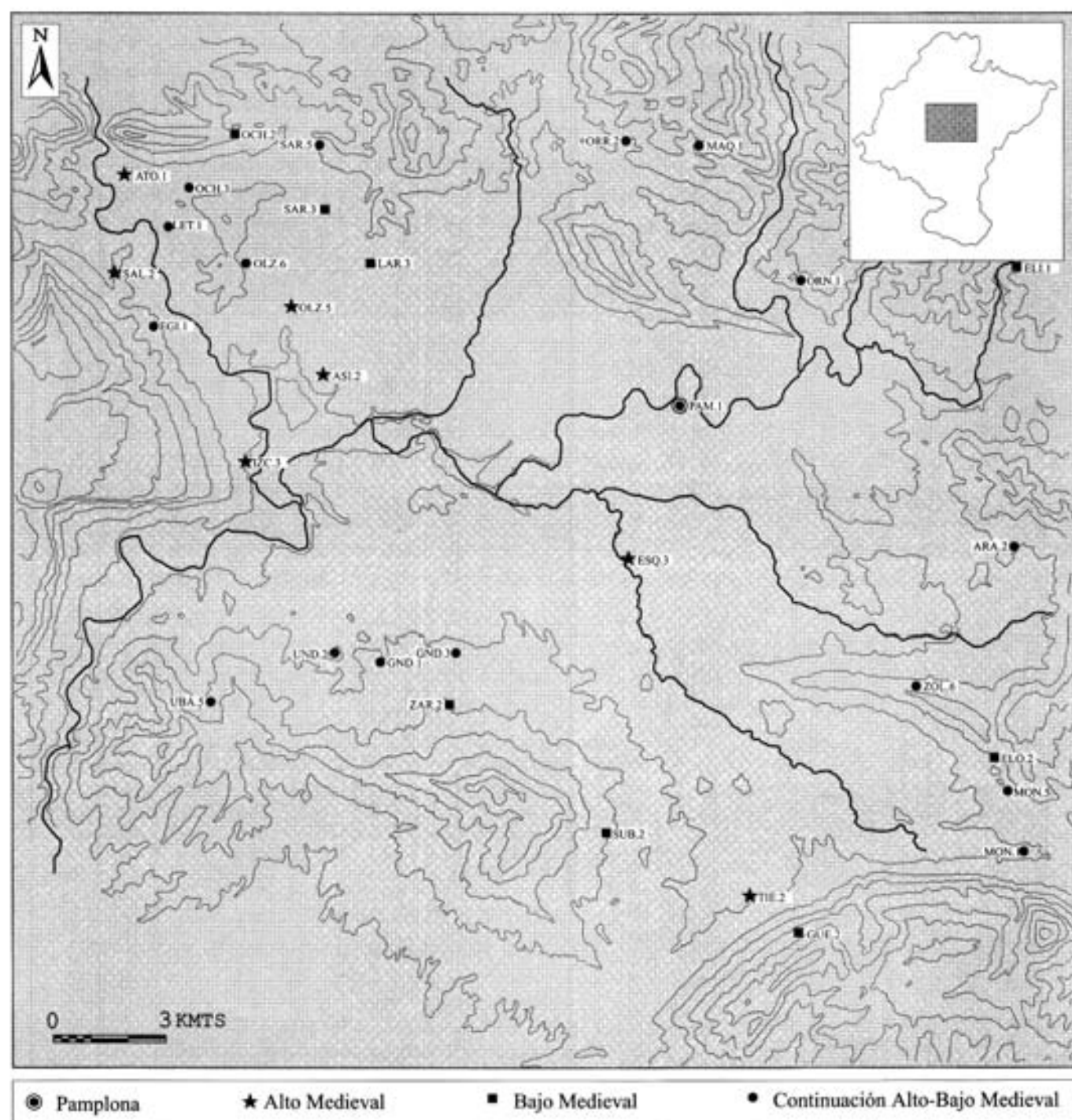


Figura 35. Dispersión de lugares deshabitados localizados en la Cuenca de Pamplona.

También hay que mencionar los restos románicos (crismón y ménsula) pertenecientes al templo del despoblado de *Garitoain* (Mon. 1, N° 6), reutilizados hoy como material constructivo en la corraliza que actualmente ocupa el solar. En el resto, solamente restan amontonamientos de sillería o líneas de muros cubiertas por la abundante vegetación, en los que se hace incluso difícil determinar la orientación, longitud y anchura de los mismos.

— Monasterios

Debemos hacer mención también a la presencia de pequeños monasterios en el espacio geográfico que nos ocupa, principalmente en el sector norte de la Cuenca (Valle de Ollo y Cendeas de Iza y Olza), destacando los de *Iharte* (Let. 1, N° 215) y *Murco* (Ato. 1, N° 208) en Iza, *Elizaberria* (Izc. 3, N° 244) en Olza y *Ceia Zaharra* (Egi. 1, N° 261) en Ollo, en cuyo solar se conservan los restos del templo parroquial de Santa Engracia (Vid. Figura 34). Se trataba de pequeñas fundaciones monásticas que tenían bajo su dominio un sector del territorio circundante, pero que en todos los casos dependían a su vez de centros religiosos más importantes como los de Leyre, Irache, Roncesvalles, San Miguel in Excelsis y la Catedral de Pamplona.

En el interior de la iglesia de *Iharte* (Let.1, N° 215), en la zona del crucero, se conservan fragmentos de pinturas góticas, que reproducimos en la correspondiente ficha, datables en el siglo XIV. Su estado de conservación es bastante malo, y apenas se distinguen la figura de un ángel y la de una santa mártir, enmarcada por un arco trilobulado. Como se menciona en el Catálogo Monumental de Navarra, es una pintura de estilo lineal "de dibujo firme pero de recursos técnicos muy limitados, dotada de gran ingenuidad" (García, M^a C. 1996).

Al igual que ocurre con los despoblados, en el caso que nos ocupa, también han quedado lugares citados por la documentación sin localizar. Se trata de los Monasterios de San Pedro de Atea y Santiago de Osquiatea, que Jimeno Jurío localiza en las inmediaciones del paso de Osquía, sin realizar mas precisiones. El citado autor incluso da una serie de datos sobre los restos constructivos existentes en la zona y que pudieran pertenecer a estos lugares. Restos que dadas las dificultades de acceso y la escasa visibilidad de la zona, no pudieron ser localizados.

— Necrópolis

Bajo este epígrafe abordaremos el estudio de una serie de lugares que por sus características formales y tipológicas pueden encuadrarse dentro de los lugares sacros de la Tardoantigüedad, la Alta y Baja Edad Media.

La aparición de la necrópolis visigoda de *Pamplona* (Pam. 1, N° 11), supuso una aportación importante al estudio arqueológico de esta etapa de la

historia, que en Navarra cuenta con escasísimos restos. Durante el proceso de prospección tuvimos la oportunidad de confirmar la ubicación de otra necrópolis perteneciente a este período, ya publicada por A. Azkárate (Azkárate, A. 1993), gracias a las indicaciones de J. Martínez Choperena. Se trata de la necrópolis de *Buzaga* (Yar. 1, N° 177), situada en el Valle de Elorz, en el término de Yarnoz. Se trata de una pequeña loma roturada, desde la que se tiene un control perfecto de gran parte del valle. Su superficie es pequeña, no ocupando más de 100m². Su ubicación se determinó gracias a la localización sobre el terreno de varios huesos muy fragmentados, algunos dientes humanos, dos broches de cinturón y un remache, que analizaremos en el apartado correspondiente a materiales.

Poco podemos decir de la estructura y disposición interna de esta necrópolis, ya que está todavía sin excavar y sólo disponemos de los datos de superficie. Sin embargo, a la vista de los materiales aportados, se puede considerar que no sería muy diferente de las conocidas en el territorio navarro o en otros próximos. La disposición de las tumbas se realizaría de forma ordenada, alineándose generalmente de E-O, situando la cabeza a poniente, al igual que ocurre en la de *Pamplona* (Pam. 1, N° 11). El tipo de tumbas descritas en ésta última se corresponden a fosas excavadas en la tierra, recubriendo sus cuatro lados con lajas de piedra, siendo su cubierta igualmente de lajas. En cuanto a la de *Buzaga* (Yar. 1, N° 177) nada podemos decir con certeza. Sin embargo cabe destacar la gran cantidad de materiales sacados por el arado (Azkárate, A., 1993), que indudablemente ha arrasado la mayor parte del lugar, arrebatando de sus tumbas originales tanto los esqueletos como el ajuar de los individuos allí depositados. A pesar de ello, en las sucesivas visitas al lugar, no se han podido observar restos de lajas fragmentadas, resultantes de la acción destructiva del arado. En todo caso sin la, cada vez más necesaria, intervención arqueológica sobre el lugar no podemos afirmar si el tipo de sepultura sería como las encontradas en *Pamplona* (Pam.1, N° 11) o las estudiadas por Azkárate (Azkárate, A. 1993) en *Aldaieta*, Alava, en las que el cuerpo se depositaba en un ataúd de madera.

Sobre la cronología de las dos necrópolis pertenecientes a la Cuenca de Pamplona, no tenemos fechas absolutas de datación, teniendo que acudir para ello a la composición y tipología de los ajuares metálicos y cerámicos recuperados en ambas. Aunque se realizará una descripción mas detallada en el apartado correspondiente, destacaremos en éste la abundancia de armamento rescatada en los dos lugares y la variada tipología de broches de cinturón decorados, que fecharían ambos lugares entre los siglos VI y VII (Mezquíriz, M. A., 1965 y Azkárate, A., 1993).

El siguiente bloque de necrópolis localizadas dentro de los límites geográficos marcados, son tipológicamente diferentes a las ya descritas, siendo bastante posteriores en el tiempo. Todas ellas aparecen asociadas a lugares o despoblados alto y bajo medievales. Los cuatro lugares catalogados como necrópolis medievales, no se conocían hasta la fecha y han sido documentados por medio

de la prospección. A pesar de ello, gracias a su ubicación y las especiales características que ocasionaron su localización, se pueden reconocer la forma de las estructuras, técnicas de construcción, así como la posición de los cadáveres dentro de ellas.

El primer sitio *La Facería* (Ara. 1, N° 33), localizado en el valle de Aranguren, dista unos 20 metros al norte del despoblado de *Iriberri* (Ara. 2, N° 34), y bien podría ser la necrópolis de dicho lugar. Su localización se pudo efectuar por las labores de construcción de un camino parcelario, que seccionó transversalmente tres sepulturas, quedando al descubierto la estructura de la misma en el talud resultante. En el campo donde se sitúa dicha necrópolis, actualmente dedicado a labores agrícolas, no se observó ningún tipo de estructura o resto que se pudiese asociar con una ermita o iglesia.

En el valle de Esteribar, en la población de Olloqui, se localiza en la parte alta del pueblo, tras la iglesia, la segunda de las necrópolis *Bizkarra II* (Oll. 3, N° 183). Su estructura, que analizaremos más adelante, guarda una relación casi mimética con la anteriormente descrita, y al igual que esta, su localización fue posible al quedar colgadas en el talud de un camino parcelario que pasa tras la iglesia. En concreto se pueden observar, tal y como figura en la ficha correspondiente, en buen estado de conservación dos estructuras de diferente tamaño, en las que se pueden apreciar claramente los cráneos de un niño y un adulto.

En el valle de Egüés se localizó el tercero de estos lugares *Amocáin* (Eli. 1, N° 159), asociado al despoblado del mismo nombre, en el término de Elía. En dicho lugar, situado sobre una ladera de la sierra que sirve de muga al valle de Egüés y al valle de Arriasgoiti, se localizaron una serie de enterramientos situados junto a la entrada de la ermita del lugar. Al igual que en casos anteriores, fue localizado casualmente por la construcción de un camino parcelario.

El cuarto hallazgo de estas características, *Arrigorriá III* (Arr.4, N° 106), se localiza en el valle de Echauri, en término municipal de Arraiza. En este caso se identificó una sepultura junto a la ermita *Arrigorriá*, ubicada en dicho lugar, en la vertiente norte de la Sierra del Perdón, sobre una plana a media ladera de gran amplitud. El resto de la necrópolis debió de situarse entre dicha ermita y una tejería ubicada a unos 30 metros de distancia. Según información de los lugareños, en esta zona aparecieron multitud de restos óseos, cuando se realizaron las labores de construcción del camino que atraviesa el lugar. Es de suponer que aún queden estructuras intactas en las cercanías o en el interior de la ermita.

La ubicación de las necrópolis de la Cuenca de Pamplona (Vid. Figura 36), tiene en todos los casos un denominador común: la proximidad o relación directa con una ermita o templo religioso. El único caso que no se ajusta a esta característica es la necrópolis del despoblado de *Iriberri*, pero incluso en esta ocasión, por la proximidad al despoblado y por las características del lugar, no podemos descartar su relación con alguna iglesia que habría sido arrasada al igual que el despoblado, ya que el campo donde se encuentra actualmente la

necrópolis, ha sido limpiado y nivelado en el presente siglo, localizándose tanto en las proximidades como en el campo donde se ubica el despoblado, amontonamientos de piedras, algunas de ellas labradas.

En cuanto a la tipología de las sepulturas, sí encontramos una absoluta uniformidad entre las halladas en los diferentes lugares, que por otra parte, en algunos casos distan bastantes kilómetros entre sí. La cista con cubierta plana, es el tipo de enterramiento observado en todos los lugares. No podemos precisar si la planta de estas estructuras es rectangular o trapezoidal, ya que sólo disponemos de cortes transversales. Sin embargo, estos cortes sí nos permiten adivinar una posición del cadáver en decúbito supino. Las paredes de las sepulturas están hechas a base de sillarejo de piedra caliza, a modo de muretes, culminando en una cubierta plana realizada con grandes lajas de caliza. Por el tamaño de las que están en las proximidades, podemos considerar que serían 4 o 5 las lajas que formarían la cubierta. Por encima de esta cubierta, en la mayoría de los casos se conserva un metro aproximadamente de tierra, que las ha preservado de la acción del arado, por eso su localización sólo ha podido realizarse en los casos en que han sido objeto de alguna remoción importante de terreno o de la apertura de caminos parcelarios. Salvo las sepulturas que han sido afectadas por estas acciones, el resto deben de permanecer intactas.

La orientación de las sepulturas, como decíamos, es similar en todos los lugares, situando la cabeza al Oeste y los pies al Este. La explicación a esta práctica común en todos los lugares quizás debamos encontrarla, tal y como señala Kliemann, K., al relacionarla con la orientación de los altares de iglesias y ermitas. Sin embargo no podemos asegurar que la orientación de las sepulturas sea producto de una norma eclesiástica o de una práctica espontánea, a pesar de que la misma autora exponga que en el S. XII se aconsejaba "*Ponuntur mortui capite versus Occidentem et pedibus versus Orientem (Beleth)*" (Kliemann, K., 1987). Si bien la mayor parte de las sepulturas de esta época tienen una orientación similar, existe un número considerable de casos en los que la orientación es diferente, incluso en estructuras similares de entornos cercanos como es el caso de la necrópolis de Puyo excavada por Carmen Jusué, en el que se alternan tumbas con orientación O-E y N-S. Sin embargo, sí es cierto que la gran mayoría de las sepulturas estudiadas tanto en Navarra, despoblado de Arguiroz (Jusué, C., 1988), como en otros lugares de la geografía peninsular, poseen orientación O- E. Por esta razón, creemos que puede haber un patrón o práctica común en los enterramientos de esta época, resultando muy difícil precisar si ésta se debe a un aspecto tradicional o a otras causas.

Resulta difícil encuadrar estos lugares de enterramiento en un espacio cronológico concreto, en parte por la ausencia de elementos materiales de ajuar asociados a los mismos. Tan solo disponemos de datos de su relación con lugares de su entorno como ermitas, iglesias o núcleos urbanos. El único caso que no se ajusta a las características dadas es el de la necrópolis de Iriberri, que se encuentra en campo abierto, y no está relacionado con ningún tipo de estructura existente hoy día. Su único nexo datable lo constituye el despoblado

de Iriberri, distante 70 u 80 metros, del que tan solo queda un amontonamiento de sillares labrados, uno de ellos con un bajo relieve de dos hoces, y restos de vasijas diseminadas por los campos de alrededor. Según F. Idoate (Idoate, F., 1975) y J. J. Uranga (Uranga, J. J., 1954), este lugar debió despoblarse con anterioridad a 1300. La documentación y los materiales recuperados así lo atestiguan, por lo que debemos suponer que la necrópolis asociada tenga una cronología similar. El resto de necrópolis están inmersas en entornos usados en algún caso hasta el siglo pasado y en otros hasta nuestros días. Sin embargo tipológicamente son idénticas a la localizada en Iriberri, por lo que se les puede suponer una cronología similar. Así mismo debemos indicar la cronología dada a lugares en los que se han excavado estructuras de similar aspecto, tanto en Navarra (Jusué, C., 1988), como en los Valles del Ebro y Duero (Andrio, J., 1987), La Rioja (Andrés, S., 1987), Avila, (Larrén, H., 1987), o Asturias (Martínez A., 1989), en los que se aprecia un abanico cronológico que va desde el s. XI hasta el s. XIV., cronología que coincide con las noticias documentales y los restos localizados en los lugares descritos.

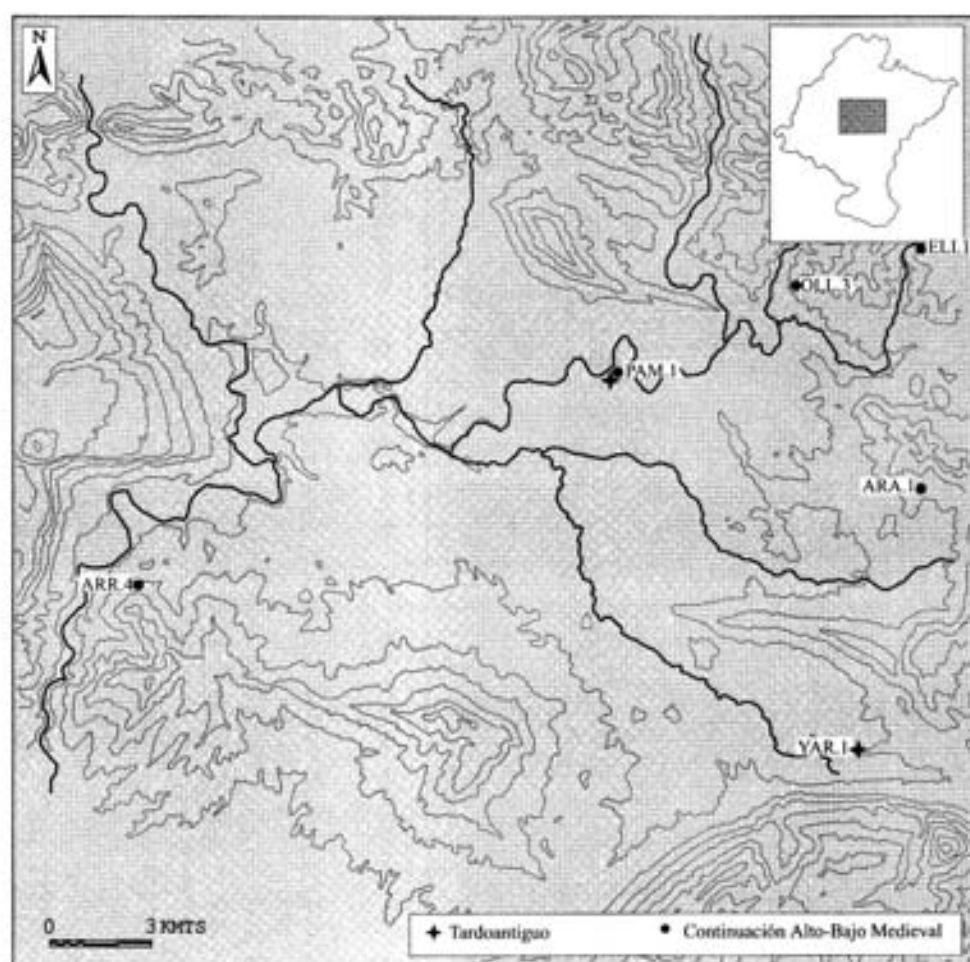


Figura 36. Localización de las necrópolis citadas en el texto.

— Lugares Fortificados: castillos y torres

Abordaremos ahora el análisis de aquellos enclaves, que por diversas características han sido catalogados como lugares defensivos o de vigilancia. Nos estamos refiriendo a las fortalezas y torres que integraban y formaban la estructura defensiva de la Cuenca de Pamplona en la Edad Media. Los resultados obtenidos, han sido aportados por la localización de los enclaves en las prospecciones sistemáticas realizadas en la Cuenca, tal y como quedó reflejado en el capítulo dedicado a metodología, la consulta de documentación y levantamiento de plantas de las estructuras existentes, realizado a raíz de un proyecto posterior realizado por parte del equipo y dedicado exclusivamente a los castillos de esta zona³, y los datos aportados por la excavación realizada en Tiebas (Vid. anexo).

La mayoría de los datos han sido extraídos de la escasa aunque importante bibliografía existente, elaborada por autores como Altadill J., Recondo J. M^a, Martínez de Aguirre J. y sobre todo Martinena J. J. cuyas investigaciones sobre la castillología navarra son totalmente necesarias para llevar a cabo un estudio de este tipo.

En total se han localizado 7 castillos, dentro de los límites geográficos considerados. Puesto que en las fichas correspondientes se incluye el estudio pormenorizado de las estructuras, evolución de los mismos, y materiales localizados, en este capítulo nos detendremos en el análisis y estudio global, tanto de estructuras como del control del territorio ejercido por éstos.

Los castillos localizados cuya ubicación podemos observar en la Figura 37 son:

- *Garaño* (Sal.1, N° 265)
- *Irulegui* (Laq.4, N° 52)
- *Miravalles* (Hua.3, N° 5)
- *Monreal* (Mon.4, N° 9)
- *Orarregui* (Ilz.1, N° 262)
- *Sardea-Peña Larragueta* (Añe.2, N° 24)
- *Tiebas* (Tie.1, N° 18)

Junto a estos debemos considerar las torres de:

- *Egunzun* (Orn.1, N° 187)
- *Aranguren* (Ara.6, N° 38)
- *Yarnoz*

3. Llevado a cabo en los años 1997-98, autorizado y subvencionado por la Institución Príncipe de Viana (Orden Foral 63/1997).

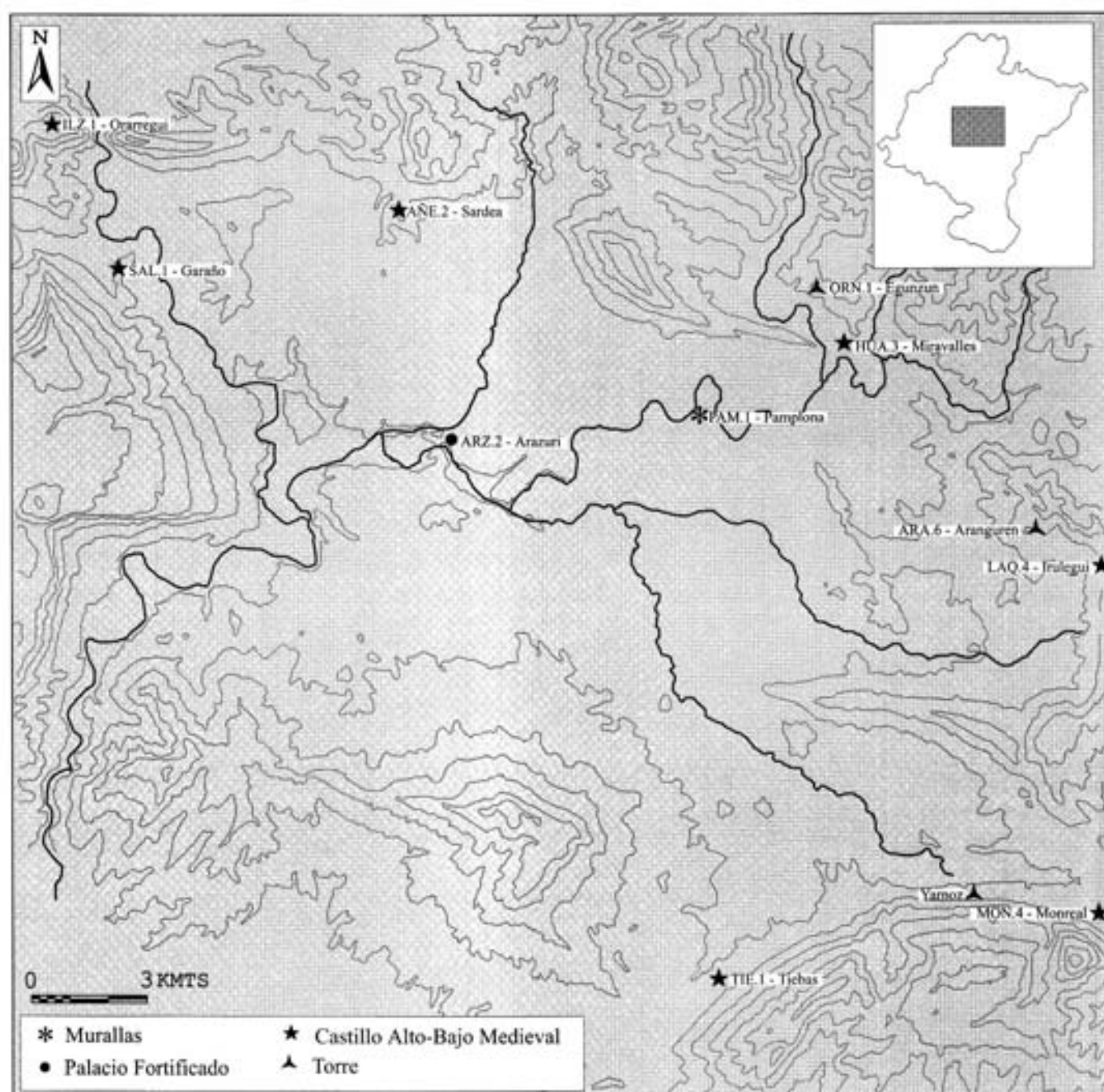


Figura 37. Localización de castillos y torres.

Los lugares mencionados en el primer grupo, pueden integrarse bajo la denominación de "Castillo", entendiendo éste como: "obra concentrada, más reducida, rodeada de murallas, fosos, etc. Inicialmente de uso exclusivamente militar, aunque luego adquirió otros fines, como el de servir de residencia familiar y símbolo de la autoridad de un señor. Situado en posición estratégica, sea aislado, formando parte de una línea defensiva o protegiendo un núcleo urbano, servía de resguardo y atalaya a una pequeña guarnición y podía usarse como refugio de la población o habitantes próximos" (Villena, L. 1987). Mención aparte merece la fortificación de *Tiebas* (Tie. 1, N° 18), que a pesar de cumplir más o menos todas las premisas anteriores, fue construido en una época (siglos XIV-XV) en la que el castillo propiamente dicho evoluciona hacia el "Palacio Fortificado" o "Castillo Palaciano", cuyo mejor ejemplo es el castillo-palacio de Olite. Comparadas las marcas de cantero publicadas del castillo de Olite y las observadas en el de Tiebas, apreciamos la coincidencia en algunas de ellas, tal y como se aprecia en la Figura 38. Podemos considerar la denominación de "Castillo" algo más imprecisa, en el caso de Tiebas, no por la estructura de su edificación, pues posee elementos defensivos como garitas, paseo de ronda sobre las murallas y sólidos contrafuertes, que le dan ese marcado carácter militar, sino por su función principal, ya que sirvió como residencia real y sede del archivo general. Por otra parte, su estructura difiere sensiblemente de la del resto de fortificaciones existentes en la Cuenca, pues no se articula en torno a una torre principal. Guitart Aparicio C. establece un apartado especial dentro de la trayectoria del castillo medieval peninsular, asociando los "Castillos-Palacio" como algo propio de Navarra, La Rioja y Alava (Guitart, C. 1976).

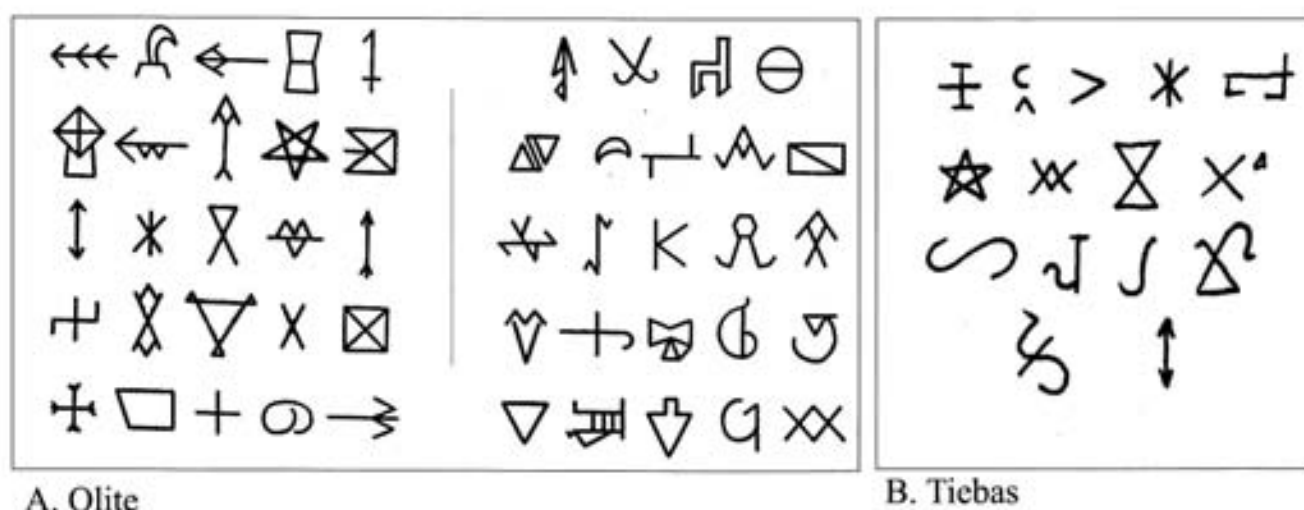


Figura 38. Marcas lapidarias de Olite (A) –según Jusué, C. y Ramírez, E, 1989– y Tiebas (B) según autores.

Podemos considerar como origen de los castillos navarros, si bien las estructuras que han llegado hasta nuestros días en muchos casos son posteriores, la construcción a comienzos de la Edad Media (siglos IX-X) de torres-recinto, en las que destacaba como elemento principal una gran torre, jalonada por una línea de muralla, que se adapta a la orografía del terreno. Son recintos fortificados diseñados para la vigilancia y defensa de poblaciones o líneas de frontera, y dotados de una pequeña guarnición. Así describe Guitart Aparicio C. el patrón de estos primitivos castillos cristianos: *"torre y recinto, aquella generalmente esbelta y muy evidenciada, cilíndrica, rectangular y, muchas veces, pentagonal y hasta hexagonal, la cual descollaba sobre un recinto murado acomodado a las irregularidades de un cerro o meseta"* (Guitart, C. 1976). Es posible que durante los siglos anteriormente citados, dadas las características estratégicas de los lugares donde se encuentran situadas hoy en día las ruinas de estas fortificaciones, existiesen en todos ellos torres de vigilancia con un recinto más o menos complejo. Hemos de tener en cuenta la cita en el siglo X de castillos como Leguín (Cañada, A. 1976), próximo a *Irulegui* (Laq. 4, N° 2), y la mención de varios castillos más en todo el territorio navarro, por lo que no sería muy extraña en estos momentos la presencia de lugares fortificados en la Cuenca de Pamplona, para la vigilancia y defensa del núcleo del Reino Pamplonés. Por otra parte, queda reflejada en algunos castillos de la Cuenca de Pamplona la estructura anteriormente descrita: *Orarregui* (Ilz. 1, N° 262) y *Garaño* (Sal. 1, N° 265), en los que a pesar de todas las reformas o ampliaciones realizadas a lo largo de su historia, se puede apreciar todavía su estructura básica original.

Como queda dicho, las sucesivas reformas fueron convirtiendo esas estructuras iniciales en recintos más complejos, y en otras ocasiones fueron sustituidos por construcciones de nueva planta, con torres de planta cuadrada, como las que podemos observar en, *Irulegui* (Laq. 4, N° 52) o *Miravalles* (Hua. 3, N° 5), e incluso por fortificaciones de estructura totalmente diferente y posteriores en tiempo, como es el caso de *Tiebas*, que carece del principal elemento de los castillos anteriormente citados: la torre central. En su lugar, las estancias y estructuras principales se disponen en torno a un patio de armas central de forma rectangular.

La mayoría de estas construcciones, están situadas en zonas despobladas, en roquedos o elevaciones aisladas, a excepción de *Monreal* (Mon. 4, N° 9) y *Tiebas* (Tie. 1, N° 18) ubicadas junto a sus respectivos núcleos urbanos, aunque en posiciones destacadas y prominentes. El resto están localizados en lugares elevados, dominantes, aprovechando impresionantes afloramientos rocosos como elementos defensivos, tal y como podemos observar en *Orarregui* (Ilz. 1, N° 262), *Sardea-Peña Larragueta* (Añe. 2, N° 24), *Irulegui* (Laq. 4, N° 52), o *Miravalles* (Hua. 3, N° 5). Todos ellos se encuentran estratégicamente ubicados en puntos altos de montaña, situados en zonas periféricas, dominando los principales valles de acceso a Pamplona.

Si aceptamos la coetaneidad de todos ellos, al menos en los siglos XIII y XIV ésta existe, podemos considerar como aceptable la posibilidad de que todos ellos formasen parte de una red defensiva en torno a la capital. Esta línea de defensa estaría basada en la intervisibilidad existente entre ellos. Desde cada uno se puede observar al menos la ubicación de otros dos, tal y como se observa en la Figura 39. De esta forma, desde *Orarregui* (Ilz. 1, N° 262), que controla el acceso natural desde la zona alavesa por el corredor de la Barranca, se tiene perfecto contacto visual con los castillos de Aicita, situado en pleno valle del Araquil, fuera de los límites geográficos de la Cuenca de Pamplona, sobre una de las peñas de las Dos Hermanas, controlando el paso norte hacia Pamplona, *Garaño* (Sal. 1, N° 265), y *Sardea-Peña Larragueta* (Añe. 2, N° 24). Esta línea visual se ve interrumpida por la presencia del monte San Cristóbal, cercano a la capital, que se interpone entre los castillos de *Sardea* (Añe. 2, N° 24) y *Miravalles* (Hua.3, N° 5). La documentación referente al siglo XIV no menciona ningún tipo de fortificación en dicho monte, sin embargo parece ser, tal y como indica J.J. Martinena (Martinena, J. J. 1974), que "con anterioridad a la Guerra de la Navarrería de 1276 existió al parecer otro castillo en la cima del monte de San Cristobal". Información de él da el Poema provenzal de Guillaume Anneliers, recogido por el autor anteriormente citado: "*Enpero Sant Cristofos non fo pas conqueritz...*" (v. 4.895) y "*...fom trastot derrocatz, e fom fayt dreiturers qu'el seynnor de qui era, er estat sobrancers contra la protz reina, us enfantz orfaners*" (vv. 4.916 y ss). A pesar de que actualmente no se observe nada sobre el terreno, ya que la zona fue completamente modificada para la construcción del fortín que se puede visitar actualmente en dicho lugar, este castillo destruido por las tropas francesas, quizás una torre en siglos anteriores, pudo servir de enlace visual entre los dos castillos anteriormente citados. Lo cierto es que debido a la presencia del posterior fortín, no podemos confirmar la existencia de estructuras procedentes de esta antigua fortificación. Continuando la línea defensiva, desde *Miravalles* (Hua.3, N° 5), se tendría contacto visual con la torre de *Egunzun* (Orn. 1, N° 187), que controla otro acceso norte a la Cuenca por el valle de Odieta, y el Castillo de *Irulegui* (Laq. 4, N° 52). Este último, estaría a su vez conectado visualmente con el castillo de Leguín, situado entre el Valle de Lizoáin e Izagaondoa, y que controla el acceso a la Cuenca desde esta zona. Pamplona, situada aproximadamente en el centro de la cuenca tiene contacto visual con la mayor parte de estos lugares emplazados en destacados y escarpados montes.

Los castillos localizados en poblado sin embargo, no se encontrarían formando parte de esta línea fronteriza, sino que se situarían en lugares completamente estratégicos, controlando los accesos sur (*Tiebas*) y este (*Monreal*), a la Cuenca de Pamplona (Vid. Figura 40).

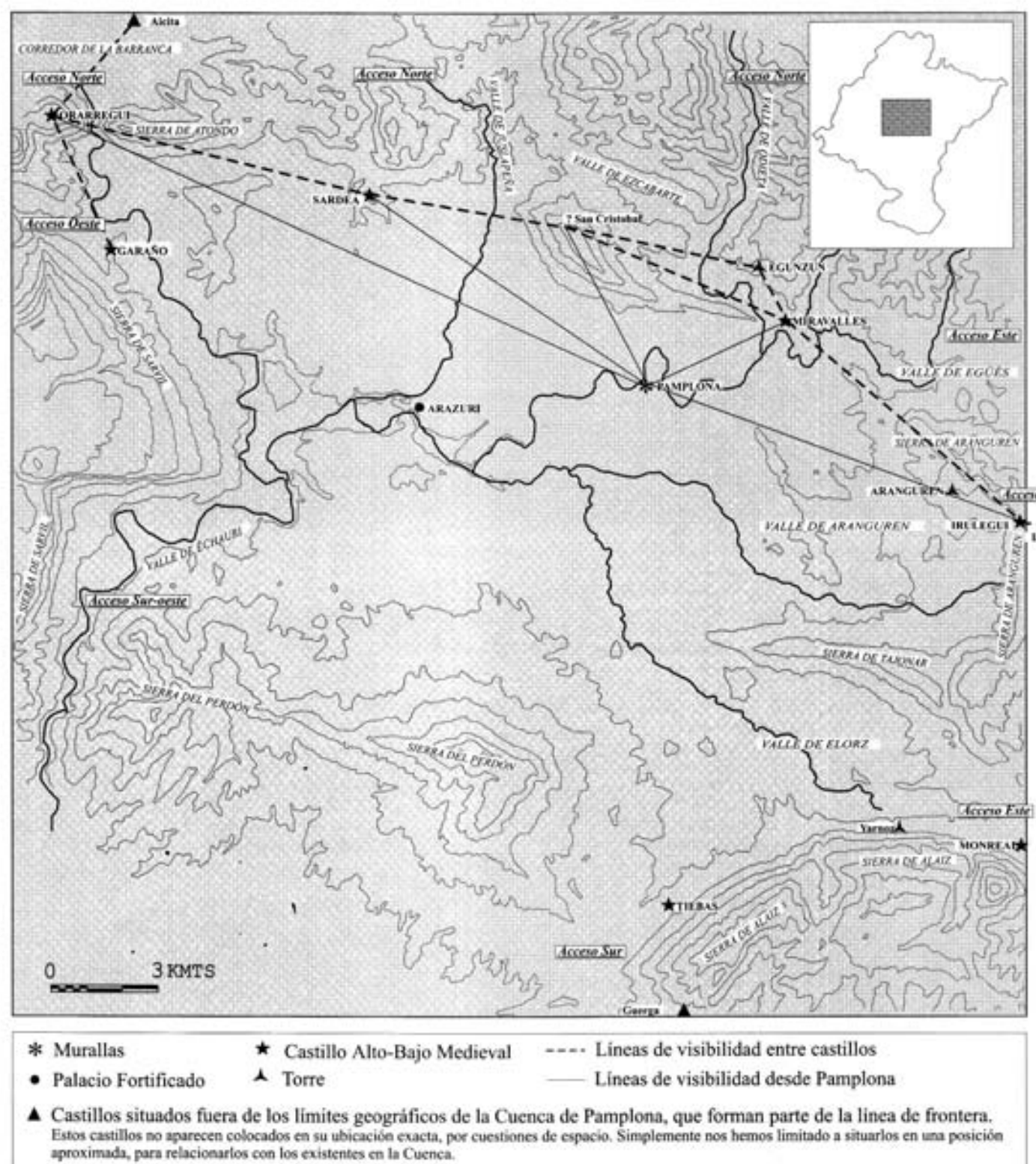


Figura 39. Estructura defensiva de la Cuenca de Pamplona en la Edad Media.

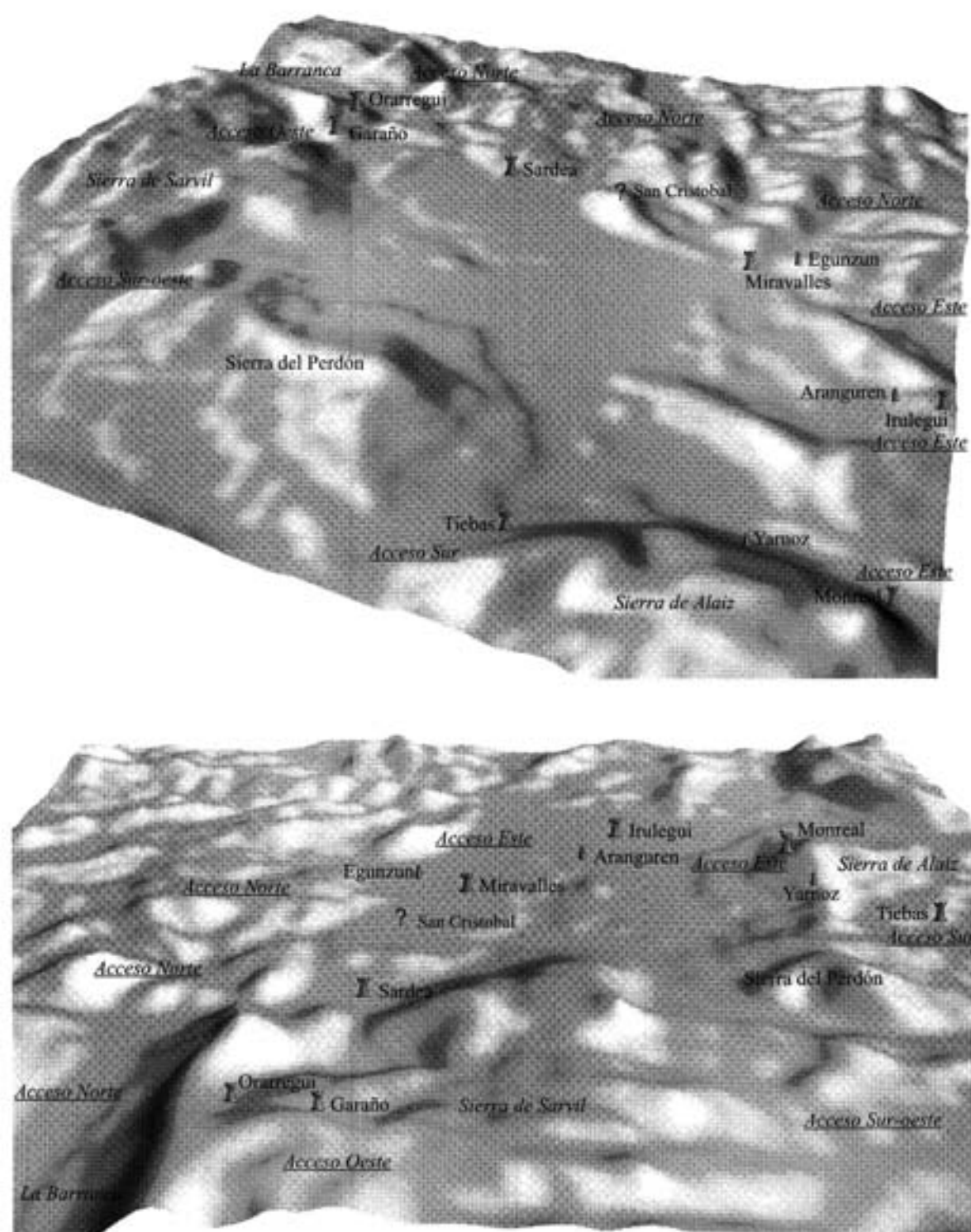


Figura 40. Localización de los castillos y torres sobre reconstrucción tridimensional del espacio geográfico de la Cuenca de Pamplona.

En el acceso sur la posición de *Tiebas* (Tie. 1, N° 18), estaría reforzado por la presencia de otro castillo, cercano pero fuera del marco geográfico de la Cuenca de Pamplona, como es el de Guerga, cuyas ruinas están situadas en una amplia elevación junto a la Peña de Unzué. Su localización es por lo tanto estratégica dominando el paso del camino que enlaza el sur de Navarra con Pamplona. En el acceso Este, la posición de *Monreal* (Mon. 4, N° 9), se ve acompañada por la presencia en el centro del valle de Elorz, junto a la Sierra de Aláiz, de la torre de Yarnoz. Tenemos de esta forma, localizados los puntos estratégicos de vigilancia, de accesos y defensa de la Cuenca de Pamplona, al norte, con toda la línea formada por los castillos y torres anteriormente citados que se extiende más allá de los límites naturales de la Cuenca; al este con la presencia de *Miravalles* (Hua. 3, N° 5) controlando el Valle de Egüés, el enlace *Irulegui-Leguín* que vigila el acceso desde los valles de Lizoain y Lóngida, y algo más al sur de *Monreal* (Mon. 4, N° 9) que controla uno de los principales pasos desde la zona aragonesa; el sur vigilado con la ubicación de *Tiebas* (Tie. 1, N° 18), que ve reforzada su posición con la presencia del castillo de Guerga. El único acceso a la cuenca que no cuenta con una o varias posiciones fortificadas, es el acceso sudoeste, ya que el oeste está cerrado por la sierra de Sarvil-Etxauri y la posición de *Garaño* (Sal. 1 N° 265). Ni la documentación ni la prospección arqueológica realizada, han aportado datos sobre esta zona que enlaza la Cuenca de Pamplona con Tierra Estella, y cuyo acceso natural sería el paso por el desfiladero de Belascoain.

El momento de mayor esplendor se producirá entre los siglos XIII y XV, hasta su abandono y posterior derribo a finales del XV. Aunque alguno de los castillos se encontraba en ruinas bastante antes del siglo XVI, su destrucción y desmantelamiento total se produce a finales del siglo pasado y comienzos del presente, entre otras causas, por la reutilización de sus sillares.

• Elementos estructurales

Abordamos a continuación el estudio y descripción de los elementos estructurales localizados en este tipo de fábricas fortificadas, con el fin de elaborar una relación de los conservados actualmente y semejanzas entre ellos.

Las torres, definidas como el eje central de toda la estructura fortificada, alrededor de la cual se reorganizan el resto de dependencias. El estado de conservación en las catalogadas en los castillos situados dentro de los límites geográficos de la Cuenca de Pamplona, es bastante precario. En la mayoría de los casos solamente se conservan cimentaciones o alzados de poca altura. En este aspecto, la mejor conservada es la del castillo de *Irulegui* (Laq. 4, N° 52), que conserva un alzado de cerca de dos metros, contando el alzado del aljibe. Del resto podemos citar alzados cercanos al metro en *Orarregui* (Ilz.1, N° 262) y *Garaño* (Sal.1, N° 265) y algo menores en *Monreal* (Mon. 4, N° 9), donde a pesar de esta circunstancia podemos observar, además de la torre, el recinto defensivo que la rodea, compuesto por torres menores. Tipológicamente están repre-

sentadas las de planta circular en *Garaño* (Sal. 1, N° 265), *Orarregui* (Ilz. 1, N° 262) y *Monreal* (Mon. 4, N° 9), y rectangular en *Miravalles* (Hua. 3, N° 5) e *Irulegui* (Laq. 4, N° 52). Destaca por su estructura la del castillo de *Irulegui* (Laq. 4, N° 52), que cuenta con una especie de espolón en uno de sus lados cortos, similar al existente en el castillo de Monjardín, en la zona estellesa de Navarra.

En cuanto a las murallas, principal elemento defensivo, como en el caso de los torreones, se conservan las cimentaciones de algunos lienzos perimetrales y pequeños alzados de muros interiores, que desaparecen bajo la espesa vegetación o simplemente se encuentran desmontados por completo. Solamente en el caso del castillo de *Orarregui* (Ilz. 1, N° 262), se puede reconstruir casi en su totalidad el trazado de la muralla perimetral de la fortificación. El conjunto tiene una planta irregular, aprovechando en los ángulos los afloramientos rocosos del lugar a modo de defensa natural. En la figura correspondiente mostramos una simulación infográfica en tres dimensiones de los restos localizados y de los tramos de muralla supuestos (Figuras 41 y 42). En esta ocasión, simplemente hemos querido mostrar una simulación de los muros existentes y alguno supuesto, sin realizar una anastilosis completa del lugar, que dejamos para más adelante, ya que ésta conlleva un grado de estudio del lugar superior al que poseemos en estos momentos, para conseguir el aspecto y ambiente deseado en toda reconstrucción arqueológica (Prieto, J. J. 1998). En *Garaño* (Sal. 1, N° 265) también puede reconstruirse la primer línea amurallada de planta circular, que daría paso al antemural o segunda línea defensiva, visible en alguno de sus tramos, y que se adapta a la orografía del terreno. En la mayoría de los tramos, el recorrido de esta línea murada no puede seguirse pues ésta ha desaparecido por la erosión que ha sufrido el lugar. En el caso de *Tiebas* (Tie. 1, N° 18), como ya hemos mencionado anteriormente, se observan perfectamente los cuatro flancos amurallados del recinto central, reforzados en sus ángulos y frentes con contrafuertes. Rodeando este cuerpo central, se aprecia, recorriendo todo el perímetro del cerro el segundo recinto defensivo antemural, en el que se pueden observar impresionantes contrafuertes que realizan las funciones de contención del terreno (Vid. ficha y anexo). En el caso de *Monreal* (Mon. 4, N° 9), podemos observar hasta restos de tres líneas de muralla (vid. Ficha), rodeando el cerro donde se encuentra ubicado. En este caso, los muros no se adaptan a la orografía del lugar, sino que se observa claramente un fuerte abancalamiento del mismo para ubicar los tres recintos amurallados. En el castillo de *Irulegui* (Laq. 4, N° 52), no se ve un recinto amurallado claro, pero sí apreciamos alguna cimentación ocultada por la vegetación y adaptada al relieve del lugar en dos de sus flancos.

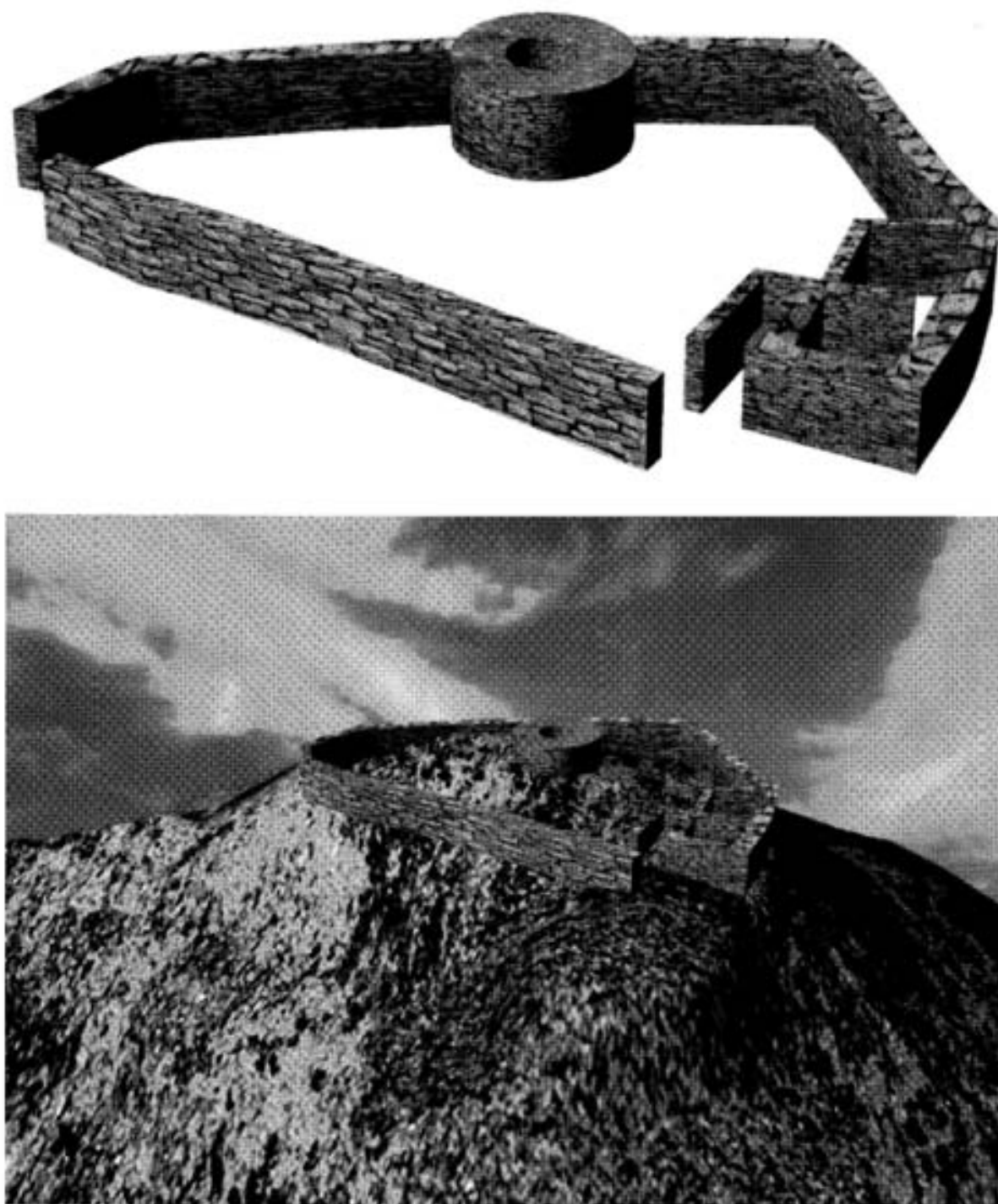


Figura 41. Reconstrucción tridimensional de los restos conservados en Orarregui. Visto desde el Sur.

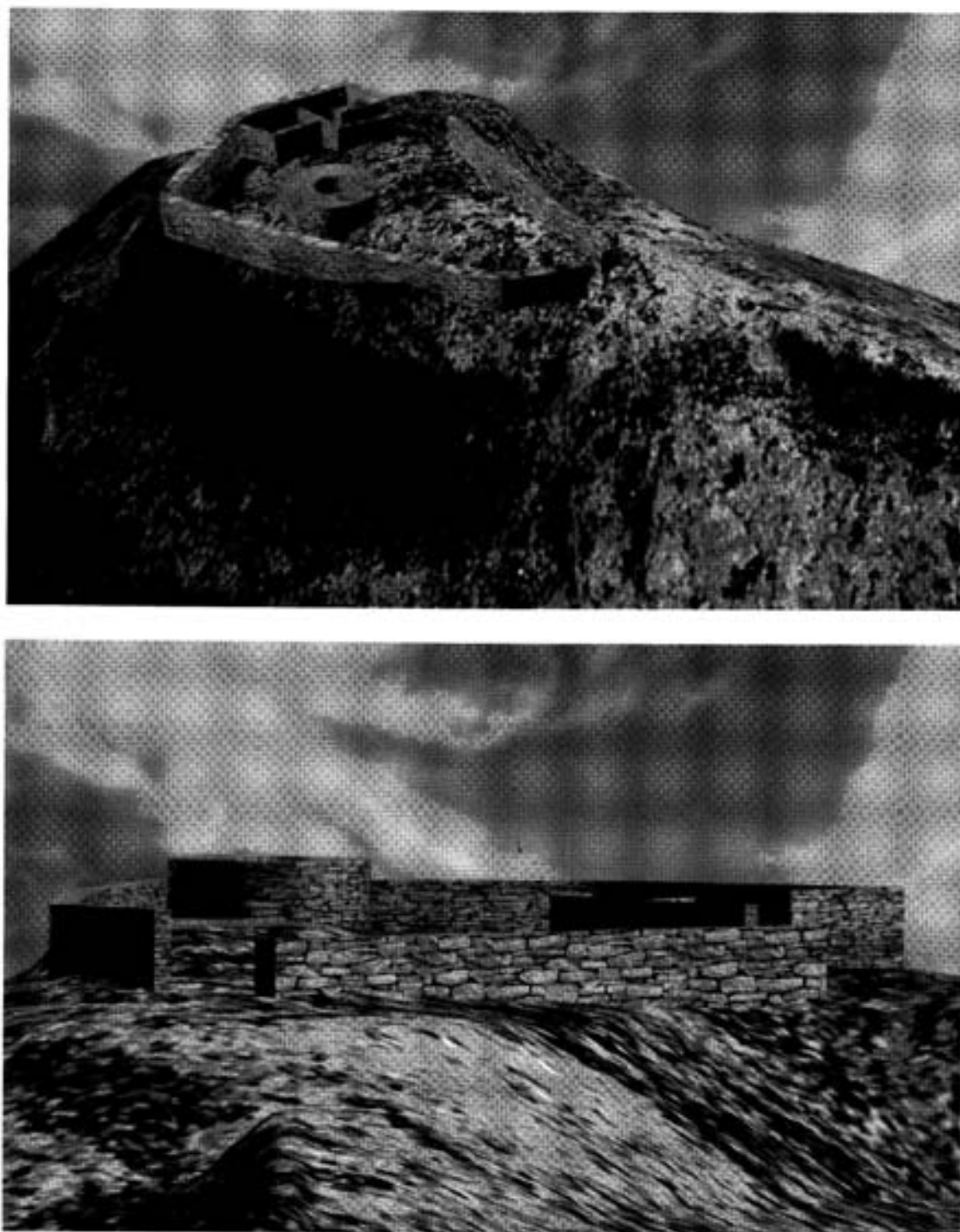


Figura 42. Reconstrucción tridimensional de los restos conservados en Orarregui. Visto desde el Norte y Suroeste.

Resulta destacable la conservación en ocasiones de huellas que denotan claramente la presencia de fosos de protección. Se pueden apreciar con claridad en el castillo de *Sardea-Peña Larragueta* (Añe. 2, N° 24), *Tiebas* (Tie. 1, N° 18) e *Irulegui* (Laq. 4, N° 52), en algunos casos casi cubiertos por la vegetación. En los casos de *Irulegui* (Laq. 4, N° 52) y *Sardea* (Añe. 2, N° 24), este foso se dispone en forma semicircular, rodeando la torre principal por el flanco más desprotegido, ya que la parte en la que no se traza foso queda protegida por una defensa natural. En el caso de *Tiebas* (Tie. 1, N° 18), este foso posiblemente recorriese todo el perímetro del cerro, por su parte más baja, aunque actualmente sólo se puede observar en el flanco oeste.

De gran importancia son los aljibes, como estructura para el almacenamiento de agua. Se han conservado los de *Monreal* (Mon. 4, N° 9) e *Irulegui* (Laq. 4, N° 52). El primero está situado en la parte superior del castillo, es de planta rectangular cubierto a base de una bóveda de cañón, con una pequeña escalinata en una de los lados cortos. Todas las paredes están recubiertas de una especie de revoque para evitar filtraciones. En cuanto al de *Irulegui* (Laq. 4, N° 52) es de planta rectangular y estaba situado justo debajo del torreón principal aprovechando su estructura. Los dos casos responden al tipo de aljibe próximo a la torre, descrito por Martinena (Martinena, J. J., 1994).

La mayoría de los castillos pamploneses poseían en su interior edificaciones y otra serie de estructuras de vivienda, establos, granero, aljibes, etc. Sobre el terreno, se pueden apreciar su trazado con claridad en los castillos de *Orarregui* (Ilz. 1, N° 262), *Irulegui* (Laq. 4, N° 52), *Monreal* (Mon. 4, N° 9) y *Tiebas* (Tie. 1, N° 18). En el primero podemos observar una edificación de planta rectangular adosada a la muralla en su flanco E., junto a la entrada principal del castillo. Está dividida por un muro medianil en dos estancias, que a través de una puerta daban paso a otra de menor tamaño. En *Monreal* (Mon. 4, N° 9) dado su tamaño se pueden observar varias edificaciones anejas, una de ellas de planta rectangular, al pie del cerro que pudiera tratarse de granero o establo, y otra en la cima del mismo. En *Tiebas* (Tie. 1, N° 18), gracias a su mejor estado de conservación, podemos diferenciar el arranque de algún muro de un edificio de planta rectangular junto a la segunda línea de muralla, frente a la puerta de acceso, cuya función era la de establo. En su interior aún se puede ver en perfecto estado la bodega, y algunas estancias palaciegas de las que se conserva su impronta, ventanas y arranques de chimeneas en los alzados de muros, así como arranques de nervaduras góticas.

Hoy en día el estado de conservación de todos estos monumentos es pésimo ya que, a excepción de *Tiebas* (Tie. 1, N° 18) que mantiene en pie la estructura principal, del resto solamente quedan en superficie vestigios de las cimentaciones de las principales estructuras que los componían (muralla y torreón); incluso uno de ellos ha desaparecido casi por completo, como es el caso del Castillo *Sardea-Peña Larragueta* (Añe. 2, N° 24). La sillería y principales elementos estructurales han sido utilizados como material de construcción por los lugareños desde comienzos del presente siglo. La erosión también ha influi-

do negativamente, ya que ha ocasionado el desplome de parte de las construcciones, como ocurre en *Garaño* (Sal. 1, N° 265) y *Orarregui* (Ilz. 1, N° 262).

— Estudio de materiales (Figura 43)

Debido a las condiciones de ubicación y conservación de los yacimientos medievales catalogados en las fichas del primer volumen, en varios lugares no se ha podido realizar una recogida de materiales suficiente para poder documentar o datar dicho enclave por medio de la industria cerámica o metálica existente en el lugar. Hemos de tener en cuenta también que en la mayoría de las ocasiones, dichos lugares han sufrido un proceso de despoblación paulatino, y que en algunos casos se repoblaron durante breve tiempo en siglos posteriores, ofreciéndonos una secuencia de materiales que va desde el siglo XIII-XVI o XVII. En éstos, el registro material no es determinante, pero sí nos aporta una información adicional de gran valor. Sin embargo la presencia de este registro ha sido necesario y ha resultado determinante en la localización de los despoblados de *Sarluz* (Sar. 3 N° 223), *Gorrizlucea* (Tie. 2, N° 19), *Oyerza* (Und. 2, N° 92), *Garitoin* (Mon. 1, N° 6), e *Iriberri* (Ara. 2, N° 34), ya que la recogida de materiales cerámicos ha permitido determinar la ubicación exacta del yacimiento, pues en dichos lugares no se conserva estructura alguna en superficie, por la destrucción total que han sufrido debido a las labores de acondicionamiento de los campos de labor.

Los materiales recuperados han sido principalmente cerámicos, aunque destacan algunas evidencias metálicas, especialmente las recogidas en la necrópolis de *Buzaga* (Yar. 1, N° 177). La mayor parte de los materiales proceden de los despoblados, aunque los lotes recuperados en los castillos de *Monreal* (Mon. 4, N° 9), *Garaño* (Sal. 1, N° 265) y *Orarregui* (Ilz. 1, N° 262) también son destacables. Mención aparte merecen las evidencias procedentes del castillo de *Tiebas* (Tie.1, N° 18), pues han permitido documentar una serie de materiales, como son las baldosas de suelos, poco frecuentes en Navarra (Vid. Anexo).

Los fragmentos recogidos en superficie corresponden en su mayoría al tipo cerámica torneada. Tan solo en el castillo de *Monreal* (Mon. 4, N° 9) se han recogido algunos fragmentos manufacturados, de pequeño tamaño y pastas grises de superficie rojizas. En cuanto a la cerámica torneada se diferencian tres variedades: la vidriada, la común y la de cocina. De la primera de ellas, se han recuperado principalmente fragmentos de pastas anaranjadas con vedríos verdosos principalmente, junto a otros de tonos más blanquecinos (*Garitoin*—Mon. 1 N° 6), melados (*Monreal*—Mon. 4, N° 9) o amarillentos (*Arbiain*—Mon. 5, N° 10). La decoración dominante es la realizada a base de lentejones o botones en relieve, propia de los siglos XIII-XIV. Junto a estas decoraciones aparece en el despoblado de *Sarluz* (Sar.3, N° 223) algunos acanalados poco profundos.

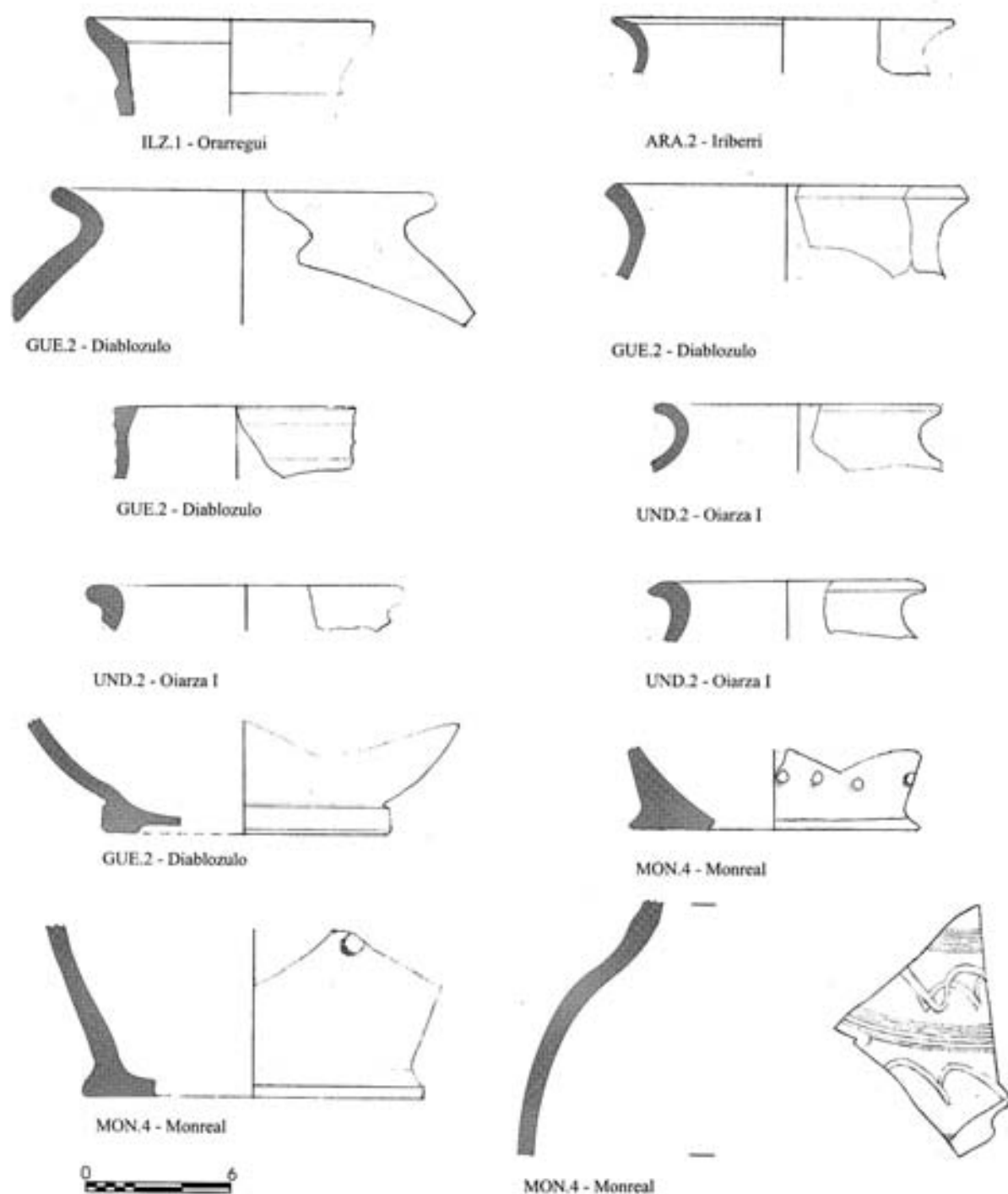


Figura 43. Materiales cerámicos recogidos en despoblados y castillos de la Cuenca de Pamplona.

Debemos destacar la presencia dentro de las cerámicas vidriadas, de fragmentos datables en épocas más tardías. Los recogidos en el despoblado de *Gorrizlucea* (Tie. 2, N° 19) de barnices plumbíferos y estaníferos más propios de los siglos XV y XVI, dos fragmentos procedentes del castillo de *Monreal* (Mon.4, N° 9) en los que el vidriado se dispone en la superficie interior del recipiente, o el borde de un escudilla de orejetas con reflejo metálico procedente del despoblado de *Garitoain* (Mon.1, N° 6).

En cuanto a la variedad común, la mayor parte del material recuperado corresponde a recipientes de pastas anaranjadas y grises correspondientes a cuencos y jarras principalmente, distinguiéndose formas del Grupo A de Jusué/Tabar en *Costobaro* (Sub. 2, N° 205). Las decoraciones observadas en los fragmentos recuperados son fundamentalmente incisiones realizadas sobre la pasta con algún objeto de punta roma. Se observan incisiones paralelas en la mayoría de los casos, apareciendo también incisiones en ondas simples o entrecruzadas en el castillo de *Monreal* (Mon. 4, N° 9).

La variedad de cocina, al igual que el resto de variedades se encuentra representada en la practica totalidad de los lugares donde se ha podido recuperar industria cerámica. En general se trata de ollas de panza globular y fondos planos. Se pueden diferenciar formas pertenecientes al Grupo A de Jusué/Tabar en el despoblado de *Elegui* (Orr. 2, N° 189) y del Grupo B de Jusué/Tabar en *Costobaro* (Sub. 2, N° 205).

Junto a estos fragmentos cerámicos, se han recuperado también fragmentos o piezas metálicas. En su mayoría se trata de clavos o placas metálicas informes, salvo la localizada en el despoblado de *Garitoain* (Mon. 1, N° 6), en forma de disco y decorada con líneas paralelas que recorren su perímetro. En este punto debemos hacer una mención especial a los materiales metálicos recuperados en la necrópolis de *Buzaga* (Yar. 1, N° 177), por su excelente estado de conservación y por ser uno de los pocos vestigios que tenemos de época visigoda no sólo en la Cuenca de Pamplona, sino en toda Navarra. Los materiales recuperados en la prospección realizada para el presente proyecto constan de dos placas de cinturón de morfología liriforme con calado rectangular bajo la aguja, de tipo escutiforme en una de ellas (Figura 44). La otra no la conserva. En la primera, se puede apreciar una decoración realizada con líneas punteadas que recorren la banda perimetral de la hebilla, en zig-zag. La segunda posee varios calados de forma rectangular y circular en toda la superficie, dispuestos de forma simétrica.



Figura 44. Aspecto de las dos placas de cinturón recogidas en Buzaga (Yar.1, N° 177).

A esta necrópolis pertenece también un lote considerable de materiales recogidos por J. M. Choperena, depositados en el Museo de Navarra y estudiados por A. Azkárate (Azkárate, A., 1993), que describimos a continuación (Figura 45). Se trata de un lote de armas compuesto por 21 lanzas, un "scramasax" o espada de un solo filo casi completo, dos puñales, 20 cuchillos y varias puntas de flecha. Junto a este lote aparece otro compuesto por siete placas de cinturón, a las que debemos añadir las dos descritas en el párrafo anterior, dos contraplacas, tres apliques escutiformes, cinco hebillas arrañonadas de bronce y cuatro de hierro, tres hebillas ovaladas, una gran hebilla de hierro con aguja, seis agujas escutiformes, cinco placas dorsales de bronce, dos botones, un alfiler de bronce, un punzón de hierro, cinco anillos, 10 tachuelas, etc.

Así mismo recogemos en este apartado el inventario del material recuperado en la necrópolis de Pamplona (Pam. 1, N° 11) (Figura 45). Se trata igualmente de un pequeño lote de armas compuesto por seis puntas de lanza, tres "scramasax" y dos puntas de flecha. Así mismo, se describe otro en el que destaca la presencia de una veintena de objetos relacionados con la guarnición de cinturones, dos fragmentos de fíbulas, brazaletes, dos tridentes de oro de Suintila y algo más de 50 anillos. El material cerámico descrito se caracteriza por la presencia de ocho recipientes, posiblemente de tradición hispano-romana.

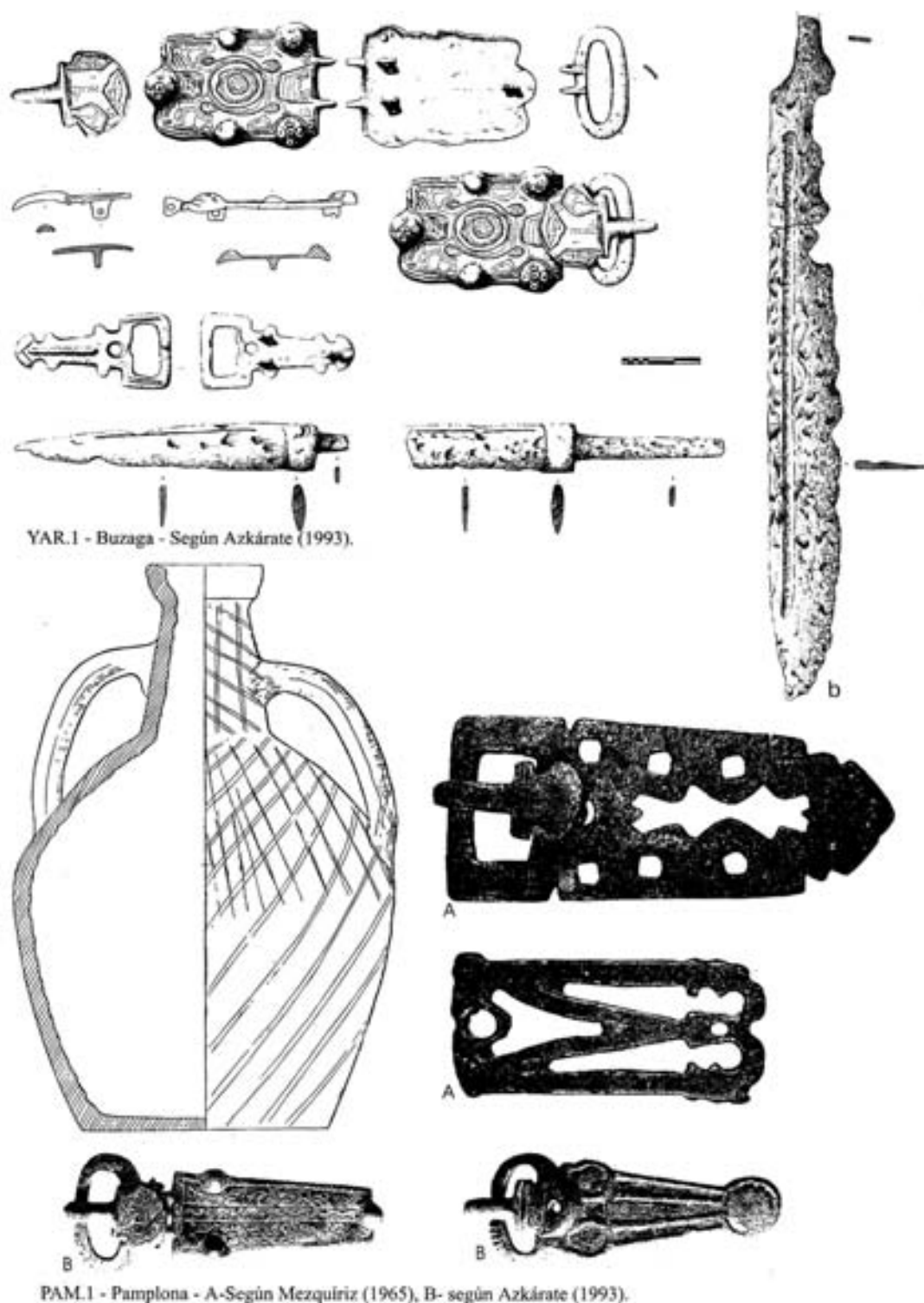


Figura 45. Aspecto de los materiales inventariados en las necrópolis de Buzaga (Yar. 1, N° 177) y Pamplona (Pam. 1, N° 11).

6.3. Conclusiones

Debido al gran espacio temporal tratado en esta sección del estudio general de la Cuenca de Pamplona, y dada la diferencia de información tanto arqueológica como documental, podemos referirnos por un lado a la etapa tardo antigua y por otro unificar la alta y baja Edad Media en otro bloque. En cuanto al primero podemos destacar la ausencia de información arqueológica sobre poblaciones rurales estables teóricamente relacionadas a las necrópolis localizadas, cuyos materiales han servido para datarlas con bastante fiabilidad. Tan solo en el caso de Pamplona podemos asegurar, porque así aparece en las fuentes escritas, la presencia de un núcleo estable de cierta importancia. En el resto de la cuenca, no podemos asegurar si el poblamiento sigue los patrones de organización de las villas romanas, y por tanto si habitan en los mismos lugares, o si por el contrario varía de algún modo respecto a estas formas, apareciendo nuevas villas en otros lugares.

La mayor parte de los yacimientos medievales localizados podemos encuadrarlos en época alto y bajo medieval. En total se han catalogado 45 lugares entre despoblados, monasterios, castillos, torres, etc. La mayoría de estos lugares aparecían citados en las fuentes documentales, pero se desconocía su ubicación concreta. De todos ellos, sólo tres lugares, *Costobaro* (Sub. 2, N° 205), *Soto Grande* (Zar. 2, N° 102) y *Sta. María del Gaztelu* (Taj. 1, N° 53), no aparecen registrados en los "libros de fuegos" medievales. Los dos primeros pueden tratarse de pequeños núcleos de población de los que proceden un reducido lote de cerámicas, y el tercero está constituido por los restos de una antigua ermita. Sorprende de todas maneras el topónimo existente, ya que *Gaztelu*, como se ha dicho en apartados anteriores, significa castillo. A estos tres debemos añadir el enclave de la cueva de *Diablozulo* (Gue. 2, N° 172), cuyos materiales nos hablan de una ocupación esporádica en la Baja Edad Media. La datación de todos los lugares catalogados como despoblados o monasterios, se ha realizado por los datos extraídos de la documentación, ya que los restos cerámicos recogidos en los lugares en cuestión, no han servido para confirmar una fecha exacta de abandono, ya que esta se ha producido en la mayoría de los casos paulatinamente, dejando un registro material realmente amplio, al que en ocasiones se incorporan materiales de época moderna de ocupaciones esporádicas posteriores.

Gracias a los datos obtenidos por la prospección se puede observar una distribución del despoblamiento que hemos denominado periférica, por cuanto se localiza en los valles y lugares que sirven de límite a la cuenca. Esto no quiere decir que en época medieval el centro de la cuenca estuviese vacío, ya que como estudio arqueológico, nos hemos limitado a catalogar los lugares despoblados. Si tenemos en cuenta también los núcleos que hoy todavía persisten y que tienen su origen en la Edad Media, podemos observar un poblamiento bien distribuido, sin poder precisar un patrón determinado. Pamplona es sin duda en la Edad Media un núcleo importante que atrae a numerosos

grupos de población, sobre todo en el momento en el que se produce un mayor auge del urbanismo, respondiendo a nuevas formas de reagrupamiento. Es probablemente ésta una de las razones, ya que en la documentación se habla siempre de abandono, por la que se despueblan lugares alejados que se encuentran en entornos más rudos y no los poblados más cercanos a la capital.

Otro dato a destacar, es la localización de cuatro necrópolis inéditas hasta ahora, en las que se pueden apreciar los principales aspectos estructurales de las sepulturas que los componen ya que todas ellas han sido seccionadas por la construcción de caminos y accesos. Estas necrópolis aportan una información valiosa sobre este tipo de lugares asociados a despoblados, de los que tan solo se conocen en Navarra los excavados por C. Jusué en Urraul Bajo y el excavado por I. Tabar en el desolado de Rada.

La catalogación de las siete fortificaciones y tres torres que en la Edad Media vigilaban los principales accesos a la Cuenca de Pamplona, ha supuesto la excavación de Tiebas y la limpieza de estructuras en Orarregui y Garaño. Estos datos y las visitas realizadas al resto de lugares catalogados bajo este epígrafe, han dado como resultado la elaboración de las plantas a escala en los casos de Tiebas y Orarregui, y de croquis a escala de las estructuras visibles en el resto de los castillos, aportando de esta forma una información importante para el estudio de la tipología y evolución de las fortificaciones navarras. Así mismo se ha podido constatar el entramado estrategico-defensivo, que formaban estos castillos como elemento fundamental de vigilancia de los principales accesos de entrada y salida a la Cuenca de Pamplona.